

**SENTIDOS DE LUGAR, COMUNALIDAD Y ESPACIOS DE ESPERANZA EN
TRES EXPERIENCIAS DE AGRICULTURA URBANA EN MEDELLÍN**

KELLY DAHIANA MANOSALVA FAJARDO

**UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS
DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGÍA
MEDELLÍN
2020**

**SENTIDOS DE LUGAR, COMUNALIDAD Y ESPACIOS DE ESPERANZA EN
TRES EXPERIENCIAS DE AGRICULTURA URBANA EN MEDELLÍN**

KELLY DAHIANA MANOSALVA FAJARDO

**TRABAJO PARA OPTAR AL TÍTULO DE:
MAGÍSTER EN ANTROPOLOGÍA**

**ASESORA:
PHD, PAULA ANDREA RESTREPO HOYOS
DOCENTE ASOCIADA DE LA FACULTAD DE COMUNICACIONES**

**GRUPO DE INVESTIGACIÓN:
COMUNICACIÓN, PERIODISMO Y SOCIEDAD**

**UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS
DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGÍA
MEDELLÍN
2020**

AGRADECIMIENTOS

Una investigación está rodeada de conversaciones y experiencias que marcan las preguntas y reflexiones que surgen en el proceso. Son muchas las personas que se cruzaron en este camino y a las que agradezco por sus importantes aportes, enseñanzas y generosidad.

Habitar de nuevo la Universidad de Antioquia me permitió encontrar visiones críticas aplicables a mi quehacer profesional, asimismo, estimular un profundo sentimiento de esperanza en medio de la difícil situación actual. En Medellín hay personas y colectivos que quieren combatir el aislamiento y el egoísmo que promueve el neoliberalismo; estas iniciativas no ocupan las primeras planas, están inmersas en la ciudad, a veces escurridizas, en busca de alternativas a los modos de vida imperantes. Agradezco su luz en medio de estos tiempos oscuros.

Quisiera reconocer el apoyo del grupo base de la Red de Huerteros Medellín, la disposición de las huerteras y huerteros de cada una de las iniciativas: Cristina Sandoval, Rosalina Jiménez, Claudia Álvarez, Javier Burgos, Juan Diego Elejalde, Guillermo Silva, Germán Tobón, Rodolfo Monsalve, Keny Álvarez, Jason Hayes, Jorge Quintero y Edgar Córdoba. Al equipo de investigación del proyecto CODI *Prácticas comunicativas en la agricultura urbana de Medellín: tejido social, territorio y saberes* (también miembros de la Red) por su pasión y perseverancia.

A mi asesora Paula Restrepo por ayudarme a ver la investigación más allá de un compromiso académico, por ser ejemplo de coherencia entre la reflexión y la práctica, por su paciencia en este camino, su escucha y ánimo. A los profesores de la Maestría en Antropología: Claudia Puerta, Emilio Piazzini, Alejandro Agudelo y el maestro Robert Dover, quien vivirá en cada una de sus enseñanzas. A mis compañeros de clase que nutrieron este viaje con sus visiones y experiencias, especialmente a Mónica Berrío, Marta Gómez, Isabel Blandón, Zamara Calle, Kely Jaramillo y Santiago Escobar.

A mi familia, amigos y compañeros de trabajo que estuvieron conmigo durante esta etapa, su comprensión, abrazos y palabras de ánimo llegaron en los momentos precisos.

RESUMEN

La agricultura urbana se ha vuelto una práctica de interés para académicos de distintas disciplinas, sin embargo, siguen quedando vacíos en áreas como la antropología, la geografía y la comunicación. Es por ello que este trabajo tuvo como objetivo, desde una perspectiva espacial y social, reconocer y comprender tres experiencias de agricultura urbana en Medellín a partir de su configuración como lugares: Huerto Comunitario Alcázares, Fundacuda y Aula Ambiental Plaza de Mercado La América. En estas iniciativas se tejen lazos comunales que buscan romper con la fragmentación, fortalecer el trabajo colectivo y reclamar el derecho a la ciudad a partir de una reelaboración de las relaciones espaciales, en donde se incluyen los no-humanos.

Esta investigación es de tipo descriptivo-explicativo, ya que parte de la comprensión de los contextos y procesos de estas tres huertas (actores, motivaciones, recorridos, estrategias organizativas, de acción, entre otros). En general, se recurre a la geografía humana y su corriente crítica para comprender la forma de experimentar y significar el espacio por parte de los huerteros y huerteras, puesto que va más allá de un asunto productivo.

Palabras claves: agricultura urbana, lugar, sentidos de lugar, comunalidad, derecho a la ciudad y espacios de esperanza.

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	1
El lugar de esta investigación y de la investigadora	1
Perspectivas de la agricultura urbana en la academia	4
La agricultura urbana y su configuración en la práctica local	8
Sobre las tres huertas participantes del proyecto	12
Acerca de la metodología	16
CAPÍTULO 1: HUERTAS Y SENTIDOS DE LUGAR	20
INTRODUCCIÓN	20
1.1 El lugar	22
1.1.1 Sentidos de lugar	25
1.1.2 La finca en la ciudad	29
1.1.3 Experimentación, aprendizaje y diálogo de saberes	33
1.1.4 Cultivar relaciones	36
1.1.5 Compromiso ambiental	41
1.2 A modo de conclusión	47
CAPÍTULO 2: COMUNALIDAD: EL NOSOTROS EN LAS HUERTAS	48
INTRODUCCIÓN	48
2.1 Comunalidad, convivencialidad y buen vivir	51
2.1.1 El nosotros en las huertas: seres humanos y no-humanos	58
2.1.2 Gestoras del cuidado	64
2.1.3 Saberes en las prácticas de siembra	69
2.2 A modo de conclusión	75
CAPÍTULO 3: LAS HUERTAS COMO ESPACIOS DE ESPERANZA	76
INTRODUCCIÓN	76
3.1 Derecho a la ciudad	79

3.2 Intereses divergentes en la Red de Huerteros Medellín	82
3.3 El derecho a relacionarse de forma distinta en la ciudad	85
3.4 Espacios de experiencia y horizontes de expectativa	88
3.5 A modo de conclusión	93
4. CONCLUSIONES	94
5. BIBLIOGRAFÍA	98

GRÁFICAS Y FIGURAS

Gráfica 1. Origen de la huerta.....	9
Gráfica 2. Control de plagas.....	11
Figura 1. Ubicación del Aula Ambiental Plaza de Mercado La América.....	14
Figura 2. Ubicación del Aula Ambiental de Belén.....	14
Figura 3. Ubicación del Huerto Comunitario Alcázares.....	15
Figura 4. Invitación a un algo en la Casa de Cultura Alcázares.....	18
Figura 5. Plano del Huerto Comunitario Alcázares.....	31
Figura 6. Plano del Huerto Comunitario Alcázares.....	31
Figura 7. Máquina manual de moler usada para transformar cáscaras de huevo.....	34
Figura 8. Preparación de alimentos en la Cocicleta.....	40
Figura 9. Distribución espacial Fundacuda.....	43
Figura 10. Elaboración de paca digestora en el Parque de Belén.....	45
Figura 11. Póster ilustrativo del mojoyoy, uno de los bichos que habita las pacas.....	61
Figura 12. Avisos del Huerto Comunitario Alcázares.....	67
Figura 13. Visita guiada en el Aula Ambiental Plaza de la América.....	70
Figura 14. Póster con temática del paro nacional del 21 de noviembre de 2019.....	83
Figura 15. Fotografía de la huerta de Fundacuda.....	91

INTRODUCCIÓN

El lugar de esta investigación y de la investigadora

A partir del segundo semestre del 2016, comencé a asistir a las actividades que realizaba un colectivo de huerteros en Medellín. Debajo de las capas que puede tener la ciudad, una nueva estaba en proceso de formación, con muchas más incertidumbres que certezas.

En 2013 comienza el trabajo de la Red de Huerteros Medellín, un colectivo que ha buscado la conexión de personas y grupos a nivel local, nacional y global alrededor de diferentes temáticas. Su quehacer parte de la generación de espacios de encuentro, colaboración e intercambio de saberes en relación con la agricultura urbana, la agroecología, las semillas libres, los datos abiertos, el consumo consciente, entre otros (Ruiz, 2016). Es importante expresar que actualmente hago parte del equipo base de la Red de Huerteros Medellín; asimismo, participo de las actividades y discusiones que surgen continuamente.

El colectivo cuenta con tres ámbitos de acción que se articulan: los espacios de encuentro cara a cara, como las activaciones de huertas, talleres, recorridos en bicicleta por las huertas, reuniones de planeación, entre otros; una segunda línea relacionada con el trabajo investigativo y de autorreflexión; y un tercer ámbito que remite a lo digital, allí se encuentran canales de comunicación como el grupo de Facebook “Red de Huerteros Medellín”, el cual tiene más de 7.000 miembros, además de la plataforma de datos abiertos Tupale¹, en la que se invita a que las personas autogestionen su información y conocimiento, como una “wiki huertera” (Correa, 2017, p.6).

Estas prácticas han permitido a la Red fortalecer y articular diferentes actores en la ciudad. De igual forma, numerosas iniciativas aún se encuentran por fuera del rango de alcance de su equipo base, a lo cual se le ha apostado mediante el reconocimiento y caracterización de

¹ Durante la realización de este trabajo investigativo, se comenzó una migración a otra plataforma de datos abiertos.

estas experiencias. En los colectivos, familias, vecinos y grupos que han decidido iniciar procesos de siembra en Medellín, se pueden identificar distintos intereses y motivaciones que los han llevado a realizar intervenciones en el espacio. Posteriormente se ampliará esta afirmación.

La Red de Huerteros ha buscado impulsar el trabajo conjunto y la construcción de vínculos sociales (Correa, 2017, p.10) mediante múltiples estrategias, incluso ha reflexionado sobre aspectos organizativos del colectivo, como el reconocimiento y la conformación de nodos. En esa medida, se afirma que hay varios lugares con actores que establecen lazos de intercambio y apoyo.

Para los movimientos sociales, las redes son facilitadoras y productoras de la acción colectiva, ya que promueven relaciones de solidaridad y la integración con otros colectivos (della Porta & Diani 2006, p.15). Teniendo presente la lógica del modelo neoliberal, pensar en una red territorial de agricultores urbanos es un reto frente a las ideas de competencia y privatización que han sido legitimadas por el Estado, y por ello, estas iniciativas podrían ser vistas como un reclamo al derecho a la ciudad, que como lo expone Harvey (2008), va más allá del acceso a recursos, pues se trata de un derecho colectivo a transformar la ciudad.

La siembra de huertos agrobiodiversos como una forma de conectar territorios, es uno de los pilares de la Red de Huerteros Medellín, ya que las relaciones de las personas con la naturaleza permiten robustecer la red de actores que están interesados en generar integración social y recuperación ambiental. En esa medida, esta investigación no se centra en el colectivo, pero sin excluirlo, busca reconocer experiencias de agricultura urbana que son puntos de encuentro y articulación, en las que se intenta recomponer los lazos sociales.

El objetivo en concreto es comprender la configuración de estos lugares a partir de las relaciones comunales presentes en tres iniciativas huerteras de Medellín. Este enfoque, como se verá más adelante, ha sido poco ahondado en la bibliografía académica.

Hacer parte del colectivo me obliga a tener una doble mirada en esta investigación. Al pertenecer a la Red, definiendo sus acciones y posturas políticas, comparto sueños y esperanzas, visualizo un futuro/presente posible, en conclusión, tengo una perspectiva desde dentro. A su vez, asumir el rol de investigadora me hace un llamado de atención sobre la mirada crítica de las prácticas del colectivo. No se trata de situarme por fuera, como si dejara a un lado una parte de mí misma, pero sí de volver sobre una especie de extrañeza en lo familiar ¿por qué hacemos lo que hacemos?

Coincido con el investigador Omar Felipe Giraldo (2018) cuando plantea que con el cultivo de la tierra se refuerza la idea de sentirse parte de un lugar, significa encontrar un espacio de vida, en el cual se crean relaciones, símbolos e historias. La agricultura, para la humanidad, representa un cambio ontológico: el hecho de vincularnos a espacios concretos, en los que se tejen saberes, prácticas y afectos. La potencia que tiene la agricultura urbana como postura política es una de mis principales motivaciones, y en esta indagación, trato de reflexionar sobre estos ideales desde otros ángulos.

Es fundamental decir que este trabajo se desprende de una investigación más amplia: *Prácticas comunicativas en la agricultura urbana de Medellín: tejido social, territorio y saberes*, de la que hice parte junto a otros miembros de la Red de Huerteros. La mirada de cada uno de los investigadores, las conversaciones que sostuvimos y la experiencia de encontrarnos con 86 huertas de la ciudad, nos hizo posible afirmar la diversidad de miradas que coexisten en la práctica.

Antes de iniciar el recorrido por los capítulos, quisiera destacar en esta introducción dos asuntos: las perspectivas de la agricultura urbana en la academia y en la práctica local, esta última a partir de los resultados encontrados en la investigación macro.

Perspectivas de la agricultura urbana en la academia

La Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (s. f.) afirma que la agricultura urbana es practicada por 800 millones de personas en todo el mundo. Esta cifra no se puede desligar del incremento acelerado de la población urbana mundial, como tampoco del aumento en la demanda alimentaria, que, al ser mayor, implica un gasto de energía proporcional para dar de comer a comunidades que se expanden cada vez más.

La agricultura urbana, siguiendo a Moreno (2007) no solo se refiere al “cultivo, procesamiento, distribución y consumo de productos agrícolas dentro del área de la ciudad, empleando con fines productivos recursos insuficientemente utilizados” (p. 3), sino también a una estrategia integral que permite la recuperación ecológica de territorios, la construcción de tejido social y la conservación ambiental.

En ese sentido, en América Latina se pueden resaltar algunas experiencias importantes en el tema, las cuales han sido impulsadas por diferentes actores: gubernamentales, institucionales y comunitarios. Cuba es uno de los casos más reconocidos, su transformación del sistema alimentario partió como respuesta a la crisis que afrontó en los años 90 (debido al colapso de la Unión Soviética), esto llevó a diseñar una forma de lograr la soberanía alimentaria a partir de distintas asociaciones campesinas a nivel nacional, y en donde el gobierno, como actor estatal, ha ido facilitando el proceso (Rosset, Machín, Roque & Ávila, 2011).

En este escenario, la agricultura urbana se ha vuelto un asunto atractivo para muchos académicos, aunque siguen quedando vacíos en ciertas disciplinas y áreas del saber. En el marco de la investigación sobre *Prácticas comunicativas en la agricultura urbana de Medellín: tejido social, territorio y saberes*, Correa y Restrepo (2018) elaboraron un estado del arte sobre este tema, los movimientos sociales y la comunidad. Allí, afirman que después del año 2010 los estudios sobre agricultura urbana han crecido exponencialmente. A pesar de destacar las perspectivas variadas con las que se ha abordado esta práctica y las pocas

investigaciones que incluyen el enfoque comunicativo, las investigadoras clasifican sus hallazgos en tres categorías: políticas públicas, seguridad alimentaria y población vulnerable; huertas urbanas como espacios multifuncionales; y la agricultura urbana como crítica al sistema actual. Sobre el primer asunto, exponen que las huertas urbanas han tenido un carácter productivo y asistencial a lo largo de la historia. Esta tradición sigue apareciendo en los textos de autores de las ciencias sociales y humanas, quienes ven en la agricultura urbana una solución para erradicar el hambre y la escasez en población vulnerable.

Este es el caso de Gómez (2014), quien plantea que en Colombia la agricultura urbana se debe analizar bajo diferentes problemáticas relacionadas con la pobreza, la violencia y el desplazamiento interno del campo a la ciudad. Además, refiere algunos programas gubernamentales que han tratado de institucionalizar la práctica en Bogotá, Popayán y Medellín. Cantor (2010), quien investiga la agricultura urbana en el sur de Bogotá (Soacha) en un contexto de desplazamiento forzado, reconoce el componente productivo de la práctica. Asimismo, señala el valor simbólico y de bienestar que representa la agricultura urbana para las familias que hacen parte de su estudio, pues les permite volver sobre su identidad campesina.

Según los artículos analizados por las investigadoras en esta categoría, pareciera que las huertas urbanas se ubican en espacios de la periferia, en donde los programas estatales ponen su mirada. La seguridad alimentaria tiene un gran protagonismo en aquellos que se interesan en el tema de políticas públicas, asunto que se difumina cuando se reconocen otros propósitos que tienen cabida en estos espacios.

En segundo lugar, Correa y Restrepo (2018) presentan las investigaciones que abordan las huertas como espacios multifuncionales. De esta forma, nuevas dimensiones de análisis emergen: políticas, económicas, sociales y ecológicas. Igualmente, aparecen en este estado del arte dos asuntos que quisiera resaltar: por un lado, una mayor conciencia ambiental de los ciudadanos sobre la relación desigual que hay entre lo urbano y lo rural, y cómo la siembra puede ser un camino para hacer frente a esta problemática. Esto, sin desconocer las

motivaciones individuales, terapéuticas y simbólicas que también se encuentran en las huertas. Otra cuestión que plantean las investigadoras es que varios autores comprenden los huertos urbanos como espacios que permiten el surgimiento de movimientos sociales que defienden la ciudad. Esto llama mi atención debido a la conexión que aparece entre dos espacialidades que han tratado de verse de formas disímiles, y que tienen una relación conflictiva por la expansión de una sobre otra, generando procesos de injusticia, exclusión y defensa.

La tercera línea reúne los artículos que comprenden la agricultura urbana como crítica al sistema actual. La afirmación de una crisis del sistema moderno y neoliberal, ha llevado a pensar la agricultura urbana como un ejercicio alternativo para repensar la ciudad, lejos de su mirada instrumental y los discursos del “desarrollo sostenible”. Este llamado tiene como fin evitar la cooptación de los movimientos sociales por las lógicas mercantiles, que pueden terminar por quebrantar el potencial transformador de esta práctica.

Al indagar por estudios que analizaran la agricultura urbana en perspectiva espacial y social, fueron pocos los resultados encontrados. Del mismo modo, hay una ausencia de la antropología como disciplina que puede aportar a la comprensión de este tema. Entre los escasos hallazgos destaco algunas coincidencias conceptuales: el derecho a la ciudad y la apropiación espacial.

Gallego (2017) en una investigación realizada en Ramírez, un barrio autogestionado en Bogotá, explora el proceso de transformación y apropiación territorial de este lugar por parte de grupos marginados. En su análisis incluye iniciativas populares como la huerta comunitaria “La luz de la montaña”, en la cual encuentra una actividad alternativa que brinda herramientas para el empoderamiento, el intercambio de saberes, el fortalecimiento de lazos vecinales y de solidaridad. Para la autora, el territorio es el medio para reivindicar el derecho a la ciudad.

Arias et al. (2016) también localizan su investigación en la ciudad de Bogotá, centrándose en el concepto de espacio público y su redefinición a partir de experiencias comunitarias de siembra. Los autores concuerdan en que hay una brecha entre las necesidades de la población y los intereses del estado neoliberal, pero que la apropiación y la gestión colectiva buscan revertir mediante las luchas por un espacio común.

El derecho a la ciudad implica confrontación, por ello, la tensión entre las propuestas de comunidades de base y los gobiernos neoliberales son frecuentes. Estos actores intentan controlar las huertas y darles un sentido productivo y de desarrollo urbano, como es el caso de los jardines comunitarios en Jerusalén y Jaffa (Eizenberg & Fenster, 2015). En Colonia (Alemania) los huertos urbanos buscan alejarse del lucro, para así acercarse a las necesidades sociales, los bienes comunes urbanos, la apropiación espacial y la negociación sobre la ciudad que se desea (Follmann & Viehoff, 2015). Para van Holstein (2016), los jardines comunitarios en Sidney (Australia) no están exentos de contradicciones; pese a que están motivados por un sentido comunitario, también coexisten con la protección de intereses particulares, como la defensa de un territorio exclusivo.

El pensamiento colectivo tiene también lugar en estas investigaciones. En la experiencia de dos huertos urbanos en Madrid, examinada por del Viso, Fernández, & Morán (2017), se exploran los sentidos de comunidad, la formación de lazos, las formas de participación presenciales y virtuales, y la emergencia de un “urbanismo cooperativo”. Además, se afirma que “Los huertos urbanos comunitarios actúan como conectores, poniendo en relación a múltiples agentes, tanto al nivel barrial, creando lazos y tejido social, como al nivel local y translocal, articulando redes, adhiriéndose a otras y conectando temáticas confluyentes” (p.465).

La bibliografía que encontré expone las múltiples posibilidades de abordaje que tiene la agricultura urbana, desde lo individual hasta lo colectivo. Estos estudios, que corresponden a distintas áreas del conocimiento, tienen coincidencias valiosas para este proyecto, por ejemplo: la emergencia de relaciones de amistad y comunitarias a partir de las huertas; la

variedad de actores que están interesados en apoyar la práctica; y la necesidad urgente de considerar soluciones a la crisis que ha traído el sistema actual.

La agricultura urbana y su configuración en la práctica local

Como anuncié anteriormente, la investigación sobre prácticas comunicativas realizó un acercamiento a 86 huertas de la ciudad. Mediante un instrumento mixto, con preguntas cuantitativas y cualitativas, se buscó conocer más sobre las iniciativas de agricultura urbana. Estos fueron los bloques temáticos por los que se indagó: el equipo colaborador; descripción y caracterización de la huerta; relaciones con la comunidad, colectivos u organizaciones; prácticas de siembra y de mantenimiento de la huerta. Hasta ahora, se ha avanzado en el análisis de los datos cuantitativos de la investigación. A continuación, presento algunos hallazgos² que considero pertinentes para esta indagación.

Para empezar, hay que aclarar que la naturaleza de las huertas es variable. De las 86 huertas participantes, el 31% se debe a una iniciativa institucional que involucra recursos públicos. Una salvedad importante, es que estas huertas mantienen sus actividades gracias al compromiso y apropiación de las comunidades. Una de las huertas seleccionadas para participar en la presente investigación es la huerta de la Fundación Cultivos de Amor (Fundacuda), también conocida por el nombre de Aula Ambiental de Belén. El motivo de estas dos denominaciones es que a este espacio han llegado múltiples programas estatales para apoyar su quehacer, sin embargo, son los miembros de Fundacuda, con su trabajo voluntario, quienes mantienen día a día la huerta. Algo similar sucede con el Huerto Comunitario Alcázares y el Aula Ambiental La América (huertas que también fueron interlocutoras de esta indagación); ambas cuentan con el apoyo de una institución o dependencia pública: Casa de Cultura Alcázares y Secretaría de Medio Ambiente respectivamente.

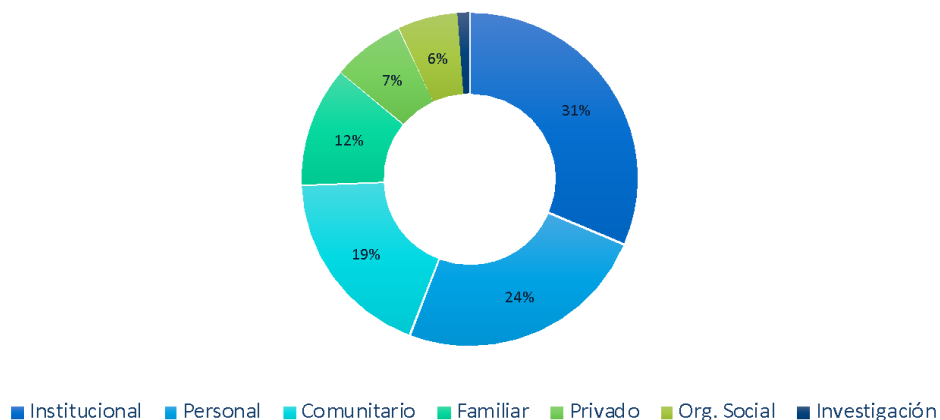
² Estos hallazgos fueron construidos y consolidados por el equipo de investigación: Paula Restrepo, Cristina Sandoval, María Isabel Correa, Luis Gallego y Pablo Correa.

El 24% corresponde a las huertas que nacen de una iniciativa personal, aunque en muchos casos, terminaron por ser sitio de encuentro con los vecinos. El 19% concierne a aquellas que surgieron como una idea de dos o más personas. Si se agruparan las huertas personales con las huertas de organizaciones sociales y comunitarias, se tendría como resultado que las huertas de la sociedad civil son la mayoría. En la *Gráfica 1*, se pueden apreciar los porcentajes.

Las diferentes naturalezas de las iniciativas permean las motivaciones que las orientan. Las huertas son espacios de encuentro e intercambio de saberes, difícilmente tienen enfoques productivos. Sobre esto, se encontró que las razones para emprender los proyectos de siembra se pueden distinguir entre medioambientales y socioeconómicas, no obstante, en muchos casos aplican ambas.

Entre los motivos medioambientales están: la alimentación, los valores agroecológicos, la preocupación por la tierra, la recuperación de territorios y el aprovechamiento de residuos. Mientras que en las razones socioeconómicas aparece un espectro más amplio de respuestas: fortalecer el tejido social, entretenerse, tener un espacio para la enseñanza y el aprendizaje colectivo, entre otras. Así se reafirma la multifuncionalidad y polisemia de las huertas.

Origen de la huerta



Gráfica 1. Origen de la huerta.

Fuente: Análisis de los grupos de huerteras de Medellín. Gráfica elaborada por Luis Gallego, 2019.

Con respecto a las relaciones con la comunidad, colectivos y organizaciones, se lograron cuantificar cuáles y cuántas relaciones tienen cada una de las huertas. Los actores del sector civil encabezan este listado, seguidos por actores del sector público. La relación entre ambos es importante en esta investigación y para la Red de Huerteros, ya que el trabajo conjunto de instituciones con personas o grupos de base está presente en varios nodos de la red. Un común denominador de estos vínculos ha sido el papel residual que han tenido las instituciones, permitiendo cierta autonomía e independencia en las comunidades.

El Huerto Comunitario Alcázares y las huertas ubicadas en las Aulas Ambientales de Belén y la América, iniciativas con las que trabajé, figuran como actores clave en la agricultura urbana de Medellín. Aquí hay que anotar que en muchas ocasiones las relaciones se enunciaban de dos formas: con los individuos (Juan Diego Elejalde y Javier Burgos son claros ejemplos) y con las instituciones, por esto no se pueden clasificar de un modo u otro.

Los huerteros se relacionan para la obtención de recursos materiales e inmateriales. 68% de las huertas se relaciona para intercambiar saberes y recibir motivación; 21% para contar con apoyo en términos de fuerza de trabajo; 37% para la obtención de recursos a través de la donación y, en menor medida, por intercambio; y 31 % se relaciona con otros por procesos comunicativos (generar nuevos vínculos y difundir información). Como se verá más adelante, el diálogo de saberes es un asunto fundamental en el entramado comunitario de las huertas participantes, ya que el conocimiento emerge de las mismas experiencias de las personas y se teje en red.

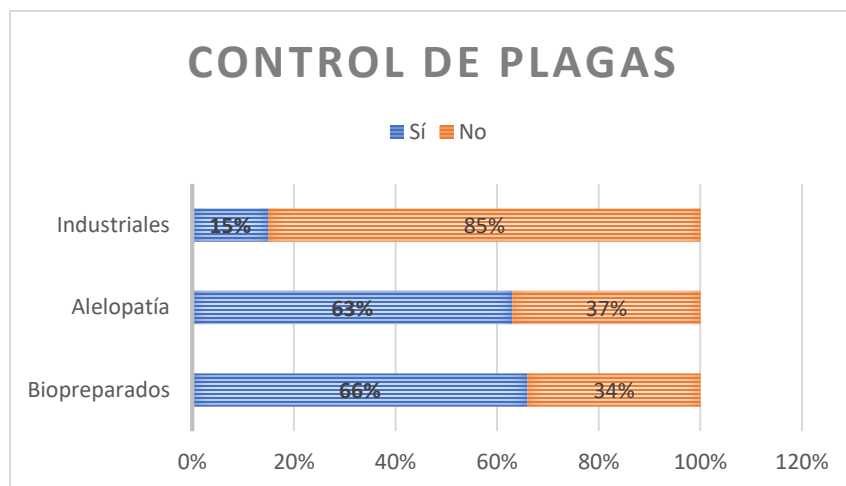
Por último, sobre las prácticas de siembra y mantenimiento de la huerta, destaco algunos asuntos. Uno de ellos es que el 100% de las personas entrevistadas afirma abonar la huerta. Un 80% produce su propio abono (compost, abono de paca digestora, bokashi, fertilizantes líquidos y lombricultivo), esto quiere decir que hay una alta probabilidad de que estas personas aprovechen sus desechos orgánicos.

En la vivencia y durante la investigación, fue notorio que en las huertas realizaban otras actividades que podían ser incluso más importantes que la siembra. Este es el caso de la

huerta de Fundacuda, lugar en el que se transforman grandes cantidades de residuos orgánicos y poda mediante las pacas digestoras.

Al revisar en detalle las prácticas socio-ambientales de las huertas, encuentro aspectos preocupantes, como el origen de las semillas que se usan en la siembra. El 70% emplean semillas de procedencia propia, pero solo el 29% las consiguen con guardianes y custodios de semillas. La primera cifra puede hacer pensar que es una práctica favorable y reflexiva de los huerteros, sin embargo, hay quienes también lo hacen por falta de dinero para comprar en tiendas agrícolas. El desconocimiento sobre el tema es alto, a pesar del trabajo que realizan algunas organizaciones en la ciudad.

Sobre el control de plagas, en la *Gráfica 2* se presenta que hay un bajo uso de productos industriales. La alelopatía y el uso de biopreparados son más populares entre los huerteros:



Gráfica 2. Control de plagas.

Fuente: Análisis de los grupos de huerteras de Medellín. Gráfica elaborada por María Isabel Correa, 2019.

Estos resultados me permiten reafirmar que la agricultura urbana en Medellín está llena de matices. Los intereses y las prácticas son variadas, no podríamos hablar de procesos socio-ambientales ideales, por el contrario, todavía hay diversos frentes de trabajo. Sembrar no se relaciona solamente con una dimensión de la vida social, o por lo menos para las huertas que hacen parte de esta investigación, hay otros asuntos que se mezclan. Lo anterior no es una

afirmación concluyente, porque en realidad lo que muestra la información de las 86 huertas, es que hay personas que cultivan con agroquímicos, utilizan semillas certificadas y realizan sus labores de manera individual.

Sobre las tres huertas participantes del proyecto

En 2004 inició el programa de la Secretaría de Medio Ambiente de la Alcaldía de Medellín *Ecohuertas Urbanas*, que aboga por una agricultura sostenible en la ciudad e “...involucra la apropiación de los espacios urbanos como las terrazas, balcones, patios, entre otros, con el propósito de que las comunidades organizadas se familiaricen con las metodologías de aprendizaje mediante el aprovechamiento de los residuos sólidos orgánicos” (Alcaldía de Medellín, 2011, p.5).

En la publicación citada, se expone que se cuenta con más de trescientas Ecohuertas en las comunas y corregimientos de Medellín, además, se profundiza en el proceso de elaboración de la huerta, la preparación del suelo, el uso de biopreparados, las prácticas ancestrales y la poscosecha. Este documento aborda lo técnico de la experiencia, pero quedan por fuera los aprendizajes a nivel de tejido social, convocatoria, dificultades, entre otros.

Asimismo, el Área Metropolitana del Valle de Aburrá, como entidad administrativa, tiene una propuesta en gestión ambiental para los municipios que hacen parte de este esquema territorial. Así, se creó en 2010 el programa de Aulas Ambientales, como una estrategia educativa para:

... llevar a cabo procesos colectivos de aprendizaje y entender el pasado, presente y futuro del territorio, dentro de la estructura, se contempla un escenario natural, una propuesta pedagógica y unas unidades didácticas integradas dentro del espacio físico con la finalidad de establecer sistemas y/o propuestas demostrativas que incluyen varias áreas de conocimiento en pro de un interés ambiental colectivo. (Área Metropolitana del Valle de Aburrá, 2012, p.6)

La idea de Aula Ambiental se remonta al año 1997 con el Aula Ambiental Paseo del Río, volviéndose el proyecto bandera de la Secretaría de Medio Ambiente. En 2010, el programa se crea en convenio con Área Metropolitana y es operado por la Universidad Santo Tomás. Allí se da apertura a tres nuevas aulas: Belén, en la Unidad Integral No. 6 de Bienestar Social; La América, en la Plaza de Mercado y Guayabal en el Parque de Manzanares. Otras aulas se fueron creando con el tiempo, a pesar de ello, varias han desaparecido.

Desde un inicio se pensó que cada Aula Ambiental tuviera unos proyectos pedagógicos para acercar a las personas a la comprensión del entorno. Los ejes o unidades didácticas que comparten la mayoría de aulas son: mariposario, vivero, ecohuerta, exhibición de artesanías elaboradas con residuos sólidos y tecnologías apropiadas; por lo general se cuenta con un aula en la que se dictan charlas y capacitaciones. Igualmente, se realizan recorridos guiados o interpretativos, como una forma de invitar a grupos y personas a acercarse a estos proyectos, a través del intercambio de saberes, la observación y la experiencia.

Presento este contexto debido a su relación con dos de los actores con los que trabajé: Aula Ambiental Plaza de Mercado La América y Aula Ambiental de Belén, coordinada por la Fundación Cultivos de Amor. Estos programas han ofrecido rutas de acción a estas iniciativas y algunos recursos materiales, no obstante, sin el cuidado y mantenimiento de los voluntarios, estos espacios ya habrían desaparecido. Ver figuras 1 y 2³.

El Huerto Comunitario Alcázares, ubicado en las afueras de la Casa de Cultura Alcázares, fue el tercer interlocutor que seleccioné. Este proyecto de siembra no ha tenido la intervención de los programas referenciados, aunque la relación con la Casa de Cultura ha sido permanente desde su creación. Ver figura 3.

³ Los mapas presentados fueron extraídos del proyecto colaborativo OpenStreetMap, el cual permite la construcción de mapas editables y libres por usuarios en todo el mundo.

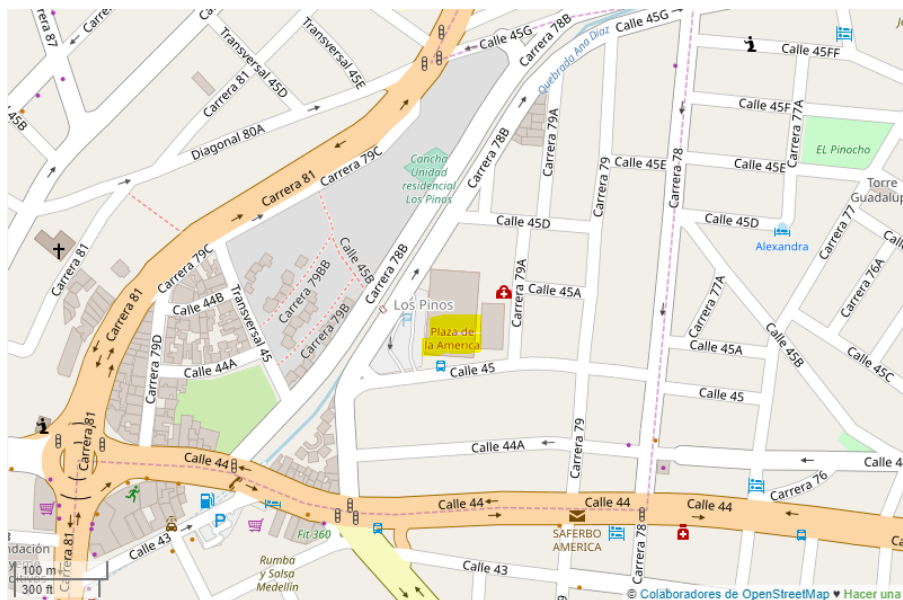


Figura 1. Ubicación del Aula Ambiental Plaza de Mercado la América. Barrio: Los Pinos. Cuenta con un área total de 150 metros cuadrados. Fuente: OpenStreetMap, 2020.

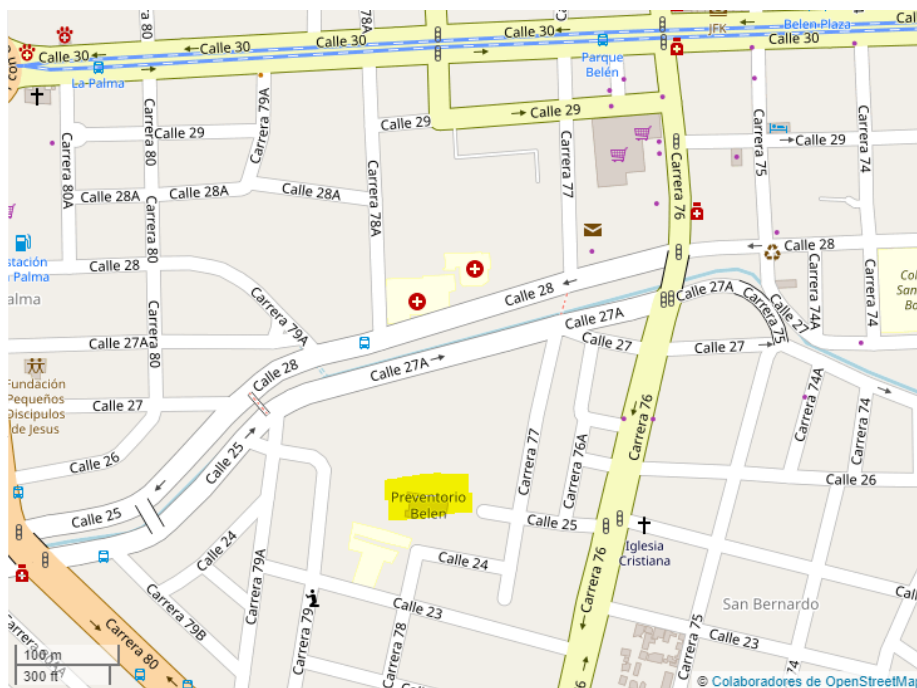


Figura 2. Ubicación del Aula Ambiental de Belén⁴. Barrio: Belén San Bernardo. Cuenta con un área total de 1.726 metros cuadrados. Fuente: OpenStreetMap, 2020.

⁴ En el mapa aparece con el nombre de “Preventorio de Belén” debido a que, hace más de 50 años, funcionaba allí una correccional de menores.



Figura 3. Ubicación del Huerto Comunitario Alcázares. Barrio: Los Alcázares. Cuenta con un área total de 34 metros cuadrados.
Fuente: OpenStreetMap, 2020.

En estas apuestas se identifica una diversidad de motivaciones y un alto nivel de agencia de los sujetos que componen estos grupos, pues hay una resistencia a ciertos procesos hegemónicos de producción y reproducción social. Esto no significa que dejen de estar insertos en la estructura del sistema capitalista, pero con sus prácticas buscan subvertir las formas de relacionamiento que se imponen desde la lógica de la competencia y el individualismo. Además, de acuerdo con la investigación sobre prácticas comunicativas, estas huertas son nodos o puntos de encuentro de muchos actores.

Las iniciativas que hicieron parte de esta indagación tienen en común el liderazgo de hombres. Previo al inicio del trabajo de campo, contacté huertas dirigidas por mujeres, que no compartieran una relación directa con instituciones o programas estatales, no obstante, sus distintas ocupaciones o el tener en pausa los procesos de siembra, hicieron imposible poder trabajar con espacios con estas características.

Acerca de la metodología

Como ya lo he presentado, este trabajo se desprende de la investigación *Prácticas comunicativas en la agricultura urbana de Medellín: tejido social, territorio y saberes*, financiada por la convocatoria CODI 2016, Universidad de Antioquia, en la que participaron miembros del colectivo Red de Huerteros Medellín. A pesar de realizar este trabajo enmarcado en la Maestría en Antropología, las conversaciones y encuentros con este equipo interdisciplinario, suscitaron muchas de las reflexiones que aquí se exponen.

Siguiendo a Guba & Lincoln (2002), esta investigación se ubica entre un paradigma crítico y constructivista. El acercamiento permitió ir más allá de la caracterización de unas organizaciones comunitarias inmutables, puesto que buscó identificar los sentidos de lugar y las relaciones que los configuran. Además, fueron los interlocutores quienes permitieron entender y reconstruir estos procesos.

La investigación es de tipo descriptivo-explicativo, ya que partí de la comprensión de los contextos y procesos de cada iniciativa (actores, motivaciones, recorridos, estrategias organizativas, comunicativas y de acción, entre otros). De acuerdo con lo anterior, acudí a diversas técnicas de generación de información, entre las que se encuentran: la revisión documental, las entrevistas semiestructuradas (individuales y colectivas) y la etnografía mediante la observación participante.

Las categorías centrales que atraviesan este proyecto son: lugar, sentidos de lugar, comunalidad, diálogo de saberes, derecho a la ciudad, utopía y horizontes de expectativa. Aunque dichas categorías se desarrollarán en los siguientes capítulos, es importante precisar el enfoque que sigo para su planteamiento.

En general, recorro a la geografía humana y su corriente crítica para comprender la práctica de la agricultura urbana. En esta mirada el espacio no es una porción de tierra, ni una superficie de un mapa, por el contrario, es un proceso abierto con múltiples interconexiones (Massey, 2008). Los autores que se ubican en esta perspectiva, señalan que el “giro espacial”

ha hecho volver la mirada sobre la espacialidad de la vida, y de esta forma, darle la misma importancia que se le ha proporcionado al tiempo y a la historia.

Traer estas visiones a la antropología es interesante, puesto que algunos académicos en esta disciplina han puesto en un segundo plano la dimensión espacial. Soja (2010) explica que la formación de geografías es fundamental para entender nuestra existencia, historias y sociedades. En el caso de las ciudades, estas ideas resultan sustanciosas para revisar las relaciones desiguales, los intereses particulares y la mercantilización de la vida en la urbe.

Algunas categorías de entrada cambiaron durante el proceso de investigación. Inicialmente iba a trabajar con el concepto de territorio, las prácticas de poder que se inscriben allí, sus fronteras y relaciones. Al tener la experiencia en las huertas, comprendí que el camino teórico que estaba siguiendo se alejaba de lo que estaban viviendo los interlocutores. En el capítulo I hablo sobre esta mudanza teórica.

Con las técnicas de generación de información también hubo cambios y adaptaciones. Con respecto a la revisión documental, esperaba contar con material suministrado por las huertas, sin embargo, ninguna de las experiencias ha sistematizado sus procesos. Con el Huerto Comunitario Alcázares se logró recuperar un amplio archivo fotográfico que mostraba los cambios físicos de la huerta y las personas que han hecho parte de este proyecto. Mediante una invitación a un compartir de alimentos, logré reunir a algunos de los miembros más antiguos, y así, recuperar experiencias que ya estaban en el olvido.

En el marco de los 25 años de la Casa de Cultura Alcázares y de la investigación "Prácticas comunicativas de la agricultura urbana de Medellín: tejido social, territorio y saberes", queremos reconocer tus valiosos aportes a nuestro huerto comunitario.

Te invitamos a un **algo** para recordar juntos este proceso, contarte cómo va y agradecerte por hacer parte de un espacio maravilloso.

¿Cuándo? El viernes 19 de octubre de 2018.

¿Dónde? Casa de Cultura Alcázares.

¿A qué hora? A las 4:00 p.m.

¡Te esperamos!

Por favor confirmarnos si puedes venir al teléfono 234 68 89.

Recuerda traer tu pocillo.



Figura 4. Invitación a un algo en la Casa de Cultura Alcázares.

Fuente: archivo personal, 2018.

En los casos del Aula Ambiental de La América y la huerta de Fundacuda, se recurrió a la revisión de documentos legales e informes. Se encontró además un sitio web que recogía información sobre las diferentes Aulas Ambientales en la ciudad, y de igual forma, algunas cartillas que presentaban los procesos de aprendizaje que se han realizado en estos espacios.

A pesar de llevar a cabo las entrevistas semiestructuradas tal como se había planeado, a partir de las primeras visitas a las huertas, me percaté de la riqueza que había en cada una de las conversaciones que surgían en el hacer. La confianza se incrementaba y los participantes se sentían más tranquilos para hablar de diversos temas, sus recorridos y proyectos a futuro.

“El estar allí” fue primordial para la comprensión de lo que sucedía, la revelación de tensiones, entender el esfuerzo que implicaba cada actividad y cómo, poco a poco, había más amigos que personas desconocidas. De este modo, los diarios de campo fueron imprescindibles para este trabajo, allí se consignaron experiencias, conversaciones y

fotografías que, luego de ser sistematizadas y analizadas, alimentaron la discusión sobre una práctica diversa.

Como ya se expuso, este trabajo se concentra en tres iniciativas huerteras, sin embargo, en ciertos momentos se articula a los resultados de la investigación macro, para así permitir al lector un panorama más amplio de la agricultura urbana en la ciudad. Para dar forma a estas reflexiones, desarrollo tres capítulos de la siguiente forma:

En el capítulo I presento las huertas como lugares polisémicos y multifuncionales, configurados por las subjetividades, experiencias y relaciones que sostienen los actores participantes en cada una de ellas. Este es un acercamiento al espacio vivido, con sus contradicciones, negociaciones y tensiones. El abordaje que hago del concepto de lugar va más allá de la vinculación emocional o sentido de pertenencia, por ello, sigo los planteamientos de Arturo Escobar y Doreen Massey para afirmar el lugar desde su heterogeneidad, apertura y constante cambio.

En el capítulo II me pregunto por las comunidades que habitan estas tres huertas urbanas, teniendo presente los fenómenos de la globalización, la modernidad y el desarrollo. En este análisis cuestiono las teorías de la comunalidad, el buen vivir y la convivencialidad debido a la distancia que guardan con el espacio urbano, sin embargo, retomo preguntas que están en la base de sus reflexiones para pensar en la práctica de la agricultura urbana: las relaciones con los no-humanos, el cuidado en las huertas, la producción y circulación de saberes.

En el capítulo III expando la discusión del derecho a la ciudad, la utopía y los horizontes de expectativa al caso de la Red de Huerteros Medellín. Si bien, en el grupo base del colectivo y en las tres iniciativas que hicieron parte de este trabajo de investigación hay unas aspiraciones reflexivas sobre la ciudad, para otras personas la agricultura urbana es una práctica despolitizada, que les brinda bienestar emocional y embellece su espacio de vida.

CAPÍTULO 1: HUERTAS Y SENTIDOS DE LUGAR

*In nature's economy the currency
is not money, it is life.
Vandana Shiva*

INTRODUCCIÓN

Cuando realicé el planteamiento de mi proyecto de investigación, consideré categorías previas que podrían guiar la comprensión de la práctica de la agricultura urbana. Durante el trabajo de campo y en el encuentro con “otros”, se abrieron nuevos caminos para el análisis y el diálogo. Cada conversación, dentro y fuera de la huerta, proponía narrativas tan diversas como las plantas que se tenían cultivadas. Entendí entonces que hacía falta seguir explorando teorías, que no solo hicieran una traducción de las experiencias que estaban viviendo y narrando mis interlocutores, sino que me permitieran tener un lente por el cual mirar, ampliar, retroceder y cuestionar.

Mi creciente interés en la dimensión espacial de la antropología me acercó a los aportes que hacen otras disciplinas, como la geografía y sus vertientes humana y crítica, en donde el espacio deja de ser una superficie o una extensión de tierra, para pensarse como producto de interrelaciones y prácticas (Massey, 2008). Bajo esta premisa me aproximé al concepto de lugar, en el que encontré debates que complejizaban el análisis y que resumiría en dos líneas: la pertinencia actual del término y su conceptualización.

Como lo presenta el antropólogo Arturo Escobar en varios de sus textos (2001; 2010) el lugar continúa siendo una dimensión crucial en la configuración de los espacios y en las luchas de los movimientos sociales, sin embargo, se ha tendido a restarle importancia y a darle más protagonismo al desplazamiento, el movimiento y la diáspora. La globalización se ha presentado como una fuerza mucho más potente y determinante. La invitación del autor es a

revertir esta asimetría, debido a que muchas luchas actuales buscan defender construcciones particulares de lugar.

Lo anterior se podría interpretar como una visión que ignora la apertura y dinámica del lugar, no obstante, Escobar (2001) explica que su postura no excluye los vínculos locales y extralocales que se pueden tener:

In other words, what I am also suggesting is that it might be possible to approach the production of place and culture not only from the side of the global, but of the local; not from the perspective of its abandonment but of its critical affirmation. (p.147-148)

Esto tiene relación con las conceptualizaciones sobre el lugar que se han elaborado en la antropología. La relación lugar-cultura ha ido tomando una forma naturalizada que llega hasta nuestros días, y que básicamente se explica como el ‘espacio contenedor’, lo cual obliga a buscar en lugares específicos las manifestaciones culturales de los grupos que se estudian. Hablamos entonces de una especie de encierro espacial, que niega la posibilidad de los actores para moverse.

Las limitaciones y libertades que cada uno tiene en sus trayectos son innegables, pero suponerlo de entrada y mantenerlo como un asunto estable ha sido motivo de diversas reflexiones, como las planteadas por Ferguson & Gupta (2008) quienes se preguntan por la tardía autoconciencia de la teorización antropológica con respecto a la dimensión espacial. Los autores explican que en las ciencias sociales es común encontrar una representación del mundo como espacios fragmentados, en los que hay una búsqueda de distinción cultural entre unos y otros. Esta discontinuidad es puesta en duda por aquellos que habitan la frontera o que la cruzan de manera permanente, incluso por quienes permanecen en un lugar y sienten cómo su relación con el mismo varía. Su conclusión es que cada espacio y lugar está interconectado de manera jerárquica con otros y en constante flujo, por ende, la relación lugar-cultura debe llevarnos a reevaluar la diferencia cultural.

La profesora Setha M. Low (2009) añade que los actores no se deben aprisionar, por el contrario, corresponde reconocerles su capacidad de agencia. Como ella, varios autores se

han preguntado por la configuración del espacio y la forma en que se espacializa la cultura. Como veremos más adelante, hay múltiples desarrollos teóricos sobre el lugar, por ello, en este capítulo se retomarán algunos aportes que permiten no solo acercarse a la forma en que se experimenta la vida social en las huertas, sino también la interferencia de otras esferas en su quehacer.

Para este apartado contemplo dos asuntos. El primero tiene que ver con el concepto y sentido de lugar. A partir de esto establezco un marco de comprensión que sigue de cerca la propuesta de la geógrafa Doreen Massey. En segunda instancia abordo los sentidos particulares, pero conectados, de cada iniciativa huertera, y en ellos, sus principales motivaciones, conflictos y acuerdos, en otras palabras, el espacio vivido. Para ello, haré uso del material empírico producto de diarios de campo, entrevistas individuales, grupales y conversaciones informales en las huertas.

1.1 El lugar

La concurrencia de lo espacial y lo social es un camino inacabado y reciente. La geógrafa Alicia Lindón (2012) lo plantea cuando hace un recuento de las concepciones del espacio en la geografía como localización, producción social y construcción social. En su texto aparece la tensión entre la lógica binaria de los enfoques materiales e inmateriales del espacio, que en la actualidad buscan ser resueltos a partir de una deconstrucción creativa.

Al volver sobre *La producción del espacio* del geógrafo Henri Lefebvre (2013) es posible leer su intención de superar esta dicotomía:

El concepto de espacio liga lo mental y lo cultural, lo social y lo histórico (...) Y esto porque todo dispositivo espacial reposa sobre la yuxtaposición en la inteligencia y sobre el montaje material de elementos a partir de los cuales se produce la simultaneidad. (p.57)

Con Lefebvre el espacio deja de ser una entidad inerte y pasa a ser producto y productor, de esta forma, elabora la conocida “tríada conceptual”, compuesta por el espacio percibido

(práctica espacial), el espacio concebido (representaciones del espacio) y el espacio vivido (espacios de representación). El primero tiene que ver con la experiencia material, el segundo con las representaciones de la espacialidad de expertos y planificadores (es el espacio dominante) y el tercero con la clandestinidad de la vida social, de la imaginación, las emociones y las resistencias. El teórico urbano y geógrafo Edward Soja, quien ha hecho contribuciones claves a la construcción del pensamiento crítico en Geografía, hace una relectura de Lefebvre y propone que en el tercer espacio es donde existe la posibilidad de aproximarse a la complejidad de la experiencia del espacio vivido:

El Tercer Espacio como Espacio vivido se caracteriza como multifacético y contradictorio, opresivo y liberador, apasionado y rutinario, conocible e inconocible. Es un espacio de obertura radical, un sitio de resistencia y de lucha, un espacio de múltiples representaciones (...) un margen o un borde en el que los lazos pueden cortarse o también donde nuevos lazos pueden forjarse. Puede trazarse un mapa de él pero nunca podrá ser capturado en las cartografías convencionales; puede imaginarse de modo creativo pero sólo tiene sentido cuando es practicado y vivido completamente. (Soja, 2010, p.206)

El espacio no es un concepto lejano o en contraposición al de lugar, este último es una expresión del mismo, o en palabras de Soja (2008) hace parte de la “creación de geografías”, en las que habría que incluir el cuerpo como la geografía más inmediata.

Para Low (2009; 2014) los aportes de Lefebvre son claves a la hora de entender el concepto de lugar en la antropología, y específicamente en la ciudad, en donde aparecen dos miradas: la de los planeadores urbanos y la de quienes experimentan los espacios. Esta última, para la autora, es la que finalmente constituye el espacio y permite acercarse a las negociaciones culturales, los valores y las representaciones de las personas.

En la revisión que hace el profesor Guberney Muñetón (2016) sobre los conceptos de lugar y escala desde la geografía humana y la geografía crítica, explica que cada uno de ellos cuenta con diferentes desarrollos teóricos y usos empíricos. En el caso específico del lugar, yendo más allá de su concepción de espacio significativo, aparecen análisis sobre la experiencia, el sentido de lugar y las relaciones que lo configuran. Muñetón (2016) lleva esta discusión a un

planteamiento del lugar político, debido a las fuerzas e intereses que allí confluyen, lo que nos hace pensar en una noción de escala (niveles de relacionamiento).

En este punto comenzamos a identificar un elemento crucial al hablar del lugar, y se trata de la experiencia. Barros (2000) explica que, a mediados de la década de 1970, se desarrolló la geografía humanista de raíz fenomenológica, en la que se tenía una idea del lugar como vinculación emocional o pertenencia a una porción concreta del espacio, en la que individuos y comunidades construyen su identidad. En esta línea, se resaltan los aportes del geógrafo chino-americano Yi-Fu Tuan, quien introdujo el concepto de *topofilia*, definido como un sentimiento de apego de los seres humanos con los lugares (Vargas, 2012). En la perspectiva de Tuan, este vínculo se define por las experiencias de quienes ocupan el espacio, y que termina por dar una carga de sentido: "... places are locations in which people have long memories, reaching back beyond the indelible impressions of their own individual childhoods to the common lores of bygone generations" (Tuan, 1979, p.421).

Volviendo a Barros (2000), su planteamiento es que estas concepciones no permiten una problematización más amplia del lugar, y que aportes como los que hace la geógrafa feminista Doreen Massey enriquecen la mirada. Esta autora incluye las relaciones del lugar con el afuera, es decir, que puede estar formado por áreas no necesariamente contiguas, en las que hay conflictos y la identidad se modifica a partir de diferentes fuentes:

Lo que *no quiero* hacer, y esto es quizá lo que me diferencia de los demás, es pensar el lugar como el reino cálido, cotidiano, auténtico y vívido de la gente real; y el espacio como abstracto, global y sólo como el reino del capital y las finanzas (lo cual es muy confuso de todos modos, porque el capital y las finanzas están llenos de gente). (Massey, 2008, p.334)

La reformulación que hace Massey del espacio y el lugar en su producción académica es destacada por otros teóricos. Para ella, hay que pensar el lugar como articulación particular, punto de encuentro sin límites o barreras que definan su campo de acción. La fijación que hay hacia lo local como bueno y lo global como una mano invisible, puede ser peligrosa porque desdibuja problemáticas como la violencia intrafamiliar o las formas en que se espacializan poderes que se encuentran en otras escalas.

Para esta investigación, el lugar será una categoría tangible y, a la vez, subjetiva e imaginaria. Siguiendo a Massey (2012) se comprenderá el lugar como espacio dinámico, heterogéneo, en constante construcción, en el que intervienen diferentes relaciones con actores que son determinantes en la construcción de narrativas, significados y experiencias:

... en vez de pensar los lugares como áreas contenidas dentro de unos límites, podemos imaginarlos como momentos articulados en redes de relaciones e interpretaciones sociales en las que una gran proporción de estas relaciones, experiencias e interpretaciones están construidas a una escala mucho mayor que la que define en aquel momento el sitio mismo, sea una calle, una región o incluso un continente. (p.126)

Massey (2012) expone que cada individuo está situado en esos flujos y redes de forma diferencial, además coincide con Escobar (2010) en que las luchas políticas globales-locales están basadas en el lugar, a pesar de que sus miembros estén ocupando posiciones desiguales. Esto es importante para entender la diversidad de miradas que aparecen en el espacio, y que producen identidades múltiples, resultado de todas las relaciones que se entrelazan en “un sentido global del lugar”.

1.1.1 Sentidos de lugar

En algunos encuentros de la Red de Huerteros se ha hecho un ejercicio inicial que suele detonar reflexiones interesantes. En una ocasión Cristina⁵ repartió frutas entre los asistentes, todos comenzamos a comer antes de que ella lanzara la pregunta: ¿alguien pensó de dónde vienen los alimentos que estamos consumiendo? Nadie respondió, siguió preguntando ¿o consideró las condiciones de trabajo de quien sembró estos alimentos? El silencio se prolongó.

Las interpelaciones de Cristina tienen que ver con el compromiso individual, en su caso, siendo consciente de un sistema alimentario que no es justo con los campesinos, que

⁵ Cristina Sandoval tiene 41 años, es historiadora y agricultora. Además, hace parte del equipo base de la Red de Huerteros Medellín.

privilegia los intereses de empresas transnacionales y que se fortalecen cada vez más con nuestras decisiones de consumo (Martínez, 2015).

Como ya se expuso, el lugar será entendido más allá de su noción de apego y pertenencia, y sin dejar esta idea a un lado, se explorarán los sentidos o significados que se le otorgan bajo procesos abiertos de relaciones. Esto implica reconocer el poder que se encuentra dentro de estos flujos, en donde no solo entran en debate los efectos de la globalización, sino también las responsabilidades que cada uno tiene (Massey, 2004).

El acelerado tránsito de mercancías, información y viajes de un lugar a otro ha hecho pensar que estamos frente a un proceso de compresión espacio-temporal, que como explica Massey (2012) "... se refiere al movimiento y la comunicación a través del espacio, a la extensión geográfica de las relaciones sociales, y a nuestra experiencia de todo ello" (p.114).

La autora enfatiza en que todos experimentamos la compresión espacio-temporal de formas distintas, y que la economía no es suficiente para determinar nuestra experiencia del espacio, el género es otro condicionante. Algunos grupos tienen más control, y estas movilidades diferenciales ponen en desventaja a otros, como sucede con las semillas y sus problemáticas actuales (Shiva, 2010) en donde campesinos y agricultores se han visto sometidos a las políticas de multinacionales con poder sobre varios territorios, que terminan por anular las economías locales y los saberes populares.

En medio de todos estos flujos ¿es posible seguir pensando los lugares como espacios habitados por comunidades homogéneas?, ¿qué nos vincula a un lugar?, ¿cómo construimos sentidos de lugar en los espacios urbanos?

Me refiero a *espacios urbanos* para alejarme de la acepción de ciudad como un asentamiento con unas características particulares como la alta densidad poblacional y las construcciones habitadas por extraños entre sí (Delgado, 1999). Esta concepción es naturalizada en la actualidad; parte de su fundamento se encuentra en la sociología urbana cuando se formuló como una contraposición a lo rural, tal como lo argumentó en su momento el filósofo y sociólogo alemán Georg Simmel (1858 – 1918) en su obra *Las grandes ciudades y la vida del espíritu*, en la que analiza desde la psicología urbana las dinámicas propias de los

individuos que habitan estos espacios, siendo la vida nerviosa un rasgo propio que tiene que ver con los movimientos e intercambios rápidos:

El fundamento psicológico sobre el que se alza el tipo de individualidades urbanitas es el acrecentamiento de la vida nerviosa (...) En tanto que la gran urbe crea precisamente estas condiciones psicológicas (a cada paso por la calle, con el tempo y las multiplicidades de la vida económica, profesional, social), produce ya en los fundamentos sensoriales de la vida anímica, en el quantum de conciencia que ésta nos exige a causa de nuestra organización como seres de la diferencia, una profunda oposición frente a la pequeña ciudad y la vida del campo, con el ritmo de su imagen senso-espiritual de la vida que fluye más lenta, más habitual y más regular. (Simmel, 1986, p.167)

El geógrafo crítico Neil Brenner (2018) ha cuestionado esta visión en las teorías urbanas, considerando que las ciudades se deberían comprender más allá de una producción singular. No se trata de reducir la discusión a la existencia de las ciudades o a su importancia, ni tampoco ignorar las consecuencias que tiene su crecimiento en número de habitantes. Lo que se ha debatido, en palabras del autor, es: "...the long-entrenched obsession among many urban scholars with demarcating a neat boundary between city and non-city spaces in a world of increasingly generalized urbanization and rapidly imploding/exploding urban transformations" (p.5).

Negar esta porosidad del espacio urbano, sus tránsitos e intercambios constantes, sería una limitante para esta investigación. Lo que veremos a continuación es que, a pesar de ser una espacialidad capitalista, es posible pensar y habitar lo urbano en medio de sus complejas relaciones, su imprevisibilidad y desconocimiento.

Como se ha dicho previamente, las iniciativas que permitieron la realización de este trabajo, comparten una práctica en común y han seguido procesos diferentes. La finalidad no es comparar sus formas de hacer y experimentar el espacio, sino más bien considerar la multiplicidad de sentidos que emergen en ellas. Sus formas inestables y dinámicas tienen que ver con la diversidad de motivaciones que asume cada persona: preocupaciones planetarias, el ánimo de encontrarse, el cuidado, entre otras.

Escobar (2001) explica que los grupos locales distan de ser actores pasivos de las condiciones impuestas por el sistema económico y político, y que son ellos quienes construyen activamente sus identidades y relacionamiento social. La producción del lugar no está definida únicamente por fuerzas globales, como ya se ha venido enunciando, sino también por las construcciones subjetivas, sus relaciones, conflictos y materialidades.

El lugar no deja de ser un espacio único, y esto no va en contravía de su apertura, porque como punto de encuentro en el que se entretejen diversas fuentes y relaciones sociales, logra encontrar su particularidad, así sea temporalmente. Cuando pensamos un sentido global del lugar, no se trata de establecer conexiones explícitas en cada interacción entre los actores, sino "... de las relaciones reales con contenido real (económico, político, cultural) entre un lugar local y el resto del mundo en el que está" (Massey, 2012, p.127).

En el encuentro con mis interlocutores y en el posterior análisis de los datos, encontraba que cada huerta le atribuía un sentido distinto al acto de cultivar, y que, esta no era la acción principal para todos. Las diferentes posiciones que se ocupan dentro de cada iniciativa, la naturaleza misma de las huertas, sus estructuras físicas y localización, hace que se signifiquen y experimenten de diversas formas los espacios.

A continuación, se presentan las huertas como espacios vividos, en los que confluyen experiencias diversas, polisémicas y multifuncionales. Es importante aclarar que este trabajo no alcanza a hacer una lectura que abarque todos los niveles de relacionamiento de las huertas, pero sí plantea lo que desde las prácticas cotidianas logran proyectar estas iniciativas con respecto a otras. Además, en la investigación delimito el análisis a tres dimensiones: la primera se refiere a cómo los participantes significan este espacio; una segunda dimensión analiza las relaciones comunales; la tercera reflexiona sobre cómo esta experiencia de lugar es una forma de reclamar el derecho a la ciudad. La primera dimensión es a la que se refiere este apartado.

1.1.2 La finca en la ciudad

Lindón, Aguilar y Hiernaux (2006) explican que los significados que otorgamos a los espacios pueden obedecer al orden de lo racional, lo percibido y lo imaginario. Los imaginarios urbanos, apuntan, son interpretaciones e imágenes que se movilizan en la sociedad, pueden referirse a espacios reales y cobran forma en la vida práctica. Durante las entrevistas hubo una referencia constante a las huertas como lugares que traían a la memoria el campo, específicamente con el referente de ‘la finca’, en el que se experimenta un ritmo distinto:

... siempre quise como ese contacto con la naturaleza y a mí algo por dentro me decía: el campo, el campo, ahí está todo... eso era pues como en un principio y a mí me impactó mucho eso, y ya cuando conocí esto pues es la finca en la ciudad... (Entrevista a Edgar Córdoba⁶, Medellín, 10 de octubre de 2018)

...son dos cuadras acá y es un caos, uno viene acá y es la finca, se siente uno en otro lado, no se imagina que uno está dentro de este caos de esta ciudad. (Entrevista a Keny Álvarez⁷, Medellín, 18 de octubre de 2018)

... este espacio parece como una casa finca... (Entrevista a Germán Tobón⁸, Medellín, 14 de diciembre de 2018)

usted sabe que esto aquí es como un pequeño oasis donde se puede atraer gente, así sea en esta parte para que ellos empiecen a querer, a valorar la naturaleza... (Entrevista a Claudia Álvarez⁹, Medellín, 14 de diciembre de 2018)

Esta añoranza se expresa en varios relatos con una idea de retorno a la tierra y al “como se hacía antes”. Aquí es evidente el sentimiento de nostalgia y un ánimo de evocar un tiempo y

⁶ Edgar Córdoba tiene 58 años, es voluntario y miembro de la Fundación Cultivos de Amor.

⁷ Keny Álvarez es voluntario y miembro de la Fundación Cultivos de Amor.

⁸ Germán Tobón es técnico agroambiental, tiene 49 años, es líder ambiental de la Comuna 12 – La América y desde hace varios años es colaborador del Aula Ambiental de la Plaza de Mercado La América.

⁹ Claudia Álvarez tiene 54 años y es voluntaria del Aula Ambiental de la Plaza de Mercado La América.

un espacio más armonioso, por lo menos desde la imaginación, ya que este culto al pasado se basa en discursos y relatos que no provienen necesariamente de la experiencia propia de ‘ser campesino’, sino de períodos de la niñez y la juventud en los que se visitaron fincas familiares con fines recreativos.

Esta memoria que parte de algunos recuerdos del campo (como lugar ideal), ayuda a brindarle sentido y fuerza a la acción cotidiana, se trata de sentir que no todo está perdido y que aún se puede recuperar ‘lo ancestral’. Imaginar el pasado para proyectar el futuro, es una forma de alimentar la esperanza y dibujar un horizonte sobre el cual trabajar. Esta intención puede parecer inofensiva en principio, pero también tiene riesgos.

Massey (2008) expone que “frecuentemente convertimos diferencias (geográficas) espaciales que coexisten simultáneamente en secuencias temporales” (p.332). De este modo, pareciera que relegamos el campo al pasado, que no pertenece a nuestro tiempo, y que es un anhelo de aquello que se encuentra en una temporalidad anterior. Aquí es donde paradójicamente los actores de las huertas se encuentran, en una idea de ‘retorno al pasado’ pero también en la búsqueda de justicia espacial, en la que no se reduzca el territorio rural.

Durante las jornadas de trabajo en las huertas, surgían conversaciones sobre las aspiraciones de tener un espacio amplio para cultivar, que, frente a las posibilidades reales, no llegaba a ser suficiente, incluyendo aquí las limitaciones de recursos y fuerza de trabajo. En uno de los encuentros en el Huerto Comunitario Alcázares, se hizo un ejercicio de planeación, en el que se buscaba aprovechar los 34 metros cuadrados disponibles para la siembra. El grupo se dividió, y en un ejercicio de observación e imaginación, se trazaron dos propuestas, ambas con un listado amplio de plantas, como se ve en las *Figuras 5 y 6*.

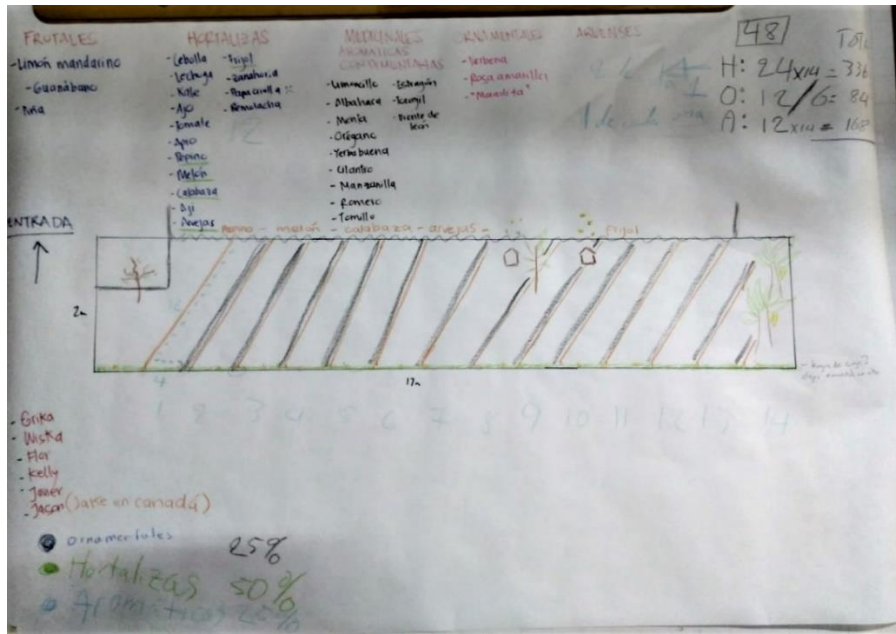


Figura 5. Plano del Huerto Comunitario Alcázares.
Fuente: Microtaller ‘Huertas y paisajismo urbano’, septiembre de 2018.

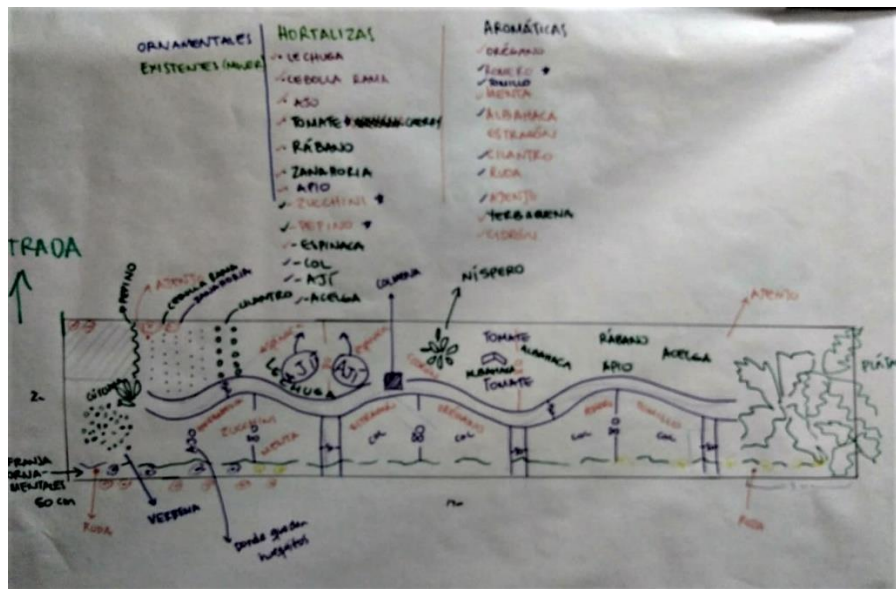


Figura 6. Plano del Huerto Comunitario Alcázares.
Fuente: Microtaller ‘Huertas y paisajismo urbano’, septiembre de 2018.

Estas ideas se modificaron de acuerdo con las posibilidades materiales y estructurales, se redujo el listado y se conservó el diseño que tenía la huerta en ese momento. Este ejemplo

ilustra lo que les sucede a otros actores con respecto a sus expectativas iniciales de tener una huerta con un alto rendimiento productivo. Durante el proceso y con la experimentación, el panorama se amplía, se reconocen las limitaciones y aparecen otras preocupaciones:

... muchísimo mejor que las huertas funcionen, pero no para producir comida, la comida la tenemos que comprar de los campesinos que están en los alrededores de Medellín y que están produciendo bien, tenemos que irlos a conocer, tenemos que seguirles comprando a ellos, porque ellos son los que están haciendo ese trabajo, pues ellos viven de eso y ellos son los que nos dan la comida de verdad, verdad... (Entrevista a Cristina Sandoval, Medellín, 17 de octubre de 2018)

Ni el Huerto Comunitario Alcázares, ni la huerta de Fundacuda, ni el Aula Ambiental de la Plaza de Mercado La América, se consideran a sí mismas huertas productivas. Si bien cada una de ellas cuenta con cultivos de plantas aromáticas, ornamentales, frutales y hortalizas que se aprovechan de distintas formas, sus razones de ser señalan diferentes caminos.

Lo anterior se complejiza en cuanto los huerteros comentan cómo sus preocupaciones se expanden más allá del hecho de saber cómo sembrar, y emergen otros debates que comienzan a hacer parte de su ejercicio cotidiano, y que responden también a un trabajo en red y de intercambio de experiencias.

Como explican Ferguson & Gupta (2008), los lugares siempre son imaginados y dotados de significados, y parte de la apropiación que estos huerteros hacen de estos espacios tiene que ver con su representación del campo. Esta significación espacial trae consigo tensiones y conflictos, que como vimos, van desde lo estructural (espacios físicos y fuerza de trabajo) hasta asuntos más políticos, como la reconfiguración de la idea de ciudad, en la que es posible encontrarse, asumir otros roles y aprender de otros, como se presenta a continuación.

1.1.3 Experimentación, aprendizaje y diálogo de saberes

Como se explicó en la introducción, fueron varias aulas ambientales las que se fundaron en su momento, cada una con unas unidades didácticas similares. En el caso del Aula Ambiental de la Plaza de Mercado La América, esas unidades didácticas son el mariposario, la ecohuerta, el compostaje, la unidad de tecnologías apropiadas y la sección dedicada a las artesanías elaboradas con residuos sólidos. Debido a su proceso y forma de surgimiento, las actividades que más se destacan en esta Aula son: el manejo y aprovechamiento de residuos orgánicos, y la capacitación en temas de agricultura urbana:

... tenemos que aprender en cada casa a sembrar lo que nos vamos a comer, qué nos cuesta coger una pared y sembrar cebollas, tomates, cositas, y de pronto en una maceta el arbolito de naranjas que también produce, el platanito, muchas cosas, eso no nos cuesta nada y nos puede beneficiar mucho. Aquí porque se muestra que sí se puede, esto aquí es ¡sí se puede! La gente viene, pero y qué es la novedad... no le digo que mucha gente es ‘ve ¿cómo hacen?’, es que querer es poder, usted puede y usted también puede hacerlo en su casa, comience así y así, y la gente dice ‘ay sí, yo voy a hacer, voy a tal pared que está haciendo nada... voy a empezar a poner de tal cosa y de tal cosa’, es que tenemos que enseñarle a las nuevas generaciones que no necesitamos irnos para el campo, sería lo ideal, pero que desde lo que hay en la ciudad podemos... (Entrevista a Claudia Álvarez, Medellín, 14 de diciembre de 2018)

El “sí se puede” que manifiesta Claudia, ha sido resultado de un trabajo de largo aliento liderado por Juan Diego Elejalde¹⁰, Germán Tobón, John Jairo Acosta, entre otros colaboradores, quienes día a día experimentan nuevas formas de hacer. Su reto es acercar a los visitantes soluciones e ideas sencillas, que los motiven a emprender su propia huerta o aprovechar los residuos orgánicos. Los ya mencionados líderes del proceso, cuentan con

¹⁰ Juan Diego Elejalde es ingeniero agrónomo, tiene 57 años y hace parte de la Cooperativa que administra la Plaza de Mercado La América. Coordina junto a otros dos compañeros el Aula Ambiental de la Plaza, y hace parte del equipo base de la Red de Huerteros Medellín.

conocimientos técnicos avanzados, y encuentran en el Aula la posibilidad de investigar y practicar al mismo tiempo, como una especie de laboratorio:

... este espacio (...) es un laboratorio, donde empezamos a hacer un poco de investigación, no solamente la investigación que uno aprende a hacer en una universidad, sino con otros ensayos de... puede que sean más empíricos, haciendo ensayos, a veces hay cosas que le salen a uno como al revés, pero después se valida con un soporte de ciencia, eso a mí también me gusta mucho. (Entrevista a Germán Tobón, Medellín, 14 de diciembre de 2018)

John Jairo, Germán y el mismo Juan Diego cuentan con una amplia movilidad por proyectos institucionales y comunitarios de la ciudad y el país, lo que nutre su mirada sobre distintas problemáticas. Como lo plantea Massey (2012) algunos actores tienen más posibilidades en sus movimientos que otros, y en su caso, los conocimientos que tienen les han permitido llegar a múltiples lugares, conocer propuestas y experimentar.

El ingenio y la creatividad son características del Aula, incluso se ha vuelto un chiste decir que sus tecnologías son “importadas” de otros países, cuando en realidad están creando nuevos usos de materiales que se encuentran al alcance de muchas personas (como se observa en la *Figura 7*), o que, en caso contrario, se pueden conseguir de forma gratuita en tiendas o plazas de mercado, ya que por lo general son elementos o residuos considerados inservibles. Esta característica del Aula genera conversaciones con cada visitante, sean niños, jóvenes o adultos.



Figura 7. Máquina manual de moler usada para transformar cáscaras de huevo.
Fuente: archivo personal. Taller ‘Huertero por un día’, septiembre de 2018.

El Aula cuenta con aproximadamente 120 especies de plantas¹¹ que provienen de muchos lugares, entre ellas se encuentran: tango, palo bonito, toscana, verbenas, senecio, cafeto del Brasil, lengua de suegra, achira, alce, agave, aloe vera, sachá inchi, romero, apio, stevia, menta poleo, lavanda, asclepia, cebollín, tomillo, berenjena, tabaco, tomillo, ruda, orégano, estragón, café, ortiga, fresas, espinaca baby, canelón, mejorana, rúgula, albahaca, yerbabuena, manzanilla, perejil, maca, menta de gato, coles, uva, guanábano, curazao, leucaena y cannabis. A pesar de tener semilleros, el Aula hace un uso mayor de plántulas, las cuales comercializa junto al humus de lombriz y el abono para plantas.

Esto es consecuencia del interés de Juan Diego por mostrar la amplia agrobiodiversidad¹² que tenemos en Colombia y en otros países. Fruto de sus viajes o de visitantes que llegan a este espacio, el listado de plantas se hace cada vez más amplio. Las conexiones que teje este espacio no solo se hacen visibles por lo que cuentan sus colaboradores, lo narran también las plantas que están allí presentes, con historias que emergen cada vez que una persona curiosa pregunta por ellas. Debido al nulo acceso a suelo blando, la siembra en el Aula se hace en recipientes. Gracias al sistema de recolección de agua lluvia y la disponibilidad de grifos cerca de la huerta, el riego se hace de forma sencilla con la conexión de una manguera. Se usan herramientas pequeñas de jardinería, como: rastrillo, regadera, tijeras, machete y cuchillo.

En los procesos de aprendizaje que lidera el Aula, interesa propiciar una experiencia cercana en la que dialoguen distintos saberes. “Que el espacio sea de la comunidad” y que “sea abierto” son dos preocupaciones fundamentales para Juan Diego, sin embargo, esta mirada no es compartida por todos, y ha sido parte de los conflictos internos que se han tenido con respecto a si se deben tener o no restricciones para los visitantes.

¹¹ Los nombres de las plantas corresponden a la forma en que fueron expuestos por Juan Diego Elejalde.

¹² Este concepto va más allá de tener plantas agrícolas diversas, ya que también se refiere a las variedades de semillas, microorganismos y animales que hacen parte de los ecosistemas agrícolas. La agrobiodiversidad es posible gracias a los saberes populares que buscan conservar la biodiversidad.

Claudia Álvarez, quien desde hace 15 años visita y aporta al trabajo del Aula con el cuidado de las plantas y el mantenimiento general, sintió rechazo por las medidas de restricción que se adoptaron durante un tiempo. Esta inconformidad tuvo mayor eco cuando Juan Diego retornó al Aula, después de una temporada de estar por fuera; fue así como concentró sus energías en reactivar las relaciones con varios actores, buscar nuevos proyectos y liderar de nuevo el proceso.

Germán, John Jairo y Juan Diego han participado en la Red de Huerteros Medellín en diferentes momentos. En 2018 Juan Diego fue la persona del Aula más activa en el colectivo. Su amplio conocimiento en agricultura y su interés por difundir técnicas novedosas de aprovechamiento de residuos orgánicos, lo han llevado a proponer y ejecutar estrategias con otros miembros de la Red, como la campaña *Aprovecho el desecho*¹³.

Las relaciones que mantiene esta Aula Ambiental son amplias y diversas. Escobar (2001) recuerda que los lugares se caracterizan por su apertura, trazarles fronteras sería un esfuerzo innecesario. En este caso, el conocimiento y el intercambio de saberes ha sido el vehículo para hacer de este lugar un campo espacial móvil; el quehacer del Aula se expande no solo por los recorridos de sus mismos colaboradores, sino también por los visitantes, quienes en determinadas ocasiones emprenden en sus espacios domésticos y comunitarios el cultivo de alimentos y el aprovechamiento de residuos.

1.1.4 Cultivar relaciones

El huerto comunitario de la Casa de Cultura Alcázares tuvo como punto de partida el interés que mostraron algunos vecinos con respecto a la siembra. Desde allí se gestaron procesos formativos, que terminaron por volverse una excusa para invitar a los más curiosos a apropiarse del espacio externo de la Casa. Personas como Alberto Aguirre, Javier Cardona,

¹³ Aprovecho el desecho es una campaña de la Red de Huerteros Medellín, que promueve la transformación de la basura orgánica que se genera en los hogares en abono para las plantas, a través de técnicas sencillas.

Ricardo García, Franz Mandjik y Javier Franco estuvieron en este inicio y por una extensa temporada, además de forjar una amistad cercana con Javier Burgos¹⁴. Este interés comenzó a trascender cuando notaron que varias personas también querían empezar a cultivar en espacios domésticos y públicos, así se consideró pensar la práctica de manera colectiva:

...inicialmente se llamó Red Agroecológica Zona 4, Red Agroecológica de Huerteros Zona4, así se llamó, después nos dimos cuenta que era más allá de Zona 4 y tocó quitarle el de Zona 4 y el de agroecológica, como para no enredarnos tanto, y alguien en algún momento lo dijo ¡esto es como una red! ¿no? ¡oiga sí!... (Entrevista 1 a Javier Burgos, Medellín, 17 de agosto de 2018)

Como lo relata Correa (2017) fue con un ciclotour huertero y un mapeo de iniciativas como se conformó la Red de Huerteros Medellín, con la idea de reconocer otras propuestas por medio de un recorrido en bicicleta por las huertas de la Zona 4¹⁵. Esto significó el inicio de un proceso de articulación y de conexión con personas e instituciones: Estefanía Marulanda, Yenny Valencia, Guillermo Silva, John Jairo Acosta, Clara Pérez, María Cristina Moncayo y Sandra Rodas hicieron parte de este comienzo.

La historia del Huerto Comunitario Alcázares se enlaza con el surgimiento de la Red de Huerteros Medellín, perfilándose entonces la Casa de Cultura como un espacio físico de encuentro, en el que se comenzaron a gestar amistades e intereses alrededor del cultivo de alimentos. Como cuenta Javier Burgos, todo empezó con preguntas técnicas, que luego se expandieron a otros asuntos:

La intención de la huerta en un primer momento era convocar a la comunidad a participar del aprendizaje de un conocimiento técnico para tener una huerta, cómo hacer una huerta, qué se necesita, cuál es el paso a paso (...) las intenciones variaron, ya aunque lo técnico sigue estando allí, lo que se ha entendido y reconocido es que hay un asunto que es más potente y

¹⁴ Javier Burgos es artista plástico, tiene 42 años y por 6 años estuvo al frente de la Casa de Cultura Alcázares, asimismo, es reconocido por su liderazgo en el colectivo Red de Huerteros Medellín.

¹⁵ Como una forma de nominación administrativa, los barrios de Medellín se agrupan en comunas, y estos a su vez en zonas. La Zona 4 – centro occidental reúne las comunas: 11 - Laureles—Estadio, 12 – La América y 13 – San Javier.

es el relacionamiento entre las personas (...) ya no es tan tangible como lo técnico, ya no es una parte de gallinaza por dos de tierra, sino que ya es las emociones, los valores, las ideas de las personas... que esas son un poco más intangibles, pero que igual reconocemos de que la huerta toma más sentido cuando esas personas participan. (Entrevista 1 a Javier Burgos, Medellín, 17 de agosto de 2018)

La huerta está ubicada en las afueras de la Casa de Cultura, en suelo blando, justo a un lado de la entrada. Linda con el enmallado que delimita el área de la institución, y con el pavimento que permite el paso de los transeúntes, a unos cuantos metros de la calle. Algunas de las plantas¹⁶ que se han tenido en la huerta son: menta, yerbabuena, albahaca, estragón, tabaco, lechuga romana, lechuga crespita, acelga, verbena, margaritas, besitos, tango, banano y yuca. Dentro de uno de los salones de la Casa, se encuentran varios frascos de vidrio con semillas que han llegado por intercambios o regalos de custodios¹⁷, es importante aclarar que durante el trabajo de campo se utilizaron plántulas, debido al tiempo con el que se contaba. El proceso de la huerta no es lineal ni ha seguido un curso regular, ha pasado por diferentes momentos de actividad y pausa.

Al ser un trabajo voluntario, muchas de las personas que están allí vienen y van. Javier aclara que ha tratado de proyectar la huerta como un espacio de la comunidad, no de la Casa de Cultura, que, si bien apoya e impulsa el proceso, ha buscado que sea mantenido por las mismas personas del barrio. Entiende además que esta apropiación no se da de un momento a otro, y que su rol como gestor cultural y como miembro de la Red de Huerteros, es clave en el sostenimiento del espacio. La visión y práctica de Javier es que la institucionalidad debería estar al servicio de las iniciativas comunitarias, de forma invisible, sin ser la protagonista.

Para Alberto Aguirre, uno de los voluntarios que ha apoyado de cerca el proceso, varios asuntos lo han desmotivado en ciertas ocasiones: la poca constancia de quienes se unen al trabajo de la huerta y la actitud propositiva, pero de poca acción de algunas personas. Previo

¹⁶ Los nombres de las plantas corresponden a la forma en que fueron expuestos por Javier Burgos.

¹⁷ Los custodios y guardianes de semillas son aquellas personas que cuidan, defienden y producen semillas criollas y nativas.

al momento en que se desarrolló el trabajo de campo, la huerta se encontraba semiactiva, y mediante el micro taller llamado "Huertas y paisajismo urbano" ofertado por la Casa de Cultura, se reactivaron las actividades, se logró tener recursos para su readecuación y una excusa para dar pie al encuentro:

... doña Amparo, que sigue estando aquí en el grupo, venía muy juiciosa, pero era solo ella y Javier, ahí como dándole solitos, sin ni siquiera abonar nunca (...) llevábamos ya mucho rato pensando como en el momento en que se pudiera empezar otra vez más seriamente, pero sobre todo pensando en cómo involucrar a la gente otra vez, ese fue el objetivo desde el principio, de lograr armar un grupo... (Entrevista a Cristina Sandoval, Medellín, 17 de octubre de 2018)

Cristina Sandoval junto a Jason Hayes¹⁸, facilitaron los encuentros del microtaller. Alrededor de 14 personas de distintas edades comenzamos a asistir al curso. En la apertura, algunos expresaron su interés en comprender cómo cultivar en los espacios que tenían disponibles, desde las personas adultas hasta los más jóvenes.

En esta experiencia, el espacio público dejó de ser un lugar de tránsito en el momento en que se realizaban actividades en la huerta, y pasó a tener otras referencias a partir de varios asuntos: el uso de herramientas –palas, picas, rastrillos, machetes, tijeras, barras, azadón, cuchillo, entre otras– para trabajar la tierra y el uso ocasional de elementos ligados con la cocina para la preparación de alimentos. La huerta cuenta además con un sistema de riego mecánico, instalado por los mismos colaboradores, lo que permite la aspersion de agua en la zona de siembra.

Todo esto generó un ambiente distinto en esta calle al revitalizar la cotidianidad. Mientras varios hacían mantenimiento de la huerta, cultivaban o cocinaban, aparecían otros vecinos con preguntas sobre lo que se estaba haciendo, sugerencias, críticas o palabras de ánimo, es decir, se creaba un entorno de confianza y cercanía.

¹⁸ Jason Hayes tiene 38 años, es canadiense y se dedica a la agricultura sin el uso de agroquímicos en su país natal.

Compartir alimentos y trabajar en equipo en la huerta, creó poco a poco solidaridades y complicidades. Se llegaba a acuerdos fácilmente pero también se generaban debates alrededor de la siembra, cada uno acudiendo a experiencias y saberes distintos; quienes hablaban con mayor propiedad del tema, adquirían autoridad para decidir qué hacer o realizar observaciones sobre el cuidado de las plantas.



Figura 8. Preparación de alimentos en la *Cocicleta*¹⁹.

Fuente: Microtaller ‘Huertas y paisajismo urbano’, noviembre de 2018.

Javier, como líder del proceso, tenía una influencia importante. Su idea del huerto como excusa para encontrarse con vecinos y amigos ha tomado fuerza en algunos y ha propiciado intercambios con actores de diversos tipos: otros huerteros, campesinos, extranjeros que llegan a la ciudad de paso, instituciones, expertos, entre otros. Aquí es importante señalar

¹⁹ La *Cocicleta* es una bicicleta adaptada para cocinar. Cuenta con un fogón a gas y una mesa desplegable, en la que se pueden disponer los alimentos. Esta idea comenzó a gestarse en 2015 desde la Red de Huerteros, cuando el colectivo realizaba constantemente activaciones de huertas nuevas en la ciudad. Esta actividad se acompañaba de un compartir de alimentos, al cual se le quiso dar una nueva dinámica. Gracias a la conexión con María Cristina Moncayo, en 2016 se logró contactar al artista alemán Per Schumann, quien, en medio de una visita al país, decidió apoyar la construcción de la cocina móvil. La *Cocicleta* fue producto de varios días de trabajo colectivo en la casa de Franz Mandjik, las piezas que la componen fueron elementos que se reutilizaron y donaron por parte de miembros de la Red.

que para quienes llegan por primera vez, sus expectativas se encuentran orientadas a la obtención de conocimientos y la cosecha de alimentos. Las preocupaciones políticas no son tan comunes y tienden a aparecer, en algunos casos, durante el proceso, con las distintas conversaciones que emergen en la huerta.

Un mismo lugar puede tener identidades múltiples, como explica Low (2009), y este es el caso del Huerto Comunitario de la Casa de Cultura Alcázares, un espacio que de acuerdo a las relaciones que mantiene con diferentes actores construye narrativas diversas, marcadas por lo tangible (las plantas, los alimentos, la *cocicleta*, las herramientas de trabajo, la ubicación del huerto en el espacio público) y lo intangible (las amistades, las discusiones políticas y el intercambio de saberes).

1.1.5 Compromiso ambiental

Fue en la Unidad Integral No. 6 de Bienestar Social de Belén, donde Rosalina Jiménez²⁰, más conocida como Nina, encontró un espacio para realizar las actividades que le gustaban; inicialmente se vinculó al Club de Vida²¹, en el que cumplió 25 años de membresía, y de forma más reciente, a la Ecohuerta liderada por la Fundación Cultivos de Amor. Con respecto a esta última, relata que en 2007 recibió la invitación por parte de otros líderes a construir una huerta en este lugar, que solía albergar basura y escombros.

La Secretaría de Medio Ambiente estaba desarrollando el programa de Ecohuertas Urbanas, y tenía la intención de instalar una huerta en Belén. Después de revisar el terreno y ver la viabilidad del proyecto, se solicitaron los permisos necesarios con la directora de la Unidad, quien puso en manos de Nina la iniciativa:

²⁰ Rosalina Jiménez tiene 74 años, ha sido por muchos años líder de la Comuna 16 – Belén. Es reconocida por su labor diaria en la Unidad Integral No. 6 de Bienestar Social.

²¹ Los Clubes de Vida son una iniciativa de la administración municipal, en los que adultos mayores de 50 años pueden realizar actividades deportivas y lúdicas.

Entonces la doctora me dijo... ‘¿Ninita a vos cómo te parece?’ La Doctora Martha como me quería tanto, ‘¿a vos cómo te parece? Como yo tengo fincas, en mi familia hay varias agrónomas y yo tengo fincas, que tan lindo aquí empezar una huerta para que esto sea más como una finca, ¿cierto?’ Y le dije yo... claro, ¿pero usted si nos da el permiso? Dijo ‘sí’. Entonces los llamaron, llamaron pues los líderes y les dijeron que sí, que nos daban el terreno, pero era así chiquitico, no era todo eso... (Entrevista a Rosalina Jiménez, Medellín, 10 de octubre de 2018)

Más adelante, a Nina y a las personas que habían comenzado a trabajar en la huerta, se les comunicó que para poder seguir con la propuesta debían tramitar un comodato, y para esto necesitaban establecer una fundación. Así, en 2010 se crea la Fundación Cultivos de Amor (Fundacuda), con el objetivo de “promover una cultura y conciencia ambiental” (Estatutos de la Fundación Cultivos de Amor, 2017, p.1) . A partir de esta figura han podido trabajar con otros proyectos de la administración municipal, en específico con la Secretaría de Medio Ambiente, con la que han tenido asesorías y acceso a cursos de educación no formal, aunque para miembros como Guillermo Silva²², este relacionamiento ha traído más dificultades que ventajas.

Guillermo es una persona con un rol muy importante en Fundacuda y en la Red de Huerteros. Su vínculo con la Fundación comienza en 2010 como asesor externo, y coincide con la llegada del programa de Ecohuertas Urbanas, que apoyó el diseño de la huerta, ofreció herramientas, mejoramiento del terreno y una caseta para hacer compostaje. Esta última generó un conflicto con el vecindario debido a los malos olores que emanaba, como cuentan varios miembros de Fundacuda.

²² Guillermo Silva es tecnólogo forestal, tiene 67 años, y desde el 2010 hace parte de la Fundación Cultivos de Amor, posteriormente se articuló al trabajo de la Red de Huerteros Medellín con su propuesta de manejo de residuos: la Paca Digestora Silva.



Figura 9. Distribución espacial Fundacuda.

Fuente: Escuela de Ingeniería de Antioquia, marzo de 2014.

Héctor Uribe (quien estuvo en los inicios de la huerta) conoció en el corregimiento de Santa Elena la propuesta desarrollada por Guillermo: las Pacas Digestoras Silva²³, un sistema de prensado de residuos orgánicos que no produce malos olores, y que a diferencia del compostaje, es un proceso anaeróbico, que alcanza a descomponer en 1m³ hasta 500 kilogramos de residuos de jardín y cocina. Héctor y Guillermo eran vecinos, y al conocer la propuesta de las pacas, Héctor invitó a Guillermo a traer esta idea a la Ecohuerta de Belén.

Cuando se habla de agricultura urbana o huertas urbanas, se tiene en mente que la acción principal es el cultivo de plantas. En esto difiere la huerta de Fundacuda, que a pesar de albergar una gran variedad vegetal²⁴ (romero, limoncillo, pronto alivio, albahaca, yerbabuena, ruda, tomillo, citronela, penca de sávila, orégano, oreganón, paico, estropajo, cacao sabanero, yuca, arracacha, lechuga, frijol maíz, ahuyama, coles, cebolla, ají, pimentón, espinaca, pepino, tabaco, helechos, cuernos, novios, suculentas, balazo, orquídeas, tomate de árbol, papayo, plátano, banano, limón, mango, guayaba, naranja, aguacate, piña, gulupa, lulo,

²³ A partir de un conflicto ético en su quehacer, Guillermo Silva se cuestionó sobre las condiciones de trabajo de las personas que se encargan de recoger y separar la basura. Afirma que luego de la observación cuidadosa del bosque, la lectura de un libro de agricultura orgánica de John Jeavons, el recuerdo de una experiencia de prensado de residuos orgánicos y varios intentos para perfeccionar su técnica, logró desarrollar lo que ahora se conoce como la Paca Digestora Silva.

²⁴ Los nombres de las plantas corresponden a la forma en que fueron expuestos por Keny Álvarez y Jorge Quintero.

maracuyá, bore, polka, achira, árnica, flor de Jamaica, cordoncillo, girasoles, sachá inchi, papa aérea, milenrama, brevo, higuera y estragón anisado), cuenta también con un mariposario, un deshidratador de gran tamaño, calentador solar, aprovechamiento de aguas lluvias, acopio de aceite usado y otras tecnologías apropiadas. Su actividad principal son las pacas digestoras, un complemento para la siembra:

... yo soy uno de los que me atrevo a decir que el corazón de todo lo que podemos ver acá es a raíz de las pacas digestoras (...) es que da como risa, cómo uno puede disfrutar después de uno hacer y seguir haciendo una paca digestora, y cuando termina cero olores... convertirse en un comedor o convertirse en pista de baile como me ha tocado a mí disfrutar con los niños, con adultos y con todo, es increíble que uno con la basura puede gozar, o sea eso como que no cabe en este momento en esta ciudad, porque cómo así si la basura... todos la producimos pero nadie se hace cargo de ella y es lo primero que uno quiere sacar de su medio, la basura, y aquí aprendí la diferencia de eso, de basura y residuo, y ya sé que el término basura está en la cabeza de cada uno, porque lo que para muchos es basura, para otros es materia prima y es una realidad total. (Entrevista a Edgar Córdoba, Medellín, 10 de octubre de 2018)

En un inicio, la única persona que se dedicó a las pacas con Guillermo fue Rodolfo Monsalve²⁵, luego se unieron otros miembros de la Fundación, y debido al aumento exponencial de residuos de cocina, varios apoyan esta labor diaria. Este incremento se debió a una campaña de recolección que realizó Nina con las personas que asisten al Club de Vida, y que en ocasiones se ha vuelto una situación inmanejable por el espacio con el que cuentan para ubicar las pacas.

²⁵ Rodolfo Monsalve tiene 76 años y es uno de los miembros más antiguos de Fundacuda.



Figura 10. Elaboración de paca digestora en el Parque de Belén.
Fuente: archivo personal, octubre de 2018.

Guillermo calcula que en 8 años se han elaborado aproximadamente 1.500 pacas. Esta es una cifra alta, pero para el desarrollador del sistema no es suficiente, ya que muchos vecinos solo llevan los residuos a la Unidad (a veces de forma incorrecta) y desconocen el proceso completo. A pesar de estas dificultades, las pacas y el espacio de la huerta han permitido a los miembros de Fundacuda sentir que están cumpliendo con su compromiso ambiental, y más allá de ello, ocupar una posición distinta a la que tienen en sus hogares. La mayoría son personas mayores, algunos jubilados que no tienen otras ocupaciones:

... toda persona necesita ocuparse en algo, así no sea un trabajo productivo, es tener el tiempo ocupado, entonces aquí fuera de tener el tiempo ocupado es la oportunidad de ser maestro, mire a don ... ¿dónde más podría el ser maestro?, ¿dónde lo reciben de maestro? ¡aquí! pero aquí él no es don Rodolfo, es el profe, aquí es el profe, eso es fascinante... (Entrevista a Guillermo Silva, Medellín, 27 de septiembre de 2018)

Para mí el principal elemento de unión de nosotros aquí es el afán de servir. ¿A quiénes? a todo mundo, porque es que del medio ambiente depende la salud, el estado de ánimo, dependen muchas cosas, el afán de servir, usted aquí nos ve, ojalá usted observara cuando alguien de nosotros 10 o 12 estamos en una charla, haciendo un recorrido... cómo nos apasionamos, cómo nos sentimos importantes. (Entrevista a Rodolfo, Medellín, 27 de septiembre de 2018)

Los miembros de Fundacuda han hecho frente a distintas situaciones que han puesto en peligro la continuidad de sus actividades. Con varias administraciones locales se han presentado tensiones al considerar otros proyectos urbanísticos en estos predios, la tala de árboles, entre otros. Hasta el momento han logrado mantenerse en el espacio, no obstante, la incertidumbre persiste sobre los rumbos que puede tomar la Unidad Integral.

El trabajo que hacen los participantes de la huerta de Fundacuda es valorado por quienes visitan la Unidad, este reconocimiento y el sentimiento de estar aportando algo bueno a la sociedad, los motiva día a día a asistir a este espacio. Si bien la paca es un complemento a la huerta, Guillermo explica que en cada lugar se producen intereses distintos. En Belén ha tenido múltiples sentidos: producir abono y neutralizar residuos, pero en espacios como Alcázares, donde hay una paca digestora, se ha tratado de fortalecer la cohesión social:

... la paca, puede tener todos los ingredientes, aquí produce abono, allá neutraliza residuos, allí neutraliza estiércoles de mascotas, allí crea comunidad, allí es una oportunidad de educación ambiental, o sea, la paca es multifuncional ¿se concibió así? no, no se concibió así, o sea yo no tengo, yo no soy mago para ver el futuro de qué podría servir la paca sino que en la medida en que fuimos llevándola a algunos escenarios se le fue encontrando potencialidad... (Entrevista a Guillermo Silva, Medellín, 8 de octubre de 2018)

El compromiso ambiental que manifiestan los colaboradores de la huerta de Fundacuda tiene relación con lo que Doreen Massey (2004) nombra como “geografías de la responsabilidad”, esta expresión se refiere a tener conciencia sobre las relaciones (muchas veces desiguales) de interdependencia con otros lugares. Para algunos la discusión se centra en que los lugares son víctimas de la globalización, sin embargo, con el ejemplo de las pacas digestoras, hay que reconocer la agencia de estos actores y su preocupación por habitar de forma más amigable el espacio urbano, hacerse cargo de sus propios residuos y dejar de nutrir los rellenos sanitarios (ubicados en espacios lejanos a la ciudad).

1.2 A modo de conclusión

En síntesis, he tratado de mostrar cómo una misma práctica puede tener diversos sentidos y significados en el espacio urbano, allí intervienen los imaginarios del campo, la posibilidad de experimentar y aprender, encontrarse con otros y servir a la sociedad. Las huertas pueden funcionar de formas diversas, y en ellas mismas es posible identificar liderazgos, en los que reside en gran medida el compromiso activo y político con la vida, pero también las contradicciones y divergencias con las que se debe luchar.

Las instituciones aparecen en su proceso de conformación, pero finalmente quienes logran mantenerlas son las personas que viven el espacio, con sus posiciones diferenciales. También es importante comprender cómo estas huertas se conectan entre sí y comparten preocupaciones como el manejo de residuos orgánicos, asunto que se encuentra en la agenda de activistas a nivel global.

Un reto que sigue apareciendo es la comprensión del campo como un presente que exige responsabilidad, no por lo que hayamos hecho en el pasado, sino como un asunto que configura lo que somos. Si bien este trabajo se centró en las actividades de la huerta y en algunas experiencias por fuera de la misma, queda la pregunta si el compromiso ambiental logra tocar todas las dimensiones de la persona.

Massey (2012) en sus reflexiones sobre el lugar, habla de nodos y puntos de encuentro, lo que se asume aquí de acuerdo con lo narrado y vivido por los interlocutores, es que las conexiones y los vínculos recaen sobre ciertas personas, asunto que será tratado en el próximo capítulo cuando se explore la dimensión comunitaria y sus itinerarios. Por ahora, es posible afirmar que en estas iniciativas hay un sentido de responsabilidad por aquello que está más cerca, pero que, al alejar la lupa, tiene una conexión con las problemáticas globales: los alimentos, la fragmentación, la producción de basura y el cuidado de los seres vivos.

CAPÍTULO 2: COMUNALIDAD: EL NOSOTROS EN LAS HUERTAS

El profesor Robert Dover, en uno de los seminarios impartidos en la maestría, nos pidió pensar para el día siguiente en alternativas al desarrollo y al sistema capitalista desde los espacios que habitamos. Al volvernos a encontrar, el inicio de la discusión se centró en la esperanza que hay en las comunidades indígenas y afro de nuestro país, sin embargo, Robert insistía en que nos ubicáramos en la ciudad. Santiago, uno de mis compañeros, levantó la mano y dijo que a su parecer los huerteros urbanos con los que yo estaba trabajando podrían ser una posible respuesta. Robert, con la sabiduría que lo caracterizaba, complementó: ‘una planta fuera de una casa o un apartamento tienen mucho poder. ¿Cuántas conversaciones podrían iniciarse por una planta?’

INTRODUCCIÓN

En el capítulo anterior presenté el concepto de lugar a partir de varias redefiniciones que se han elaborado en la antropología y la geografía. Al entender el lugar como proceso, sin divisiones demarcatorias y en el que confluyen relaciones sociales (Massey, 2012) es posible preguntarse cómo las comunidades dejan de ser aquellos grupos uniformes apegados a una porción de territorio, cuáles son sus retos actuales y, en el caso de este trabajo, cómo se reconocen a sí mismas desde su práctica como agricultores urbanos.

El concepto de comunidad es utilizado con frecuencia en las ciencias sociales; en la antropología es usado con cautela por considerarlo esencialista y homogeneizante. La Escuela de Sociología de Chicago (1920 – 1930) propuso varios acercamientos, entre ellos el del antropólogo y etnolingüista estadounidense Robert Redfield, quien introdujo cualidades al concepto de comunidad con base en sus estudios sobre la dinámica del cambio en sociedades de tipo rural (Romero, 1999). El autor consideraba que las comunidades eran grupos pequeños, que compartían unas actividades, características y formas de

relacionamiento, así lo ejemplifica cuando define las *sociedades folk* o grupos rurales como aquellos sin escritura, aislados, homogéneos culturalmente, con un sentido fuerte de familia, solidaridad y creencias (Redfield & Herrera, 1942).

El antropólogo indio Arjun Appadurai (2001) explica que, en el contexto de la globalización y los medios de comunicación electrónicos, las personas habitan lugares particulares pero sus vínculos no tienen que estar confinados localmente. La identidad se puede experimentar a partir de las diferentes fuentes de intercambio que están en circulación a nuestro alrededor, en una constante negociación simbólica. Los sueños y las aspiraciones de las personas están mediados por la imaginación. Sobre esto último, afirma que cuando un grupo empieza a sentir e imaginar cosas de forma colectiva conforma una comunidad de sentimiento, en la que hay una proyección o expresión en concreto. En este caso la imaginación opera como motor de la acción, más allá de una forma de huir de la realidad o ser una fantasía individual.

Pensar las comunidades con esta conciencia de la globalidad, es importante en la medida en que se puede ver la globalización más allá de un intento de homogeneización cultural, tal como lo argumenta Arturo Escobar (2002) cuando habla de las redes autoorganizativas que tejen los movimientos sociales. En la defensa que estos hacen del lugar se transforma lo global, se produce conocimiento y se generan nuevos vínculos:

... la globalización no es este monstruo que todo lo homogeniza, que avasalla, unifica, controla, margina todas las realidades en todos los rincones del mundo. Sin duda, algo de eso está pasando y no se puede minimizar el impacto fatal de la globalización neoliberal. Pero también la globalización encierra muchos órdenes sociales y tradiciones culturales que conforman modernidades múltiples. (p.16)

La modernidad, el desarrollo y la globalización son temas que entran en discusión cuando conocemos ciertos grupos de huerteros urbanos, que en medio de las contradicciones en las que se encuentran, están en una constante búsqueda de alternativas a la crisis civilizatoria actual. Como lo plantea Estermann (2012) esta es una crisis de la racionalidad occidental dualista, de un modelo capitalista de producción y acumulación, que no solo afecta lo económico y lo ambiental, sino muchas otras dimensiones de la vida social. No todos los huerteros están sintonizados con esta idea, en el siguiente capítulo se ampliará este panorama.

Siguiendo el trabajo de Escobar (2014), se pueden identificar varias tendencias en los estudios críticos del desarrollo, una de ellas relacionada con la práctica de los movimientos sociales con respecto a lo comunal, tema que se abordará más adelante. Las formas de organización social no siempre están orientadas al capitalismo, el cuidado de la vida es también otro de sus intereses, y es por ello que el concepto de comunidad debe ser revisado desde la creación de nuevos ámbitos, sin caer en la idealización.

Todavía es un reto pensar las modernidades híbridas o múltiples de las que habla Escobar (2002), aún más, cuando se traen estos conceptos al espacio urbano. La pregunta sobre quiénes están pensando discursos alternativos tiene que acoger no solamente a los grupos étnicos; desde muchos lugares se está considerando cómo crear otros mundos posibles en este encuentro entre modernidades y tradiciones, y es por ello que en este capítulo propongo explorar cómo el sentido de lo comunal y del trabajo colectivo permite que emerjan prácticas de diferencia en la ciudad, es decir, propuestas pequeñas en las que hay una comprensión distinta de las relaciones sociales, la economía y la ecología en el espacio urbano.

Las “alternativas al desarrollo”, como las llama Escobar (2014), son un llamado que están haciendo los movimientos sociales en todo el mundo ante la crisis contemporánea que estamos viviendo. En el análisis que hago, entiendo que la comunalidad, el buen vivir y la convivialidad hacen parte de esos intentos por transformar las formas de relacionamiento y comprensión de la vida.

Al acercarme a la bibliografía de autores que han escrito sobre estas alternativas al desarrollo, he encontrado que muchas veces estos conceptos se suelen asociar a lo “rural” o “indígena”. La socióloga Mina Navarro (2015) hace este llamado de atención en su producción académica e identifica iniciativas en el espacio urbano que hacen frente al despojo capitalista. El trabajo de Navarro es valioso y lo asemejo a la invitación que el profesor Robert nos hizo durante sus clases.

El compromiso político y la cercanía de los autores que abordo en este capítulo con grupos afro, indígenas o campesinos, me llevaron a considerar que más allá de los conceptos propuestos por estos académicos, lo que en el fondo puede nutrir mi análisis son las preguntas

que están en la base de sus reflexiones. Algunos de ellos resaltan que sus planteamientos aplican para otras espacialidades, sin embargo, falta todavía una mirada más detallada a la ciudad como espacio en el que también se ponen en entredicho los procesos de explotación y expansión del capital.

En las páginas que siguen no se encontrará una revisión exhaustiva de los conceptos en mención, sino una presentación general de los mismos, sus nexos y coincidencias. Luego me detengo en preguntas que encuentro claves para la práctica de la agricultura urbana: las relaciones con los no-humanos, el cuidado en las huertas, la producción y circulación de saberes.

2.1 Comunalidad, convivencialidad y buen vivir

Los antropólogos Floriberto Díaz (2004) y Jaime Martínez (2004), a partir de un proceso de reflexión colectiva, propusieron desde finales de la década de los setenta el concepto de comunalidad. Para el activista mexicano Gustavo Esteva (2015) esta palabra no es definible, aunque destaca las contribuciones que Arturo Guerrero ha hecho, y que alejan la comunalidad de ser un vocablo fallido o incompleto, como lo han expresado algunos académicos. Esteva (2015) expone que la idea de comunidad se aplicó al espacio rural a lo largo del siglo XX (como lo veíamos en la introducción a este capítulo con la propuesta de Robert Redfield), pero en la actualidad el impulso comunitario está resurgiendo en las ciudades, como una vieja idea que vuelve a ser novedosa bajo el orden capitalista.

Para Guerrero (2013) la comunalidad se refiere a la vida cotidiana en la Sierra Juárez, entre otras regiones de Oaxaca, y nace de un proceso de organización comunitaria y de profundas luchas por recuperar el control de sus territorios. La comunalidad da cuenta de la posibilidad de “(...) reconocer lo propio, revalorar lo que somos y reinventarnos como un nuevo Nosotros; y que hacia ‘afuera’ ayude a facilitar el encuentro con las y los Otros” (p.40).

La comunalidad se considera un concepto crítico que no está acabado, que plantea tensiones y un acercamiento desde la vida más que desde lo humano. Afirma Floriberto Díaz (2004) que en el pueblo mixe²⁶ la comunalidad se vive no solamente en la relación con el territorio compartido, sino también con las relaciones que se establecen (físicas y espirituales) con el espacio, entre las personas y con otros seres vivos. Algunas características que describe el autor sobre la comunalidad son: “La Tierra” como madre (dadora de vida) y territorio (en un sentido de pertenencia más que de propiedad), el consenso en asamblea para tomar decisiones y el *tequio* o trabajo colectivo sin un pago monetario.

Pensadores como Raúl Zibechi (2015), consideran que en estas relaciones de cooperación hay una pregunta por lo común, que no son los bienes comunes, sino el trabajo colectivo de las personas. Este puede estar orientado a la producción, pero también a la reproducción de la vida. Para el autor la acción colectiva es la que le brinda sentido al hecho comunal, y de esta forma es como se *hace comunidad*:

Lo común son los vínculos que construimos para seguir siendo, para hacer que la vida siga siendo vida; vínculos que no pueden ser acotados a institución ni a cosas (agua, tierra, natura). En este sentido, los llamados ‘bienes comunes’ no son objetos, entes separados de las personas, sino esos lazos (comunes, comunitarios) que hacen posible que, por decir, agua y tierra sigan siendo en beneficio del común/comunitario. Los ‘bienes comunes’ son lo que hacemos para que sigan siendo bienes de uso del común. (p.76)

Esteva (2012 a) comparte la postura de Zibechi (2015) no obstante, prefiere hablar de “ámbitos de comunidad” para no excluir la diversidad de organizaciones sociales existentes, asimismo, expone que las redes de relaciones se definen por una manera de ser: el nosotros, un cuestionamiento directo al individualismo y a las formas egoístas de existencia. Para Esteva (2012 a) la esperanza no se encuentra en la construcción de nuevos paradigmas, sino en las prácticas de la gente común.

²⁶ El pueblo mixe es uno de los pueblos indígenas que habita en México, se ubica al noreste del estado de Oaxaca.

“El nosotros” en las huertas comprende tramas complejas. En cada una de ellas se pueden reconocer líderes de los procesos, algunos de ellos con un ánimo de no figurar con esta etiqueta, pues privilegian lo colectivo por encima de los logros individuales. A pesar de tener esta intención, en la práctica son reconocidos por los otros huerteros como las personas que impulsan y guían la acción. Su legitimidad (dada por sus conocimientos, experiencias o carisma) es visible en situaciones cotidianas, un ejemplo claro es al momento de resolver dudas o disponer sobre algún elemento de la huerta, la ruta que por lo general se sigue es la consulta a estos líderes o la necesidad de exponer nuevas ideas ante los mismos, esperando su aprobación o complementariedad. En estos casos el diálogo o las conversaciones informales en la huerta van marcando el rumbo de lo que se quiere hacer, se sueña y se proyecta en el espacio.

Estos líderes cumplen también un papel relacional muy importante, porque además de inspirar y motivar el encuentro, hacen las veces de articuladores con otros actores e iniciativas. Si recordamos el planteamiento de Massey (2004) sobre el lugar como un nodo abierto de flujos e intercambios, habría que agregar que en el caso de las huertas las conexiones son posibles gracias la gestión que realizan estas personas, a un nivel interno y externo.

En las relaciones con “el afuera” de las huertas hay tensiones que son tramitadas por estos líderes, ya que los espacios de cultivo se encuentran insertos en la dinámica de la ciudad. En las entrevistas y conversaciones había una constante cuando se preguntaba por los conflictos, y tenía que ver con la relación con los vecinos. Afirmaban que llegar a un consenso a nivel interno era sencillo, pero con quienes habitaban cerca al espacio se generaba una necesidad de mediación:

Un punto clave en la discusión fue la parte estética de la siembra, esto debido a las malas percepciones que tienen algunas vecinas con respecto a la huerta. Javier explica que en algún momento estas personas dijeron que el lugar donde estaba la huerta debía ser manga con plantas ornamentales, que lo que había allí era un *rastrojero*. Al hablar sobre esto, se puso sobre la mesa la importancia de la comunicación de las acciones que se realizan en la huerta

con los transeúntes y vecinos, con el fin de disminuir la basura que se encuentra semana tras semana, el daño a las plantas, entre otros. (Diario de campo n° 4, 17 de octubre de 2018)

Las pugnas de poder también se manifiestan dentro de las huertas, en el caso del Aula Ambiental, en una lucha de intereses, donde una persona quería tomar las decisiones sin contar con los demás:

... me estaba tratando de sacar a mí (...) él llega pero no es capaz de trabajar en grupo (...) yo fui el que conformé todo esto, entonces a mí no me invita a dictar una charla (...) yo le colaboré aquí y después quedé como el ladrón de mariposas del municipio... ‘vos sos bobo, si yo soy el que monté los mariposarios, el que ando por todo Medellín... consigo de allí pa’ acá ¿me voy a robar yo una mariposa? pa’ qué si yo no comercio de eso’ y entonces eso fue un resquemor muy grande, causó que tuviéramos con candado mucho tiempo los mariposarios. Entonces es más a nivel de celos y tensiones... (Entrevista a Juan Diego Elejalde, Medellín, 13 de agosto de 2018)

En la escritura de los diarios de campo y en conversaciones con mi asesora, comencé a llamar a estos líderes gestores, porque finalmente sus principales acciones tenían que ver con generar o propiciar los medios y las condiciones para trabajar en la huerta, visibilizar el proceso, enriquecerlo con otros saberes y establecer relaciones. Más adelante hablaremos de otro rol fundamental en las huertas al que he nombrado “gestoras del cuidado”.

La pregunta por “el nosotros” incluye entonces las acciones organizativas de estos procesos y los vínculos que se fortalecen mediante unos dispositivos (las huertas y las pacas). Como ya lo veíamos en el capítulo anterior, cada una de estas iniciativas responde a unas necesidades compartidas (volver al campo, aprender, experimentar, tejer relaciones y asumir un compromiso ambiental) y a la búsqueda de soluciones para las mismas. A pesar de poder llevar a cabo estas actividades de forma individual, hay un interés en romper con la fragmentación, juntarse y hacer en colectivo.

Como expone Navarro (2015), cuando una persona se reconoce parte de un colectivo, comienza a apropiarse de aquello que se produce en común, se generan pautas, se gestionan las diferencias y se toman decisiones. Como hemos visto, estas relaciones tienen sus complicaciones, ya que al no ceñirse a una dinámica mercantil (huertas que generan

rendimientos y ganancias) los huerteros se encuentran ante otras lógicas que trazan desde el compartir, lo que para algunos puede impedir su permanencia o limitar su participación.

La comunalidad nos ayuda a pensar en la construcción de relaciones no coloniales, así lo explica la investigadora Alejandra Aquino Moreschi (2013), quien ve en esta apuesta una alternativa al proyecto capitalista neoliberal. La comunalidad abarca el pensamiento y la acción, se vive en la práctica cotidiana y tan solo requiere de un compromiso con la vida comunitaria, con el bien común. Es, además, un proyecto emancipatorio que no tiene un punto de llegada, porque en esencia es una forma de vivir.

Afirma Esteva (2012 b) que muchas personas están en movimiento para hacer frente a la crisis actual, y de alguna forma, tomar el control de sus propias vidas. Agrega que los sentidos de todas estas propuestas alternativas en América Latina se pueden recoger en la expresión del buen vivir, que, de manera formal, aparece en las nuevas constituciones de Ecuador y Bolivia gracias a la presencia política de los movimientos indígenas. El buen vivir hay que comprenderlo no como la buena vida asociada al modelo de los países desarrollados o al bienestar occidental, sino como:

... un modo de existencia que está en equilibrio con todos los demás elementos de la *Pacha*, de acuerdo a los principios básicos de la pachasofía andina, que son los principios de relacionalidad, complementariedad, correspondencia, reciprocidad y ciclicidad. El Vivir Bien ni es riqueza ni pobreza, ni despilfarro ni escasez, ni lujo ni carencia, sino una vida en armonía con todos los demás seres, una convivencia intercultural, interbiótica e intergeneracional. Tampoco se trata del ‘vivir mejor’, porque éste implicaría necesariamente que otros seres vivirían ‘peor’; en un mundo que se rige por el equilibrio de la conservación de masa y energía, cada ‘crecimiento’ de una parte irremediamente lleva a una ‘reducción’ de otra parte del sistema. (Estermann, 2012)

El investigador Eduardo Gudynas (2011) aclara que existen diferentes posturas sobre el buen vivir en distintos países. A su parecer, esta diversidad no es problemática y sus discusiones deben alentarse desde múltiples actores sociales. El autor señala tres campos claves del buen vivir: las ideas (un cuestionamiento al desarrollo y su idea del progreso), los discursos (que

apelan a otro tipo de relacionamiento y formas de pensar el mundo) y las prácticas o acciones concretas.

Gudynas (2011) plantea que hay otras posturas críticas que también son búsquedas del buen vivir y que no se restringen a un proyecto indígena (que ya de por sí encierra una pluralidad amplia de visiones). La decolonialidad del saber es una de esas posturas que cuestiona la superioridad occidental y que reconoce la diversidad de fuentes de conocimiento. Asimismo, rompe con la idea de un saber que debe dominar y encauzar a los demás; en el buen vivir los saberes rechazados y negados se vuelven legítimos.

El buen vivir es plural y acoge múltiples ontologías, a pesar de ello, hay algunos elementos comunes en estas visiones, como el debate sobre los derechos de la naturaleza, ya que en sus reflexiones hay una ética en la que se quiere dejar a un lado la asignación de un valor monetario a todo. Se busca pensar el entorno más allá de medios para lograr fines y se defiende otra relación con la naturaleza (sujeto de derechos), en la que los no-humanos tienen una participación distinta, porque se busca vivir en armonía con todos los seres y abandonar las racionalidades que buscan la dominación.

Se trata entonces de rehabilitar la casa común, basándose en la relacionalidad más que en la diferencia. El buen vivir sienta una postura crítica con respecto a la ontología moderna, que como explica Escobar (2012), ha traído consecuencias enormes, ya que esta racionalidad que divide la naturaleza y la cultura en una relación de nosotros/ellos, nos ha llevado a la crisis civilizatoria actual. Bajo este lente invalidamos otros mundos, por ello las luchas del buen vivir y los derechos de la naturaleza traen consigo elementos claves para abordar lo no-humano.

Tanto en la comunalidad como en el buen vivir hay un intento por visibilizar mundos diversos. Además, estas ontologías “...no solamente existen como imaginarias, ideas, discursos o lo que se quiera, sino que son corporizadas en prácticas” (Escobar, 2012, p.6). Este asunto es clave debido a que, para algunos críticos, estas propuestas son inviables y utópicas, las imposiciones de lo individual, lo privado, el mercado y la racionalidad occidental constituyen la única vía. ¿Habrán que volver a ser cazadores-recolectores o migrar

a un lugar recóndito para practicar el buen vivir y la comunalidad? En estas visiones no hay una postura anti-tecnológica, las preguntas serían: ¿podemos aprovechar los desarrollos científicos de otras formas? ¿Aceptaríamos otras fuentes de conocimiento?

Cuando el pensador Iván Illich (1978) propuso el concepto de convivencialidad, consideró que las tecnologías que se crearon durante el siglo XX tenían un modo de producción industrial, basado en el crecimiento desmedido. Explicó que pasado cierto umbral, las instituciones modernas se vuelven contra-productivas y generan daños catastróficos, en los que se destruye la autonomía y el trabajo creativo (Esteva, 2016). Poco a poco, las necesidades terminan siendo resueltas por una élite que decide los medios y los fines. Su llamado es entonces a una sociedad postindustrial o convivencial, definida como:

... aquella en que la herramienta moderna está al servicio de la persona integrada a la colectividad y no al servicio de un cuerpo de especialistas. Convivencial es la sociedad en la que el hombre controla la herramienta. (Illich, 1978, p.22)

Illich (1978) define las herramientas de forma amplia, pues se refiere a estas como productos que permiten realizara tareas, por ejemplo, una escoba y una escuela lo son: “Todo objeto tomado como medio para un fin se convierte en herramienta” (p.22). Aclara que una herramienta convivencial permite modificar el mundo de acuerdo a la intención y sentido propio, no existe una dominación por parte de la herramienta, sino que es la colectividad quien tiene el control y la usa sin dificultad²⁷.

En las reflexiones de Illich (1978) también se encuentra una búsqueda de una sociedad en la que el saber no sea un servicio, ni que se imparta en un escenario como la escuela. Este asunto, expuesto más arriba, hace parte de la agenda del buen vivir, y en el caso de la comunalidad, es un elemento básico. La vida comunal es una escuela desinstitucionalizada (Maldonado, 2013) en la que se forma no solamente en los saberes convencionales, sino también en la responsabilidad.

²⁷ La cocicleta y la paca digestora serían ejemplos de herramientas convivenciales en los términos de Illich. ¿Qué pensaría este autor sobre el control y uso que hacemos de Internet?

De acuerdo con lo presentado, me interesa concentrarme en dos cuestiones centrales que postulan estas alternativas al desarrollo: la primera sobre el nosotros, que en el caso de las huertas incluye relaciones de diversa índole con los no-humanos. De este asunto se desprende un análisis sobre los cuidados, una tarea clave que sigue recayendo en las mujeres. La segunda cuestión tiene que ver con la circulación y producción de saberes en estos espacios.

2.1.1 El nosotros en las huertas: seres humanos y no-humanos

... el entender que todos cabemos y que todos tenemos mil formas de aportar, de participar, es lo que nos enriquece. Yo creo que lo puede entender uno desde muchos lados, desde el entrecomillado de la naturaleza, nosotros obviamente haciendo parte de ella. En términos de biología es la diversidad la que sostiene a cualquier sistema, y acá la tendencia es que nos separa, nos divide (...) entender de que acá, en el caso específico de la agricultura, de los alimentos, como hemos dicho, es la excusa para pensarnos como especie. El planeta como un organismo vivo del que hacemos parte.

Poder entender que cualquier cosa que le hagamos, buena o mala, nos la hacemos a nosotros mismos, eso se entiende cuando comprendemos que la diversidad en vez de separarnos es lo que nos junta, lo que nos debería de juntar, obviamente que nos vuelve más complejos, pero la complejidad no debería preocuparnos, sino que así es, así funciona, eso es lo que hay, y más en estos contextos de homogenización...

(Entrevista 2 a Javier Burgos, Medellín, 17 de noviembre de 2018)

En las alternativas al desarrollo presentadas hay una crítica al dualismo naturaleza – cultura. Este debate se encuentra en los orígenes de la antropología, y durante los siglos XX y XXI se ha refutado con distintas perspectivas. Para el antropólogo Philippe Descola (2002), son tres aproximaciones las que coexisten para hacer frente al dualismo moderno: la primera busca eliminar esta separación de forma radical; la segunda es la propuesta por el filósofo, sociólogo y antropólogo Bruno Latour, quien plantea hacer un análisis de las redes humanas y no-humanas. A estas últimas les asigna un rol de actantes, es decir, con poder de incidencia en el curso de acción de otros agentes.

Latour (2008) hace una crítica a lo social como una clase de dominio o material. El autor propone que hay que entender este concepto como un conjunto de vínculos, ensamblajes o asociaciones entre elementos heterogéneos, en donde tienen cabida actores no-humanos. La

tercera aproximación es con la que siente mayor afinidad Descola, consiste en buscar discontinuidades entre humanos y no-humanos, tipos de relacionamiento, concepciones y representaciones alrededor de cada una de las sociedades, todo lo anterior en un marco de crisis ambiental y cosificación de la naturaleza.

La profesora Kay Milton (1998) expone que en la antropología el interés en comprender la forma en que se relacionan las personas con el medio ambiente no es nuevo. En el escenario actual, estas investigaciones se han vuelto significativas, en vista de que el viejo determinismo medioambiental (los factores medioambientales prescriben las manifestaciones humanas) ha ido transformándose y se han atacado las dicotomías "...cuerpo y mente, acción y pensamiento, naturaleza y cultura, que impregnan esta disciplina (y el pensamiento científico occidental en general)" (p.10).

Si bien en el buen vivir y la comunalidad se desarrolla una relación de continuidad entre lo humano y el mundo natural, afirma Gudynas (2011) que en el fondo se trata de formas relacionales de ser, hacer y conocer. Decir que los huerteros participantes de este estudio tratan como compañeros sociales a los no-humanos, implicaría afirmar que las relaciones que sostienen están gobernadas por esquemas como el parentesco o las alianzas. Tampoco se trata de una humanización de los no-humanos, sino de una preocupación por entender sus procesos al margen de los incentivos que ha creado la agroindustria:

...si no conservamos la naturaleza nosotros vamos a desaparecer más rápido. Pienso eso porque mire que de hecho están diciendo que todos esos venenos que están utilizando están acabando con las abejas, eso me tiene re-triste, entonces ¿qué vamos a comer? ¿Piedras? Entonces son como cosas que le van moviendo a uno por dentro... (Entrevista a Claudia Álvarez, Medellín, 14 de diciembre de 2018)

Hay una multiplicidad de relaciones entre los huerteros y los no-humanos. En primera instancia, para quienes tienen poca familiaridad con las plantas, se puede afirmar que se trata de un encuentro con un otro desconocido, por ello surgen preguntas sobre los nombres, usos

y cuidados. Descola (2002) explica que Lévi-Strauss llama a esta forma de relación “la lógica de las clasificaciones totémicas”, una forma de organizar y establecer unidades sociales. Son maneras de definir las fronteras de sí mismo y del otro.

Los sentidos se agudizan en los primeros encuentros. La posibilidad de ver, tocar y oler las plantas crea un vínculo de entrada en quienes quieren aprender sobre agricultura urbana. A esto se suma la desmitificación sobre ciertas especies que no se suelen cultivar en la ciudad, por ejemplo: lechuga, tomate, maíz, frijol, cebolla, entre otras. Para quienes han tenido experiencias previas con la siembra, las reacciones iniciales son distintas, pues se trae a la memoria aquellos saberes transmitidos por madres y abuelas, los espacios en los que se cultivó y los usos que se dieron a estos alimentos.

Todo esto nutre las conversaciones que se tienen dentro de la huerta y da paso a un segundo interés: conocer los procesos naturales de cada planta. Los tallos, las hojas, las flores y los frutos son las partes más visibles de estos seres vivos, mientras que en el suelo residen microorganismos que hacen posible la vida de las plantas, pero que en la agricultura convencional son eliminados y reemplazados.

A los huerteros les genera curiosidad esta microfauna, ya que en el suelo están los nutrientes más importantes que requiere una planta. Este proceso de comprensión implica otros temas, como el de los abonos y los bichos que visitan la huerta. La idea de “plaga” comienza a ser deconstruida, y en esa medida, las abejas, mariposas, mariquitas, entre otros insectos, son bienvenidos en los cultivos para que ayuden a la polinización, a tal punto que se diseñan estrategias que los atraigan, como sembrar plantas y flores que les sirvan de alimento y las hospeden.



Figura 11. Poster ilustrativo del mojojoy, uno de los bichos que habita las pacas.
Fuente: archivo personal, octubre de 2018.

El suelo se transforma en un ser vivo que requiere nutrición. En el caso de las pacas digestoras, los microorganismos y bichos tienen un papel fundamental en el procesamiento de los residuos orgánicos:

...no estamos procesándolos nosotros, los están procesando las mismas bacterias, los mismos hongos, los mismos artrópodos que funcionan en el bosque. ¿Qué estamos haciendo con la paca? facilitándoles ese proceso, concentrando los residuos en un pequeño espacio, 500 kilos en un metro cúbico. Los organismos del bosque tienen la libertad de buscarlos y de colonizarlos... (Entrevista 2 a Guillermo Silva, Medellín, 8 de agosto de 2018)

Con la Red de Huerteros se han llevado a cabo diferentes talleres de identificación de las especies de bichos que habitan la paca digestora. Además de generarse una reflexión sobre estos seres, cuando se entiende el proceso de la paca, hay un giro sobre la idea de lo que es considerado basura, ya que una paca digestora puede descomponer residuos de cocina como cáscaras, aceites, estiércoles, alimentos crudos y cocidos, en combinación con excedentes de jardín y poda de árboles. Expone Guillermo Silva (2012) que “Estos excedentes son más del 50% de los residuos sólidos urbanos, un potencial reciclable enorme que se deja podrir sin escrúpulo y que puede triplicar el aprovechamiento del reciclaje actual, además duplicar la vida útil de los rellenos sanitarios” (p.3).

Cuando una paca ha cumplido su ciclo (seis meses aproximadamente) esta puede ser cosechada, es decir, se rompe su molde compacto para extraer tierra fértil y abonada. Si no se realiza este proceso, la paca puede ir perdiendo poco a poco altura hasta reintegrarse al suelo. Como se dijo en el primer capítulo, la paca es multifuncional: propicia trabajo colectivo, neutraliza residuos y produce abono para las plantas.

En comparación con el compostaje, las pacas digestoras pueden tardar el doble de tiempo en transformar los residuos, sin embargo, ofrecen otras ventajas sobre este sistema tradicional: admite diferentes tipos de excedentes, bloquea olores desagradables y puede estar a la intemperie. Guillermo cuenta que para desarrollar las pacas tuvo que observar y aprender del mejor reciclador: el bosque. La mirada atenta sobre los procesos de la naturaleza, es una de las habilidades que se vuelve imprescindible para los huerteros.

En varias jornadas de trabajo en el Huerto Comunitario Alcázares, los planes que se habían trazado tomaban otro rumbo. ¿A qué se debía esto? Después de observar el estado de las plantas, se podían señalar necesidades más urgentes a las establecidas en otro momento: abono, limpieza, riego, poda o intervención a una planta enferma hacían que la agenda cambiara y que los esfuerzos se redireccionaran. Además, estar atentos a los cambios en la huerta se hacía significativo para saber qué estaba funcionando y qué debía cambiar.

Las plantas tienen sus propios ritmos, y es por ello que podríamos hablar en la agricultura urbana agroecológica de una imposición y cruce de tiempos. Si bien quienes participan pueden tener trabajos remunerados, en estas huertas la cuantificación del tiempo pasa a un segundo plano. Recordemos que ninguna de estas iniciativas tiene fines lucrativos y que el voluntariado es la filiación más común:

... uno se vuelve sensible a lo que hay aquí, aquí son seres vivos, si fuera un parqueadero de carros o de máquinas, pues uno se retira algunos días y no pasa nada, como más se empolvan las máquinas, pero uno sabe que cuando uno se retira aquí hay seres vivos y se quedan así...

pues, sí hay una afectación determinante... (Entrevista a Germán Tobón, Medellín, 14 de diciembre de 2018)

Los no-humanos en las huertas no son seres que están allí para ser intervenidos de forma intensiva, por el contrario, se establecen relaciones de aprendizaje con los huerteros (a partir de la observación), de intercambio benéfico entre plantas (alelopatía²⁸) y de participación en la acción al sugerir e influir en el curso de las actividades planeadas. Esto es resultado de la implementación de prácticas agroecológicas en la siembra, como se ampliará más adelante.

Milton (1998) explica que las personas comprenden su entorno en un ejercicio dialéctico: las interacciones con el entorno moldean los modos de comprenderlo, pero a su vez las formas de comprender el entorno moldean el relacionamiento con el mismo. Considerar que las plantas tienen procesos naturales y las consecuencias que tiene interrumpirlos o acelerarlos, puede llevar a los huerteros a mejorar sus prácticas socio-ambientales. Asimismo, cultivar los propios alimentos de forma agrobiodiversa, puede proporcionar perspectivas diferentes de relacionamiento con el entorno.

En las tres iniciativas huerteras es posible el encuentro entre humanos y no-humanos. Además de habitar un mismo espacio, se piensan de forma colectiva, ya que va más allá de una relación instrumental o de uso, pues hay un intento por comprender otras formas de existencia diferentes a la humana:

... los territorios son espacios-tiempos vitales de toda comunidad de hombres y mujeres. Pero no sólo es eso, sino también es el espacio-tiempo de interrelación con el mundo natural y el mundo animal que circunda y es parte constitutivo de él. Es decir, la interrelación genera escenarios de sinergia y de complementariedad tanto para el mundo de los hombres-mujeres, como para la reproducción del resto de los otros mundos que circundan al mundo humano. (Escobar, 2012, p.7)

²⁸ En un fenómeno biológico en el que un organismo influye en el crecimiento, reproducción o supervivencia de otros organismos.

El concepto de comunidad se amplía e incluye a los no-humanos. En principio, las motivaciones de los participantes pueden estar relacionadas con necesidades personales, pero luego pasa a ser una activación política del encuentro, la relacionalidad, el trabajo colectivo y el encuentro con otros diferentes y semejantes. Como afirma Javier en la cita que encabeza esta sección, es esta diversidad lo que enriquece estos procesos a nivel humano y ecológico. Como plantea Shiva (2010) los monocultivos “...son un síntoma de violencia, porque solo la violencia puede convertir la diversidad en monocultivo, ya sea en una plantación forestal o en la forma en que nos alimentamos” (p.4).

Más allá de decir si en estas iniciativas huerteras hay una continuidad entre humanos y no-humanos, se trata de hacer visibles otras formas de relacionamiento que existen en el espacio urbano, en donde el proyecto capitalista nos ofrece una idea de calidad de vida que pone en riesgo la de otros. Las huertas participantes son espacios que escapan a la carrera del crecimiento económico, se detienen en otras reflexiones y responsabilidades. Una de ellas es el cuidado.

2.1.2 Gestoras del cuidado

Schenerock & Aguilar (2017) exponen que “El trabajo agrícola realizado por las mujeres es igual que el realizado por los hombres, aunque las mujeres siguen cargando solas con el trabajo de cuidados no remunerado” (p.10). La profesora Pascale Molinier (2012) plantea que el cuidado es un proceso colectivo que va más allá de la enfermedad o de escenarios hospitalarios, y que cuenta con dos dimensiones claves: la subjetiva (preocupación por el otro) y la tangible (el cuidado como acción u ocupación).

Al guardar cierta distancia de la dimensión curativa, Moliniere (2012) se abre al terreno de la vida cotidiana, en donde diversas esferas y actores de la vida social entran en juego. En la vida doméstica todos tenemos la capacidad de cuidar y la necesidad de ser cuidados, es decir,

hacerse cargo de otros, de esta forma, se genera una división de trabajo con unas características comunes.

¿Quiénes cuidan? ¿Cuál es su lugar en la sociedad? Todas estas preguntas tienen que ver con el ámbito político, puesto que hay unos arreglos comunes (desde un ejercicio de poder) que han definido las respuestas a estos interrogantes. Moliniere (2012) explica que hay una producción de desigualdades en el cuidado, ya que son las mujeres (con determinada raza y clase social) las encargadas de cuidar en un entorno doméstico, en el cual han sido invisibilizadas.

La filósofa y teórica feminista Nancy Fraser (2016) expone que estamos ante una “crisis de los cuidados”, resultado de una sociedad que ha puesto la reproducción económica por encima de la reproducción social, siendo esta última indispensable para la vida. La “pobreza de tiempo” se ha relacionado con esta crisis, ya que no hay oportunidad de dedicarse a la crianza, sostener amistades o comunidades debido al peso que tienen las actividades mercantiles en la vida de las personas.

El cuidado no es considerado un trabajo especializado, por esto suele ser poco valorado en la lógica neoliberal y desarrollista. La “responsabilidad relacional” es el llamado que hace Moliniere (2012) para hacer frente a este problema de forma colectiva. Su invitación es pensar en redes de dependencia y responsabilidades compartidas para el cuidado de la vida y el mantenimiento de un mundo común.

En las iniciativas huerteras con las que trabajé, se pueden identificar personas que se concentran en el cuidado de las plantas. Ya hemos hablado de algunas características de quienes lideran estos procesos, de su gestión y visibilidad. Pero además de estos gestores (todos hombres), hay también otras personas que desarrollan funciones clave en el mantenimiento del espacio. La desigualdad en el cuidado y la naturalización del lugar público que ocupan los hombres, hizo que hasta cierto momento de esta indagación olvidara la labor de las mujeres en las huertas, su dedicación y trabajo constante. En este apartado me quisiera detener en ellas.

En el caso del Huerto Comunitario Alcázares, Cristina ha sido una persona fundamental en los procesos formativos que se han desarrollado. Su compromiso con la agricultura urbana va más allá de ser un tema que le interese, ya que hace parte de su proyecto de vida:

... no es simplemente el hecho de la siembra y de producir alimentos, sino que es uno de los elementos de cómo quiero que sea mi vida en este momento, pues es una parte del estilo de vida, es algo que no está simplemente ahí, no es simplemente producir comida (...) se trata de cómo lo que hacemos en la huerta genera reflexión, discusión e interrogantes alrededor de una cantidad de cosas, desde sembrar plantas que atraigan las mariposas, del espacio para que puedan vivir las abejas... cómo hacer un microclima donde ellas puedan estar bien, algo tan sencillo y tan pequeñito hasta algo tan enorme como el cambio climático, es un rango enorme de posibilidades y lo que estoy haciendo es un pedazo de todo eso... (Entrevista a Cristina Sandoval, Medellín, 17 de octubre de 2018)

Debido a las múltiples experiencias que ha tenido Cristina en relación con la agricultura, su conocimiento es amplio. Si bien en la huerta han participado otras personas en el cuidado, como Amparo, Alberto o Franz, Cristina ha liderado de forma integral la planeación de la siembra, el mantenimiento de la huerta y las estrategias educativas, incluyendo la paca digestora. En las jornadas de trabajo ella se destaca por hacer distintas tareas, desde las que requieren un gran esfuerzo físico, hasta el trasplante, limpieza y abono de las plantas. En la práctica se evidencia una división sexual del trabajo: los hombres con las herramientas más pesadas y las mujeres con actividades de menor esfuerzo físico. Cristina era quien rompía con estos esquemas y se apropiaba de todos los elementos disponibles.



Figura 12. Avisos del Huerto Comunitario Alcázares.
Fuente: archivo personal, noviembre de 2018.

Rosalina o “Nina”, como lo narraba en el primer capítulo, además de fundar la huerta ubicada en la Unidad Integral de Belén, realiza labores diarias para el sostenimiento de este espacio. Desde las siete de la mañana se puede encontrar a Nina haciendo múltiples actividades y cuidando el aspecto general de la huerta. Otros compañeros de la Fundación Cultivos de Amor expresan que el relacionamiento con Nina puede ser difícil por su insistencia en ciertos temas, sin embargo, reconocen su labor incansable.

Las limitaciones físicas no le permiten a Nina llevar a cabo algunas tareas, con todo ello, durante su paso por la Fundación ha trabajado en varias unidades didácticas, como el mariposario y la huerta. Su motivación por recuperar y mantener este espacio le da la fuerza para hacer limpieza continua y cuidar el vivero:

... esta huerta es la vida mía, porque mire que yo soy loca por venirme para acá, yo aquí me levanto hasta un domingo, me vengo pa’ misa de 7 y vengo y me meto aquí, a echarle la comida a los gatos y aquí estoy sola, echándole la comida a los gatos, o regando el vivero, si está haciendo mucho calor le echo agua a la huerta y así. (Entrevista a Rosalina Jiménez, Medellín, 10 de octubre de 2018)

A nivel interno de la Unidad, Nina cuenta con el reconocimiento de muchas personas, pero en relación con otras huertas, se desconoce su labor y saberes. Algo similar sucede con

Claudia en el Aula Ambiental de la Plaza de la América, una voluntaria que ha acompañado por mucho tiempo este espacio con diferentes actividades. A pesar de trabajar con tres personas expertas en temas de agricultura, ella aporta otras miradas al cuidado y sensibilidad que se debe tener con las plantas:

...ellas se proveen del subsuelo, de su sustento, de sus cosas... si nosotros como seres humanos no las proveemos de agüita en el verano... ellos [refiriéndose a Juan Diego, Germán y John Jairo] con todas sus cosas, que saben cómo manejar la tierra y todo, imagínese que nosotros no estuviéramos aquí, esas matas se mueren. Mire otras aulas, que a pesar de que están en terreno blando se murieron, ¿por qué? porque no hay un ser humano, un ser sensible, no hay un amor por la naturaleza, en cambio a mí me da tristeza... hay veces que me le enoja a él [Germán], porque veo las matas así como... y yo ¿es que no le echaste agua a las matas? ‘ay es que no tuve tiempo’, y yo: ‘no señor, es que primero son ellas y después lo demás’, entonces son cositas (...) esta semana le estaba diciendo a él que no me metiera las mariposas ahí [Juan Diego: Las solté para que se vayan...] entonces son como cositas así... (Entrevista a Claudia Álvarez, Medellín, 14 de diciembre de 2018)

Volviendo a Schenerock & Aguilar (2017) se hace importante visibilizar el papel que tienen las mujeres en la defensa de los lugares, aunque como se ha analizado en la literatura feminista, este rol se cumple en ciertas ocasiones en una posición de inferioridad. Más allá de la remuneración, se trata de romper con la naturalidad del cuidado por género y preguntarse por qué se extiende esta división del trabajo en una práctica como la agricultura urbana: hombres como personajes públicos en las huertas y mujeres que trabajan colectivamente sin reconocimiento. En algunos casos, la aparición pública puede resultar incómoda para ellas, pero al mismo tiempo, resulta molesto que otros sean protagonistas de una labor que no viven de forma tan cercana.

Es importante decir que esta asignación de roles no excluye que entre mujeres y hombres se tejan alianzas y acciones de cooperación. A nivel interno es posible evidenciar acuerdos sobre la planeación de acciones y apoyo mutuo en determinadas labores. Tal es el caso en la huerta de Fundacuda, donde Nina hace una labor de difusión con respecto al aprovechamiento de residuos orgánicos, mientras que otros miembros se encargan de la disposición, organización y prensado en las pacas digestoras.

La antropóloga Marcela Lagarde (2003) explica que las mujeres desarrollan una preocupación por las necesidades de los otros, haciéndose políticamente subsumidas. Ahora bien, a partir del siglo XX, las mujeres además de cumplir el papel de cuidadoras buscan también lograr el desarrollo individual, estos deseos son contradictorios ya que obedecen a dos órdenes: lo tradicional y lo moderno; en el caso de Cristina (historiadora de profesión) se hace visible esta tensión. El reto es eliminar la subordinación de las mujeres:

...primero, al visibilizar y valorar el aporte del cuidado de las mujeres al desarrollo y el bienestar de los otros; segundo, con la propuesta del reparto equitativo del cuidado en la comunidad, en particular entre mujeres y hombres, y entre sociedad y Estado. Y, tercero, la resignificación del contenido del cuidado como el conjunto de actividades y el uso de recursos para lograr que la vida de cada persona, de cada mujer, esté basada en la vigencia de sus derechos humanos. (Lagarde, 2003, p.5)

2.1.3 Saberes en las prácticas de siembra

¿Yo enseñándole a dos o tres señoras lo fácil que es convertir los sobrados de cocina en abono? El beneficio que le presta a la humanidad... porque como es que el medio ambiente es para toda la humanidad, no es pal' presidente, ni pal' papa, ni pa' mí, sino que es pa' todos los que habitamos este planeta, entonces eso realmente es un beneficio muy fácil, muy regalado.

(Entrevista a Rodolfo Monsalve, Medellín, 27 de septiembre de 2018)

Para Aquino (2013) la comunalidad puede ser entendida como una epistemología del sur. Esta autora sigue los planteamientos del sociólogo Boaventura de Sousa Santos (2011), quien propone que la humanidad necesita alternativas de pensamiento:

Entiendo por epistemología del Sur el reclamo de nuevos procesos de producción y de valoración de conocimientos válidos, científicos y no científicos, y de nuevas relaciones entre diferentes tipos de conocimiento, a partir de las prácticas de las clases y grupos sociales que

han sufrido de manera sistemática las injustas desigualdades y las discriminaciones causadas por el capitalismo y por el colonialismo. (p.35)

Las epistemologías del sur le apuestan a una comprensión más amplia del mundo, asimismo, aceptan la diversidad de modos distintos de ser, pensar y sentir. Aquino (2013) explica que no se trata de rechazar la ciencia, sino de tener una mirada crítica sobre su imposición e incapacidad de reconocer formas alternativas de conocimiento. Este compromiso lo adquieren la comunalidad, el buen vivir y la convivencialidad, ya que en sus preguntas base está el pensamiento vivo, es decir, aquel que no se queda en la reflexión, sino que se experimenta en la práctica.



Figura 13. Visita guiada en el Aula Ambiental Plaza de la América.
Fuente: archivo personal, septiembre de 2018.

Para Maldonado (2013) la función formativa es básica en las comunidades, es allí donde se fundan escuelas des-institucionalizadas y se reconoce lo propio antes que la verdad. Los saberes que comparte un colectivo y que le permiten producirse a sí mismo, son un tesoro invaluable para la emancipación y la autonomía. Cuando estos saberes se concentran en unos cuantos, se generan relaciones de dominio y jerarquías, por ende, cuando es posible su socialización se fortalece la construcción de herramientas colectivas.

La conexión entre la mano y la cabeza, en el sentido en que Sennett (2009) lo expone en “El artesano”, permite un diálogo en las huertas entre la práctica y el pensamiento. En estos lugares la siembra sigue unos principios agroecológicos en la medida de sus posibilidades:

el uso de coberturas naturales, semillas nativas, bio-preparados, aprovechamiento de los materiales disponibles, cultivo de distintas especies de plantas y el uso de abonos libres de agroquímicos son algunas de las prácticas que aplican los huerteros en estos espacios; sus fuentes de aprendizaje varían: internet, cursos, otros huerteros o campesinos.

En la huerta de Fundacuda el origen de las semillas no se tiene muy claro, y este hecho no es un síntoma particular, ya que en el inventario de huertas realizado en la investigación sobre prácticas comunicativas, se observó que sobre este tema persiste un fuerte desconocimiento acerca de las implicaciones políticas que tiene el uso de semillas certificadas o producidas por multinacionales como Bayer, Syngenta o Dupont. De 86 huertas encuestadas, el 29% afirma que consigue las semillas con guardianes y custodios, mientras que un 47% de las huertas compran semillas en tiendas, sin identificar muy bien su procedencia.

El tema de las semillas ha sido recurrente en los encuentros de la Red de Huerteros, aunque identifico cierto aislamiento de la huerta de Fundacuda con este tipo de debates. Como hemos visto, Guillermo Silva es una figura clave en este espacio, su trabajo con respecto a la divulgación de la paca digestora ha sido extenso, no obstante, su interés focalizado en este sistema y el ser la única persona con un contacto directo con otros huerteros, ha aislado estas reflexiones de la huerta de Belén.

Una gran parte de los saberes sobre agricultura urbana circulan gracias a las relaciones que se tejen entre las huertas, y desde lo presentado, podemos decir que los nodos o personas que conectan con otras iniciativas pueden fortalecer los procesos, pero también aislarlos de otras experiencias.

Si analizáramos un caso contrario, podríamos decir que el contacto entre las huertas introduce conocimientos nuevos. Como se exponía previamente, la mirada aguda de los huerteros establece una relación de aprendizaje importante con los no-humanos, en esa medida, algunos consejos en el cuidado de las plantas surgen de esta observación constante, de tener fracasos y volver a intentar. Es común que en un encuentro alguien comparta un saber nuevo con una persona que trabaja en otra huerta, y así tener una solución al alcance, gracias a la experimentación:

...para mí ha sido como un ensayo de comprensión y de aprendizaje continuo, yo creo que eso ha sido lo que más me ha anclado a todo esto, que de verdad es un aprendizaje continuo, que yo nunca había sentido tanto interés por seguir aprendiendo siempre, siempre... y es que no solo se aprende de las cosas prácticas, de cómo funciona el suelo, de qué es, de cómo está formado, sino que se aprende de las personas, de la sociedad, del mundo, entonces sí creo en no utilizar los instrumentos sencillos que nos da el laboratorio, porque en realidad eso es mucho más fácil, producir más grande y más rápido usando fertilizantes químicos es más sencillo, pero ya si uno se pone a mirar todo lo que está ahí detrás, uno entiende... algún interés que vaya más allá de eso, de producir un brócoli muy bonito.. pues le toca hacerlas distinto, no hay manera, hay que hacerlas distinto. (Entrevista a Cristina Sandoval, Medellín, 17 de octubre de 2018)

En el grupo en Facebook de la Red de Huerteros pasa continuamente que llegan preguntas sobre qué hacer frente a determinada situación; una misma inquietud puede tener múltiples respuestas, y este es un reflejo de lo que pasa en el día a día de las huertas. Durante la siembra o el mantenimiento aparecen muchas dudas, cada persona ofrece una respuesta diferente a una problemática, en este caso ninguna tiene mayor validez que otra, por el contrario, todas las opiniones son tenidas en cuenta. La inteligencia colectiva se activa para resolver dificultades, y el mejor respaldo lo constituye el haber vivido esa situación en un contexto similar (la ciudad).

Así se proponen caminos para andar en las huertas, lo que para algunos es un problema, para otros ya cuenta con una forma de tramitarse. Estos intercambios espontáneos además de permitir entablar un diálogo de saberes, hace posible el encuentro intergeneracional. La práctica de la agricultura urbana no está restringida a ninguna persona. Keny, uno de los integrantes de la Fundación Cultivos de Amor, agradece su encuentro con Rafael de los Ríos, ya que así pudo ampliar sus conocimientos, basados en búsquedas que hacía en internet:

... esto es como la escuela, aquí estoy teniendo ya la práctica. Ya estudié mucho, apliqué mucha teoría, ver que todo ensayo funciona, acá es donde realmente va a ver todo lo que leyó, todo ese conocimiento de esos videos que vio, todas esas cosas que investigó (...) con Rafa fue que me encarreté mucho, empezamos a trabajar y él tiene mucho conocimiento del campo.

Muchas cosas que él hacía pues yo las había visto pero nunca las había puesto en práctica...
(Entrevista a Keny Álvarez, Medellín, 18 de octubre de 2018)

En el largo camino que ha recorrido Guillermo Silva en el desarrollo de las pacas digestoras, se ha encontrado con varios académicos que han invalidado su técnica para el procesamiento de residuos. Las pacas digestoras se alejan del compostaje tradicional y de los modelos conocidos. Muchas personas reaccionan positivamente al discurso de Guillermo, pero también se ha encontrado con detractores que consideran la técnica lenta o poco funcional, y por ende, el compostaje tradicional como la mejor y única opción:

... me fui a la Facultad de Salud Pública... ‘manejo de residuos sin moscas no existe’, - ‘profesora es que nosotros no estamos diciendo que vamos a montar un proyecto, es que ya lo tenemos montado’ - pues sí pero eso no... desde el escritorio, muy fácil. Entonces le digo a la directora del colegio: ‘¿usted por qué no me acompaña a la Facultad de Salud Pública, a ver si a usted...? a mí no me creen el cuento, tal vez a usted le crean’. Entonces va la directora allá y les dice (...) y vino una profesora y le daba vueltas a las pacas, no preguntaba nada, yo le contaba, ‘profe comente algo’, no le pudimos sacar una palabra. Yo creo que fue su silencio más largo, una tarde entera en silencio, no podía creerlo, nada. Al final dijo, ‘bueno yo busco unos estudiantes que hagan una investigación de esto’. Se echó dos años para convencer un par de estudiantes, ¿con basura? no profe, basura no... (Entrevista a Guillermo Silva, Medellín, 27 de septiembre de 2018)

La paca digestora se ha implementado en universidades y espacios educativos debido al compromiso de personas que le han dado una oportunidad a este sistema, y que ante todo, quieren hacerse cargo de sus propios residuos. Uno de los mayores atractivos de la paca es su funcionamiento sencillo, capaz de ser comprendido por grandes y chicos, su bajo costo y la posibilidad de hacerlo en compañía de alguien:

... es que la naturaleza nos enseña a nosotros y nosotros no queremos aprender, no es que uno le va a enseñar a la naturaleza, entonces súper enamorado porque eso que yo hago allá lo aprendí con los endos: oyendo, viendo y haciendo y eso es tan fácil que yo soy capaz de decirle a un agrónomo o a un estudiante de ingeniería ambiental la importancia que tiene eso.
(Entrevista a Rodolfo, Medellín, 27 de septiembre de 2018)

Con Don Guillermo ha pasado algo muy especial (...) cuando nos conocimos fue como el reconocer tanto en la persona como en la propuesta la capacidad de poner en cuestión modelos, que yo creo que la mayoría de las personas lo hacemos... es fácil cuestionar, pero en simultáneo tener la capacidad de ofrecer alternativas a eso que está cuestionando (...) poner en cuestión los modelos tradicionales de manejo de residuos orgánicos, dar una alternativa, pero una alternativa que tenía una fuerza muy grande, eso lo percibimos varios. Era muy simple, muy básica, efectiva y de fácil ejecución. Entonces yo creo que a todos nos ha pasado... o a la mayoría de las personas que hemos tenido la oportunidad de compartir con don Guillermo. Efectivamente él lo hace, él lo ha dicho, él no se inventa nada, él lo que hace es comprender un modo en que funciona la naturaleza e intenta hacer una réplica a una escala pequeña de cómo funciona un suelo en un bosque natural, por la superposición de capas de material orgánico, pero el haberlo concebido, el haberlo visionado y considerado de que era viable replicarlo, sobre todo eso, replicarlo... (Entrevista 2 a Javier Burgos, Medellín, 17 de noviembre de 2018)

En un ejercicio de cartografía colaborativa realizado desde la Red de Huerteros, se identificaron 75 iniciativas *paqueras* en varios países: Colombia, México, Brasil y Argentina. La mayoría han aprendido el proceso de las pacas por talleres que han tenido con Guillermo, y en otros casos, ha sido gracias a otros *paqueros*, redes sociales, videos o sitios web en los que se encuentra el paso a paso sobre cómo hacer una paca digestora.

El diseño autónomo produce conocimiento de la realidad, tal como lo plantea Escobar (2002). En estas iniciativas hay una amplia circulación de saberes que han impulsado una forma de agricultura diversa e integral. El diálogo y el encuentro han sido fundamentales para el intercambio y la producción de conocimiento en red. Son muy pocos los huerteros expertos en agricultura, pero su mayor satisfacción es encontrar en las huertas un espacio para tejer nuevos aprendizajes, tener una visión distinta de la vida y poner en duda sus saberes previos.

2.2 A modo de conclusión

En este capítulo he expuesto cómo el trabajo colectivo y consciente de estas iniciativas propicia un acercamiento diferente a la vida. Estos huerteros urbanos tienen una propuesta alternativa a los discursos de expansión del capital y del individuo, ya que “el nosotros” ayuda a superar las formas de existencia que niegan la diversidad del ser, el hacer y el pensar. En esa medida, muchas ideas son puestas en duda, nuevos saberes emergen junto a formas de relacionamiento que fortalecen la reproducción social.

Las huertas no están exentas de pugnas de poder. La legitimidad y visibilidad que tienen algunos participantes sobre otros es evidente, lo que pone sobre la mesa una pregunta acerca de los roles que asumen hombres y mujeres en relación con el cuidado y su compromiso con el mismo. Además, queda abierta la pregunta sobre los riesgos que se corren al centralizar en una persona el relacionamiento con otros.

Como expone Milton (1998) es posible que un estudio ecológico determine las prácticas benignas para el medio ambiente, pero un análisis antropológico puede revelar aquellas formas de concebir el mundo que fomentan una mayor responsabilidad con la crisis que estamos viviendo. Así comprendo la agricultura urbana, como una práctica que contribuye desde el encuentro a valorar el mundo en el que vivimos, no con una mirada externa y distante, sino a través de la experimentación directa.

Las vivencias y experiencias compartidas en cada iniciativa invitan a pensar en una imagen del futuro. Sembrar en la ciudad es una forma de reclamar el derecho al espacio urbano, a habitarlo y transformarlo. Este motor de la esperanza es el que permite a los huerteros prolongar su labor. En el siguiente capítulo se ampliará este tema.

CAPÍTULO 3: LAS HUERTAS COMO ESPACIOS DE ESPERANZA

A person in a rented apartment must be able to lean out of his window and scrape off the masonry within arm's reach. And he must be allowed to take a long brush and paint everything outside within arm's reach. So that it will be visible from afar to everyone in the street that someone lives there who is different from the imprisoned, enslaved, standardised man who lives next door.

Friedensreich Hundertwasser

INTRODUCCIÓN

Hasta ahora he analizado las iniciativas huerteras como lugares polisémicos y multifuncionales, en los que se fortalecen los lazos comunales y la reproducción social. En el apartado anterior presenté la comunalidad, el buen vivir y la convivencialidad como alternativas al desarrollo, que, pese a su intento de configurarse como propuestas abiertas y posibles en diferentes espacios, todavía se encuentran lejanas de las realidades y dinámicas de la ciudad.

Una posible razón de este distanciamiento es el hecho de considerar la ciudad como “una espacialidad capitalista”, expresión a la que he hecho referencia en otro momento y que es utilizada por algunos académicos para explicar la intervención de capital financiero en la ciudad. El geógrafo y teórico social David Harvey (2003) explica que el capitalismo es una cuestión geográfica que produce desarrollos desiguales, ya que la acumulación del capital y el poder se concentran en determinadas áreas, como las ciudades.

Para el profesor Ovidio Delgado (2004), hay quienes consideran que el capitalismo ha alcanzado de manera definitiva todas las dimensiones de la vida. Según esta perspectiva, no es posible pensar en otros mundos posibles, como tampoco considerar la utopía. En contraposición a esta mirada, Henri Lefebvre, influenciado por el marxismo, planteó en la década de los años sesenta que la ciudad podría ser un espacio para la lucha anticapitalista.

En su propuesta teórica aparecen por primera vez conceptos como “derecho a la ciudad”, “producción del espacio” y “revolución urbana”.

Sobre el derecho a la ciudad, Lefebvre (1978) expone que se trata de la posibilidad y la capacidad de los pobladores urbanos (principalmente la clase obrera) de transformar, crear y producir la ciudad. En la actualidad, el derecho a la ciudad se encuentra nuevamente en la discusión pública, en tiempos en que los habitantes quieren hacer parte de las decisiones y políticas urbanas.

Son múltiples las problemáticas que aquejan las ciudades: la segregación espacial, la privatización de los espacios, las restricciones de la participación y el empobrecimiento de la experiencia urbana. Cada vez más las personas tienen menos posibilidades de entrelazarse con otros para la acción, ya que la ciudad se vive como fragmentos delimitados por barreras físicas y sociales:

La reformulación de los patrones de asentamiento y convivencia urbanos: del barrio a los condominios, de las interacciones próximas a la diseminación policéntrica de la mancha urbana, sobre todo en las grandes ciudades, donde las actividades básicas (trabajar, estudiar, consumir) se realizan a menudo lejos del lugar de residencia y donde el tiempo empleado para desplazarse por lugares desconocidos de la ciudad reduce el disponible para habitar el propio. (Canclini, 1995, p.24)

Las ideas del sociólogo Louis Wirth parecieran encontrar eco en los modos de vida urbanos recientes. En *El urbanismo como forma de vida* (1938/2005)²⁹, uno de sus ensayos más conocidos, define la ciudad como un asentamiento concentrado y permanente de individuos que desempeñan papeles segmentados y especializados, en donde se pierde el contacto cara a cara. La superficialidad, el anonimato, el carácter transitorio y la utilidad definen las relaciones sociales. El individuo gana libertades, pero pierde participación en la sociedad, además, predomina la competencia.

²⁹ Esta cita aparece con doble fecha debido a que el texto fue originalmente publicado en 1938.

Para teóricos de las problemáticas urbanas, el capitalismo y el modelo neoliberal han limitado el ejercicio ciudadano. Yory (2007) plantea que no todos tenemos el mismo derecho a la ciudad debido a la preeminencia que tiene la construcción de metrópolis atractivas para la inversión y el capital. Es así como los espacios terminan por ser el resultado de una sumatoria de intereses privados o de unos pocos, cuando deberían tener su raíz en la apropiación y transformación por parte de sus habitantes.

El antropólogo Néstor García Canclini (1995) explica que las formas de consumir han variado con el tiempo, y con ellas, las formas de ser ciudadano. El consumo privado de bienes ha configurado el ser habitante de una ciudad, asimismo, ha sometido la política a las condiciones del mercado. ¿Qué es ser ciudadano? Para el autor va más allá de los derechos que tienen las personas nacidas en un territorio. Canclini (1995) considera que las prácticas sociales que fortalecen el sentido de pertenencia y los derechos a la diferencia hacen parte de su definición, puesto que la ciudadanía puede tener “una multiplicidad infinita de reivindicaciones” (p.21).

Wirth (1938/2005), Yory (2007) y Canclini (1995) ponen de manifiesto las tensiones que circulan en el espacio urbano, sin embargo, en estos fragmentos se pierde de vista otros horizontes del ejercicio ciudadano. Si bien el capitalismo y el modelo neoliberal han hecho sus apuestas económicas y políticas sobre la ciudad, hay espacios que se resisten a las dinámicas impuestas.

¿Pensar en colectivo es una forma de reclamar el derecho a la ciudad? ¿Juntarse para sembrar alimentos libres de agrotóxicos es una acción política? ¿Pueden unos pocos soñar una ciudad ideal? ¿Qué papel juegan los medios digitales en la construcción de estos sueños conjuntos? ¿Las actividades que se realizan en las huertas permiten emerger nuevas formas de ciudadanía? Estas son solo algunas preguntas que resultan del encuentro de la teoría con las experiencias vividas en campo, sin embargo, sirven para trazar una ruta de los intereses principales que tiene este capítulo.

En primera instancia, profundizo en el concepto de derecho a la ciudad a partir de los planteamientos de Henri Lefebvre y la relectura que hace David Harvey. Encuentro que para

los huerteros participantes en esta indagación y el grupo base de la Red, el derecho a la ciudad se trata de la transformación de las relaciones sociales, a pesar de ello, los datos de la investigación macro demuestran que hay intereses opuestos y diversos. Luego, exploro la propuesta de espacio de experiencia y horizonte de expectativa expuesta por Koselleck. Finalizo con una breve reflexión alrededor de la importancia de la comunicación en el quehacer del colectivo.

3.1 Derecho a la ciudad

... esta ciudad puede ser vivida de otra manera, la vida puede ser vivida de otra manera, podemos relacionarnos de otra forma. Me parece que la siembra y los alimentos son muy potentes para eso... yo puedo decir que absolutamente en todos los eventos que he estado de la Red, y ya en este punto son bastantes, realmente la conexión que se genera entre las personas a partir de ahí, sea la siembra, sea una conversación sobre los usos de las plantas... es que muchísimas veces es solamente llevar la plántula y empezar a conversar de eso, de empezar a oír a la gente sobre qué era lo que le daba la abuelita y que todo el mundo empiece a encadenar recuerdos, y encadenar esos recuerdos alrededor de las plantas es como despertar una manera de vivir distinta.

Entrevista a Cristina Sandoval, Medellín, 17 de octubre de 2018

Henri Lefebvre, en medio de los cambios que estaba sufriendo París en la década de 1960, escribió su obra *Le Droit a la ville* (El derecho a la ciudad), allí plantea que la problemática urbana está directamente relacionada con la industrialización generalizada. Considera que la ciudad perdió su carácter de obra construida socialmente y su vida cotidiana (Lefebvre, 1978).

La industrialización trae consigo implicaciones sobre el crecimiento y la planificación. En un principio, estos procesos pueden tener lugar en las afueras de la ciudad, no obstante,

cuando se les presenta la oportunidad, se establecen cerca de los centros urbanos y terminan por producir y remodelar los espacios de acuerdo con sus necesidades.

Todo esto es coordinado por las clases dirigentes. Quienes tienen el capital invierten y finalmente obtienen el control. Para Lefebvre no todo está perdido, por ello cree en las heterotopías³⁰, aunque reconoce sus contradicciones. Los grupos o clases sociales que inicien la revolución son clave, para así exigir el derecho a la ciudad:

El derecho a la ciudad no puede concebirse como un simple derecho de visita o retorno hacia las ciudades tradicionales. Sólo puede formularse como *derecho a la vida urbana*, transformada, renovada. Poco importa que el tejido urbano encierre el campo y lo que subsiste de vida campesina, con tal que ‘lo urbano’, lugar de encuentro, prioridad del valor de uso, inscripción en el espacio de un tiempo promovido al rango de bien supremo entre los bienes, encuentre su base morfológica, su realización práctico-sensible. (Lefebvre, 1978, p.138)

Para Lefebvre (1978) la ciudad tiene que verse por encima de su valor mercantil, por ello hay que reapropiársela, disfrutarla y crearla colectivamente a partir de la toma de decisiones. Es así como su propuesta sostiene una repolitización del espacio y de la figura del ciudadano, porque no se trata de reducir el derecho a la ciudad a un “retorno”, como expresa en la cita anterior. De esta forma, los ciudadanos se limitarían a presenciar y contemplar lo que les rodea, en una postura de consumidores silenciosos y pasivos.

El vehículo para materializar alternativas espaciales, en el caso de Lefebvre (1978), es la lucha obrera. En su texto *La producción del espacio* (2013) el autor reafirma su postura al comprender que el espacio y la ciudad son resultado de relaciones de producción. Cada sociedad produce su espacio social de forma particular, pues se trata de superar la mirada de la metrópolis como lugar que da soporte al sistema capitalista.

Estos pensamientos son la fuente de nuevas utopías urbanas para el autor, en donde la metrópolis es germen de posibilidades de transformación. Aquí es importante tener en cuenta

³⁰ Harvey (2013) explica que el concepto lefebvrino de heterotopía se refiere a espacios fronterizos en los que es posible y necesario ‘algo diferente’ para los fines revolucionarios. Estos espacios no surgen de un plan, sino de las prácticas de la vida cotidiana, y es allí donde diversos grupos pueden encontrarse y pensar, así sea por un momento, la acción colectiva.

que la obra de Lefebvre está marcada por un tiempo y un espacio: mayo del 68 en Francia. En su momento, sus postulados tuvieron una gran influencia, asimismo, su realidad cercana y los procesos que estaba viviendo París marcaron su propuesta teórica.

Harvey (2013) comprende que en la obra de Lefebvre hay una doble intención: una queja y una reivindicación. La primera con respecto a la pérdida de la vida cotidiana en lo urbano; la segunda se trata de la búsqueda de una vida urbana alternativa, menos dirigida por los poderes políticos y económicos, aunque no exenta de conflictos.

Siguiendo al autor, los movimientos sociales urbanos han luchado por hacer parte de la configuración de la ciudad. Sus orientaciones y cuestiones son diversas (reclamo a una vivienda, gentrificación, desplazamiento, medio ambiente, entre otras), además, no surgen necesariamente de disertaciones intelectuales, sino "... de las calles, de los barrios, como un grito de socorro de gente oprimida en tiempos desesperados" (Harvey, 2013, p.10). Académicos como Lefebvre responden a este llamado con modelos y esquemas de análisis, claro está, desde un contexto particular, pero que puede inspirar otras reflexiones sobre el asunto.

Como se expuso líneas arriba, el agente de cambio fundamental en Lefebvre es la clase obrera, un grupo social con características variadas debido a su fragmentación, itinerancia, mezcla de deseos y necesidades. Harvey (2013) plantea que para la izquierda tradicional todavía es difícil reconocer el potencial de los movimientos sociales urbanos, puesto que ve en sus luchas proyectos que intentan resolver cuestiones específicas (más que sistémicas), y que por este motivo, no son movimientos revolucionarios.

El autor añade que el derecho a la ciudad debería enfocarse en una perspectiva revolucionaria y no solo reformista. A pesar de las dificultades que implica la autoorganización de grupos diversos, y que además, este derecho puede ser cooptado y despolitizado por los estados y organismos de cooperación internacional, el reto está en reivindicar "prácticas ciudadanas insurgentes", más allá de la lucha obrera.

Harvey (2003) es claro en que el derecho a la ciudad no es un fin, sino un medio para que los movimientos sociales urbanos ejerzan un poder: reinventar la ciudad a partir de sus deseos y

necesidades. Para el autor, este derecho no se limita a reivindicar el acceso a recursos, incluye tener la oportunidad de producir el espacio, tener "... el derecho a reelaborar las relaciones espaciales (formas territoriales, capacidades comunicativas y normas) de forma que el espacio pase de ser un marco de acción absoluto a constituir un aspecto relativo y relacional más maleable de la vida social" (2003, p.286).

Si ponemos en conversación este planteamiento teórico con las vivencias y reflexiones de los huerteros, encontraremos que hay algunas consideraciones por hacer. Harvey (2013) no logra ofrecer una visión amplia de las contradicciones que también emergen en los movimientos sociales urbanos. Estos no son grupos compactos con una única bandera, en sus pensamientos y prácticas pueden presentarse variedad de posturas. A continuación, pongo en consideración el derecho a la ciudad a partir de la experiencia con la Red de Huerteros Medellín y las huertas que participaron en esta investigación.

3.2 Intereses divergentes en la Red de Huerteros Medellín

Además de las tensiones y conflictos que se pueden tener con respecto al trabajo colectivo, en la Red de Huerteros Medellín hay también una diversidad de intereses y visiones que confluyen en el movimiento, como es el caso de quienes ven la agricultura urbana como un ejercicio despolitizado que sucede en espacios neutrales.

No solo los estados y las entidades que apoyan los proyectos de desarrollo económico pueden asumir el derecho a la ciudad desde otras ópticas, en el mismo seno de los movimientos urbanos, como la Red, pueden tener lugar puntos de vista que consideran la siembra como una acción libre de posturas, o que se trata de un colectivo para resolver dudas técnicas sobre la agricultura urbana, incluso, personas con una posición de derecha que ven lo ambiental distante a las desigualdades sociales.

Como se presentó en la introducción, la Red cuenta con un grupo en Facebook. Algunos miembros del equipo base tienen roles de administrador, una de sus tareas es aceptar o rechazar solicitudes de miembros, aprobar o desaprobar publicaciones que otras personas

desean compartir, difundir invitaciones, comunicados, entre otros. En época de procesos electorales llegan una gran cantidad de mensajes referentes a propaganda política, estos por lo general son rechazados, sin embargo, en noviembre de 2019 se presentó una fuerte polémica alrededor de una publicación que invitaba a participar del paro nacional:



Figura 14. Póster con temática del paro nacional del 21 de noviembre de 2019.
Fuente: grupo de Facebook de la Red de Huerteros Medellín, noviembre de 2019.

La imagen que se puede apreciar en la *Figura 10* generó malestar entre algunas personas que se habían unido al grupo de la Red de Huerteros, además, impulsó un fuerte debate. Se presentaron varios comentarios que expresaban inconformidad, otros reafirmaban su apoyo a esta manifestación ciudadana. Es de resaltar que esta publicación tuvo aproximadamente 127 comentarios, en los que aparecieron insultos y ofensas por mostrarse de un lado u otro:

Otro grupo que se dañó por politiqueros, esto solo debería ser del tema del grupo, qué pasa con la administración, este grupo no es de tema abierto. Claudia Botero

Increíble hasta dónde podemos reproducir la violencia que vive Colombia y, encima, señalemos de violentos a quienes defienden sus derechos! Cómo así que ‘este medio no es

para eso’?? Peor: Cómo así que ‘No deberías ni estar acá’??? Qué manera olímpica de querer desaparecer al que piensa distinto! En este País han desaparecido 120 mil personas. Y desaparecieron 8 mil este año. La ley 970 les impide a los colombianos guardar sus propias semillas y sembrarlas. Es imposible ignorar que todo quehacer es político, y sembrar la propia comida es un acto profundamente político. No va a marchar? Listo. Porqué les puede ofender tanto que nos invitemos a marchar? Nikunja Dasi

Pero el año tiene muchos días, porque no escoger otro día para lo que nos interesa a todos los que nos unimos a este grupo. Señores administradores, no es justo con los que sólo queremos alejarnos de esta loca realidad donde no se sabe quién es el malo y quién es el bueno, respeten que sólo queramos desconectar y distanciarnos de todo con nuestras maticas. Zapata Ana

Los comentarios de Claudia Botero y Zapata Ana en esta publicación pueden ser leídos en varios términos. Por una parte, demuestran la desmotivación que les produce seguir las problemáticas actuales del país. Esto es un síntoma de una sociedad (como la colombiana) que lleva muchos años tratando de resolver profundas heridas en su tejido social. Además, se vislumbra una comprensión de las huertas como espacios amenos e ideales para alejarse de la realidad y los conflictos políticos.

Esta postura se contrasta con la de Nikunja Dasi, quien hace un llamado a revisar las implicaciones políticas que hay en el cultivo de alimentos. Afirma además que la funcionalidad del espacio digital no está restringida a ciertos asuntos, por ello es enérgica al llamar la atención sobre aquellos que le increpan que no debería estar en el grupo de Facebook de la Red de Huerteros.

Frente a esta situación, los administradores del grupo decidieron realizar una publicación en la que argumentaban por qué la invitación al paro nacional estaba acorde con los principios de la Red, valiéndose además del manifiesto “Sembrando mundos soberanos y solidarios” (2017), en el que el grupo base propone una reflexión crítica sobre el cuidado de la vida, las relaciones, el desarrollo y el progreso. Allí se afirma la Tierra como un organismo vivo, el uso de semillas libres, la alimentación como un acto político, la defensa de la

agrobiodiversidad, el trabajo colaborativo, la huerta como comunidad de aprendizaje, entre otros asuntos.

Este caso puntual se trae a colación por dos razones: por un lado se reafirma aquello que se exponía en el primer capítulo sobre la polisemia y multifuncionalidad de las huertas (aquí a un nivel más amplio con la Red de Huerteros Medellín). No todos los agricultores urbanos encuentran el mismo sentido en esta práctica, y pueden no estar interesados en algún tipo de reivindicación. De formas diferentes se llevan a cabo los procesos socio-ambientales en las huertas, algunos incluso con el uso de agroquímicos y semillas producidas por multinacionales, como se presentaba en la introducción.

En la investigación sobre prácticas comunicativas se lograron discernir razones medioambientales y socioeconómicas para emprender una huerta. Sobre estas últimas, 26 de las 86 huertas entrevistadas expresaron que su deseo inicial fue contar con un espacio para la enseñanza y el aprendizaje; otras respuestas incluyeron el entretenimiento, la estética del espacio, la calidad de vida, entre otras.

La movilización social y el reclamo al derecho a la ciudad no son las cuestiones centrales de quienes participan en la Red de Huerteros y sus espacios digitales. A pesar de ello, en el grupo base del colectivo y en las huertas participantes de este estudio, pueden encontrarse razones más políticas, que en el fondo están reclamando formas alternativas de relacionamiento.

3.3 El derecho a relacionarse de forma distinta en la ciudad

Edward Soja (2014) expone que el derecho a la ciudad no se restringe a la lucha anticapitalista, ya que nuevas dimensiones pueden hacer parte de las reivindicaciones de la justicia espacial. El autor ve en este derecho un panorama abierto de posibilidades, que puede contribuir a pensar relaciones espaciales más democráticas, en las que tengan cabida diversas formas de vivir la metrópolis.

En el caso del grupo base de la Red de Huerteros Medellín y las huertas participantes en este estudio, son varias las preguntas que se han formulado alrededor de la transformación de las relaciones. Cuando se habla de la problemática de las semillas modificadas genéticamente, el uso de pesticidas, las fumigaciones hechas por el gobierno colombiano, la extinción de las abejas, la contaminación del aire, entre otros temas, no solo se hace alusión a miradas críticas a políticas institucionales, sino que también se incluyen acciones que implican formas alternativas de relacionamiento con la tierra y la vida en general:

... es la posibilidad de abrir otros espacios, de hablar de otras cosas y de pensar... a veces de manera utópica, pero qué importa, si no tenemos utopías entonces no vamos a cambiar las cosas, y yo creo de verdad que esta ciudad tiene que cambiar, que necesita cambiar, y me parece que ese es un espacio por donde puede cambiar, no es el único, y exactamente esa es una de las cosas que estamos tratando de hacer, encontrarnos con las otras iniciativas que tratan de hacer más o menos cosas parecidas e irnos juntando para ser más, para irnos aumentando... (Entrevista a Cristina Sandoval, Medellín, 17 de octubre de 2018)

El testimonio de Cristina reafirma el interés que hay en algunos huerteros de ir más allá del cultivo de un antejardín agradable a la vista. Además, la importancia de la creación de lazos ante la fragmentación que hay en la ciudad. A pesar de estar limitados por los mundos institucionales, es posible aspirar a hacer parte de la reimaginación y reconstrucción de espacios para el encuentro.

Es cierto que el derecho a la ciudad no está restringido a una sola reivindicación, cualquiera puede reclamarlo y darle su propio significado. Es por ello que dentro de la Red hay escenarios de confrontación, que salen a flote en ciertos momentos, como el narrado previamente. Diversidad de utopías les dan forma y aliento a las luchas actuales, no siempre con intenciones benéficas para el común.

Los intereses disímiles que hay en las huertas urbanas pueden generar tensiones sobre los rumbos y caminos a seguir, con todo ello, hay iniciativas que están comprometidas con el trabajo articulado y la transformación de las relaciones en la ciudad:

... el huerto tiene algo ahí, y es como la metáfora que sirve para entender eso, hay un poder transformador, así como se transforma una semilla tenemos esa capacidad de transformar las

cosas, de ajustarlas de acuerdo a nuestras necesidades, a veces se nos olvida esa capacidad que tenemos de transformar, y cuando eso se tiene ahí presente.... ¿Transformar en qué? ni idea. Pero en el momento en que se reconozca esa fuerza transformadora que tenemos como individuos y como sociedad, eso va a facilitar que organicemos muchos asuntos de los que se necesitan organizar... (Entrevista 2 a Javier Burgos, Medellín, 17 de noviembre de 2018)

Las iniciativas que hicieron parte de este proyecto han reclamado su derecho a la ciudad cuando han decidido cambiar sus formas de relacionamiento, cuando han emprendido proyectos colectivos y han dado un giro a su mirada sobre “la naturaleza”. Así han comenzado a observar, escuchar y permitir que seres no-humanos les indiquen la ruta a seguir. Al crear, transformar y pensar la ciudad, también se piensa y se cambia a sí mismo:

El derecho a la ciudad es por tanto mucho más que un derecho de acceso individual o colectivo a los recursos que esta almacena o protege; es un derecho a cambiar y reinventar la ciudad de acuerdo con nuestros deseos. Es, además, un derecho más colectivo que individual, ya que la reinvención de la ciudad depende inevitablemente del ejercicio de un poder colectivo sobre el proceso de urbanización. (Harvey, 2013, p.20)

En la propuesta de Lefebvre (1978) y Harvey (2013) no logro identificar un desarrollo sobre la participación de actores no-humanos en el reclamo al derecho a la ciudad. Estos seres integran estos lugares, como ya se ha expuesto, y son ellos quienes también impulsan la reedificación de relaciones, el *ser con*. Las interacciones respetuosas entre humanos y no-humanos hacen parte de la reinvención de la ciudad.

Lo que sucede en el Huerto Comunitario Alcázares y en las huertas del Aula Ambiental de la América y Fundacuda, permite mirar con esperanza el futuro. Estas son alternativas que caminan lentamente hacia la superación de un modelo de vida que impide la apropiación, el pensamiento utópico y la participación política.

El derecho a la ciudad no es un punto de llegada, ni un fin en sí mismo, por ello aquí no se tratará de comprobar hasta qué punto la Red de Huerteros Medellín o las huertas participantes en esta investigación han hecho efectivo este reclamo. Si bien con sus acciones han permitido rehacer espacios y relaciones a partir de los deseos de las mismas personas, este es un proceso de largo aliento, tal como lo plantea Navarro (2015):

es fundamental que pensemos en la transformación como proceso y no como acontecimiento. La transformación nace y se hace en el presente, con determinados alcances que ya van siendo parte de las rupturas y discontinuidades del orden dominante. Recuperando a Gutiérrez y Salazar (2015), la transformación no sólo se presenta en el bosquejo de un horizonte abstracto a futuro, sino en el flujo de acciones de resistencia y lucha en el presente que defiende y amplía las posibilidades concretas de reproducción de la vida en su conjunto. Así, es en las tramas y temporalidades cotidianas que tendencialmente se producen experimentaciones y profundos cambios en la subjetividad y en las formas de socialidad de la gente común. En ese sentido, las actividades colectivas y comunitarias destinadas a garantizar la reproducción material y simbólica de la vida social son un terreno central en esos procesos de politización y organización. (p.119)

De esta forma, considero que el derecho a la ciudad, por el momento, es más un horizonte que una realidad para el grupo base de la Red de Huerteros y las tres iniciativas señaladas. En esa medida, habría entonces que indagar por aquellas visiones y esperanzas que permiten que la práctica de la agricultura urbana se sostenga en el tiempo, se reproduzca y se fortalezca. Para esto retomo los planteamientos de Koselleck para alimentar la discusión sobre el presente y el futuro de los movimientos sociales urbanos.

3.4 Espacios de experiencia y horizontes de expectativa

... toda la cultura que se desarrolla en la ciudad depende de la agricultura. Yo creo que la agricultura urbana es en gran parte para ponerse muy puntualmente en frente de las... de dónde viene el alimento, cómo crece una planta y para que se sepa que cuesta trabajo (...) no es para transmitir un mensaje pesado, sino que es también para embellecer la vida dentro de la ciudad. Como seres humanos necesitamos plantas alrededor, somos hechos de plantas, las necesitamos cerca, a cada ratico necesitamos estar respirando nosotros lo que acaba de soplar una planta.

(Entrevista a Jason Hayes, Medellín, 17 de octubre de 2018)

El historiador alemán Reinhart Koselleck (1993) vuelve sobre las categorías de “experiencia” y “expectativa” para afirmar con ellas relaciones entre pasado-presente/futuro-presente, y así, dejar a un lado la idea de una “historia del pasado” por una de “historias posibles”. Para el autor “no existe ninguna historia que no haya sido constituida mediante las experiencias y esperanzas de personas que actúan o sufren” (p.335).

Estos conceptos tienen un corte antropológico (Blanco, 2012) debido a su vínculo con el ser humano y su experiencia temporal. Koselleck (1993) plantea además que no hay uno sin el otro, siendo su punto de unión el presente. La historia, en una perspectiva limitada, no reconoce los lazos del pasado con el futuro, la importancia del recuerdo y la esperanza. El autor plantea que la experiencia y la expectativa son categorías adecuadas para hablar del tiempo histórico, por el hecho de relacionar distintas temporalidades:

la experiencia es un pasado presente, cuyos acontecimientos han sido incorporados y pueden ser recordados. En la experiencia se fusionan tanto la elaboración racional como los modos inconscientes del comportamiento que no deben, o no debieran ya, estar presentes en el saber. Además, en la propia experiencia de cada uno, transmitida por generaciones o instituciones, siempre está contenida y conservada una experiencia ajena (...) Algo similar se puede decir de la expectativa: está ligada a personas, siendo a la vez impersonal, también la expectativa se efectúa en el hoy, es futuro hecho presente, apunta al todavía-no, a lo no experimentado, a lo que sólo se puede descubrir. (p.338)

Koselleck (1993) explica que estas dos categorías no son simétricas, por el contrario, tienen modos de ser diferenciales. La experiencia es espacial, se puede situar y está por encima de los tiempos al venir de la memoria propia o de otra persona. La expectativa, en cambio, puede ser entendida como horizonte, una experiencia que no se llegará a vivir. Ambas no se deben asumir como una fórmula, en la que determinada expectativa sea producto de una experiencia, ya que pueden existir múltiples trayectos temporales.

Si bien en los anteriores capítulos se profundizó en la experimentación de los lugares, los sentidos que se le otorgan y los conflictos que enfrentan, es importante decir que en las huertas participantes se cruzan las trayectorias personales de quienes colaboran en estas iniciativas. Este trabajo no logra explorar cada una de ellas a profundidad, a pesar de ello, los

mismos interlocutores expresaron en sus narrativas cómo determinados hechos de su vida, personas y espacios significativos marcaron su quehacer actual. Para otros, fue en la huerta donde emergieron nuevas preguntas y motivaciones.

Después del recorrido hecho hasta ahora con esta investigación, quisiera centrarme en los horizontes de expectativa, teniendo en cuenta el planteamiento de Koselleck cuando afirma que no hay expectativa sin experiencia. ¿Cómo proyectan los huerteros sus prácticas? ¿Cuál es ese sueño que se traza con la agricultura urbana? ¿Qué apariencia tiene ese horizonte que puede o no cumplirse? ¿Qué es eso que se espera y se anhela?

En las personas mayores aparece una preocupación común por el mundo que habitarán las próximas generaciones, la responsabilidad que tiene cada uno al respecto y la importancia del cuidado:

... yo aspiro a que mis nietos y mis bisnietos también puedan ver la mariposita que yo logré ver, el gusanito, el grillito, el sapito, pues como todo eso que yo disfruté en mi niñez y en mi juventud, que las nuevas generaciones también las disfruten (...) pero eso viene desde nosotros los adultos, porque ¿los niños qué son? el reflejo de lo que nosotros somos. (Entrevista a Claudia Álvarez, Medellín, 14 de diciembre de 2018)

A uno los años le enseñan que bueno ¿qué estás haciendo con tu vida? ¿no te sirve sino a vos? Lo que uno aprende y hace que sea en beneficio de todos. Las vecinas me dicen ‘¡Ja! Pero vos... hay marchas de campesinos y te vas pa’ allá, vos no sos campesino. Hay marchas de maestros y vos no sos maestro’, y yo estoy en todo eso. Vuelvo con la cantaleta de los años... ...es que la movilización social es la única que nos va a salvar a la humanidad de esta depredación que tienen ciertos dueños del mundo con la educación, con la salud, con la recreación, todo lo volvieron plata, y entonces si yo puedo aportar mi granito de arena ... (Entrevista a Rodolfo Monsalve, Medellín, 27 de septiembre de 2018)

...los bienes los tengo es que cuidar, pensar en esas generaciones que vienen y en las que estamos también, entonces los bienes yo no los puedo despilfarrar, por ejemplo los bienes que yo tengo en este momento fue la herencia que me dieron mis padres y lo que yo he guardado, ¿cómo me lo voy a gastar? Lo tengo que cuidar y ahí es donde yo también veo la importancia y la diferencia entre lo que es un recurso y lo que es un bien. Para mí lo que tenemos que cuidar

en estos momentos es los bienes naturales agua, flora, fauna, aire, suelo, todo. (Entrevista a Edgar Córdoba, Medellín, 10 de octubre de 2018)

Pensar en el bienestar de quienes vienen luego de nosotros y las luchas que hay que dar actualmente para asegurar un futuro digno, es de por sí un compromiso político. Estas aspiraciones además de hablar de un futuro, configuran el presente de las huertas de esta indagación. Las utopías (con su carácter improbable) terminan por ser el motor de aquellos huerteros que día a día sueñan con una ciudad distinta. Fernández (2017), refiriéndose al trabajo de Koselleck, afirma que la expectativa es un proyecto siempre cambiante, su dinamismo tiene como punto de partida la experiencia o la falta de ella.

Es así como las instituciones modernas pueden inmiscuirse en el horizonte de expectativa a partir de sus ideas de progreso, individualismo y competencia. Aquí se encuentra una tensión importante en el quehacer de la Red de Huerteros, y es el debate entre horizontes de expectativa que se fundamentan en experiencias que defienden relaciones más justas, como aquellos que solo consideran su bienestar particular.



Figura 15. Fotografía de la huerta de Fundacuda.
Fuente: archivo personal. Octubre de 2018.

Otra parte de los huerteros de estas tres iniciativas, sueña con una ciudad “más verde” y limpia. En estos casos, era recurrente que las recientes emergencias ambientales en Medellín hicieran más latente este anhelo:

...tenemos que quitarle al cemento y subirle más al verde, pues porque si no vamos a ser insostenible la ciudad, la ciudad hay que sembrarla con cosas que sirvan, fuera de eso que sean corredores verdes. Tienen que prestar un servicio para que la gente entienda y las proteja más. (Entrevista a Juan Diego Elejalde, Medellín, 14 de diciembre de 2018)

Como lo hemos visto, las huertas tienen implicaciones ambientales y sociales. A partir de la investigación hecha sobre *Prácticas comunicativas en la agricultura urbana de Medellín*, las conversaciones con el grupo base de la Red de Huerteros en sus diferentes encuentros y las propuestas que se han ido formulando poco a poco, es posible decir que el colectivo tiene varios horizontes de expectativa, cambiantes, dinámicos y abiertos a nuevas posibilidades, además, en los últimos años se ha esforzado por hacer uso de las herramientas digitales para sumar iniciativas al encuentro. En la agenda actual se ha manifestado el interés por conocer de cerca lo que cada uno está haciendo en la ciudad, cómo se puede conectar con otros y brindar apoyo mutuo.

Anastasia Kavada (2016) expone que es importante considerar la comunicación como un pilar de los movimientos sociales actuales. Si pensamos en la Red de Huerteros, encontraremos que en su nombre hay un llamado al trabajo colectivo, en el que es fundamental convocar las voluntades de personas, grupos e instituciones.

Esta labor es impensable sin un esfuerzo en la divulgación y fortalecimiento del tejido social, que permita el encuentro y el establecimiento de relaciones de confianza. Para algunos, la comunicación digital ha segregado e individualizado las movilizaciones sociales, sin embargo, el ciberespacio no equivale a dos mundos: uno virtual y otro real, ya que sin una conexión con lo concreto no se pueden pensar otras dimensiones (Haesbert, 2013, p.15).

En la investigación antes mencionada, hubo una reflexión profunda por el deber ser del colectivo. Una de las conclusiones a las que se llegó, fue que una de las prioridades es juntarse y promover las interacciones entre los huerteros. Ser mediadores del relacionamiento epistémico y motivacional.

Las palabras de Cristina en este capítulo son una muestra clara del horizonte de expectativa que tiene el grupo base de la Red. Esta utopía permite trazar planes en el presente que

conduzcan a ese futuro deseado. ¿Falta mucho para alcanzar el sueño de tener un gran tejido de personas que practiquen la agricultura urbana? Posiblemente, pero de eso se tratan las utopías.

3.5 A modo de conclusión

El espacio urbano está lleno de contradicciones, intereses y tensiones. Por ello, la reivindicación del derecho a la ciudad no es una fórmula mágica que erradica los conflictos de la metrópolis. La confrontación, decía Lefebvre (1978), será inevitable. Para las iniciativas que hicieron parte de este proyecto y para el grupo base de la Red de Huerteros Medellín, el derecho a la ciudad más que un reclamo de recursos, se trata de una reelaboración de las relaciones espaciales, en donde se incluyen los no-humanos (como se planteó en el capítulo anterior).

La reconstrucción de espacios de la ciudad, su transformación y recuperación tienen una relación directa con el cambio consigo mismos y con la forma de entender el entorno. Esta investigación no alcanza a profundizar tales dimensiones del ser, y es una puerta que queda abierta a próximas indagaciones.

Como arquitectos insurgentes, los huerteros con compromiso político deben preguntarse por las implicaciones de sus diseños. ¿Qué exclusiones se pueden estar produciendo en cada lugar a raíz de la siembra? Asimismo, hay que reconocer la importancia de la utopía como motor del quehacer colectivo y del encuentro, debido a que estos horizontes tienen efectos en el futuro/presente de los movimientos sociales.

En el panorama general del colectivo, hay también personas que ven la agricultura urbana como una práctica apolítica, libre de intereses y unidimensional. A pesar de contar con un manifiesto que expone una perspectiva política de la Red, es posible que haga falta una mayor visibilización de las apuestas que hay a nivel interno, para que así muchas más personas se adhieran o se cuestionen sobre los alcances que tiene la práctica.

El grupo base de la Red de Huerteros Medellín tiene su propia utopía: crear una cartografía alternativa de la ciudad, en la que se identifiquen cada vez más nuevas iniciativas de siembra, se tejan conexiones, se compartan saberes y se motive a seguir adelante. Tales fines tendrán posibilidad de realizarse si se entiende la importancia de la comunicación en este movimiento social urbano.

4. CONCLUSIONES

Como se ha podido apreciar, las huertas participantes de esta investigación son lugares en los que se reúnen pensamientos, experiencias, saberes, recuerdos y relaciones. En ellas confluyen diversidad de sentidos y significados, esto no quiere decir que estén exentas de tensiones e intereses particulares. Cada huertero tiene sus propias trayectorias, las cuales influyen en su concepción de la práctica.

Lejos de ser actores pasivos, quienes hacen parte de estas huertas construyen continuamente sus identidades y formas de relacionamiento. La forma de experimentar y significar el espacio varía de lugar en lugar, no obstante, se puede afirmar que en algunas personas de estas tres apuestas hay un imaginario de la huerta como espacio que recuerda el campo. Este último atravesado por la nostalgia y el “volver al pasado”. Massey (2008) explica que esta mirada tiene sus riesgos, puesto que se puede terminar por ocultar la coexistencia de estos espacios al situarlos en secuencias temporales distintas. Para otros, como Javier Burgos, la imposibilidad de migrar al campo genera preguntas sobre lo que se puede hacer en la ciudad, qué tipo de agricultura se puede practicar en espacios reducidos y cuáles son los retos desde lo urbano.

Ninguna de estas huertas se considera productiva. Su preocupación principal no es el desarrollo de métodos rigurosos para la obtención de alimentos, como tampoco lo es resolver las necesidades alimenticias de sus integrantes. Este es un resultado compartido con la investigación sobre prácticas comunicativas, en la que se reafirma que este aspecto se encuentra en un segundo plano en la mayoría de iniciativas.

Como expuse en la introducción, la agricultura urbana desde una mirada institucional se muestra como una solución a los problemas de seguridad alimentaria de la población. Lo que planteo en este trabajo es que las personas se reapropian de los espacios de siembra y le dan múltiples orientaciones, que no coinciden necesariamente con las establecidas por los gobiernos y los programas de “desarrollo sostenible”.

La experimentación, el aprendizaje, el diálogo de saberes, el cultivo de relaciones y el compromiso ambiental son algunos de los sentidos de lugar que le otorgan las tres huertas que hicieron parte de este proyecto a sus espacios de siembra. Cada una relata cómo en sus procesos de configuración partieron con ideas distintas a las que tienen ahora, además, en el camino han ido encontrando nuevos enfoques, cuestionamientos y conocimientos que diversifican su quehacer. Tal es el caso de la huerta de Fundacuda, que se concibió al inicio como un espacio para aprender sobre la siembra, pero que ahora, concentra sus mayores esfuerzos en las pacas digestoras.

Los espacios de siembra no se limitan al área que ocupan. Gracias a la movilidad que tienen algunos actores y a los vínculos que tejen con otras iniciativas, estas tres huertas terminan por ser puntos de encuentro y procesos abiertos, donde ciertas relaciones influyen en los rumbos a seguir. Esto es un hallazgo importante, ya que con esta investigación se afirma que quienes se encargan de la articulación y la gestión de recursos, son los verdaderos nodos de la Red de Huerteros Medellín.

Lo anterior tiene varias implicaciones. En primer lugar, el estar conectados (por medio de estas personas-nodos) trae consigo beneficios en el hacer y en el fortalecimiento del conocimiento en red. Pensar en “el nosotros” es posible, en parte, por el trabajo que hacen estos gestores, quienes impulsan la acción y el encuentro. En las huertas participantes, los líderes de los procesos son hombres, que, al concentrarse en su rol, dejan la labor del cuidado en manos de otras personas. Por lo general son mujeres las que realizan estas tareas fundamentales, pero su papel no es tan visible en relación con otros miembros. Por último, hay que señalar los riesgos de aislamiento que hay al centralizar en una sola persona el rol de nodo, puesto que ciertas reflexiones pueden quedar por fuera de los intereses colectivos, como es el caso de las semillas.

Además de las conexiones entre huertas, hay también un encuentro entre humanos y no-humanos que me interesa destacar. Específicamente en esta relación hay una imposición y cruce de tiempos de las plantas sobre los huerteros, esto es posible gracias al interés por comprender los procesos de estos seres vivos al margen de los productos que ofrece la agroindustria.

Estos análisis hacen visibles otras formas de relacionamiento que germinan en la ciudad, espacialidad que ha sido comprendida por diversos autores como el lugar principal para el desarrollo del proyecto capitalista. Sin embargo, reconozco que más allá del grupo base de la Red de Huerteros y las huertas que hicieron parte de esta indagación, hay desinterés y desconocimiento en los temas políticos y multidimensionales de la agricultura urbana, puesto que piensan sus espacios de siembra como lugares ideales, tranquilos, en los que no hay preocupaciones políticas.

En las iniciativas participes de este estudio, hay una inquietud por romper con la fragmentación y trabajar en colectivo, reclamar el derecho a la ciudad a partir de una reelaboración de las relaciones espaciales, en donde se incluyen los no-humanos. De este modo, estas huertas se perfilan como lugares esenciales para hacer frente a los problemas de desarrollo que nos aquejan en este tiempo, así sea a partir de la imaginación de otros mundos posibles.

El espacio es la dimensión de lo social, como lo plantea Massey (2008), entendiendo “lo social” más allá de las relaciones humanas, sino del *ser con*, asunto que compromete de forma activa a actores no-humanos. Los lugares, como puntos de encuentro conectados entre sí, deben tener en cuenta la participación de estos seres en dichas redes, con sus relaciones jerárquicas, tensiones y luchas de poder. El lugar no es sinónimo de espacio ideal, y como se expuso en el primer capítulo, es donde se basan las luchas políticas globales-locales actuales, como el reclamo del derecho a la ciudad.

Para finalizar, quisiera añadir que hay otras líneas que se podrían seguir para ampliar la comprensión de la agricultura urbana en Medellín, como el lugar de las mujeres en las huertas y la influencia de esta práctica en otras dimensiones de la vida social de las personas: ¿hasta

qué punto permea la agricultura urbana las decisiones económicas y políticas de los huerteros? ¿existe coherencia entre los propósitos de las huertas con las prácticas de sus integrantes? Serán muy importantes las futuras reflexiones que se lleven a cabo sobre este tema, del cual se ha estudiado solo algunas de sus dimensiones.

5. BIBLIOGRAFÍA

- Alcaldía de Medellín. (2011). *Ecohuertas urbanas: agricultura ecológica en la ciudad*. Secretaría de Medio Ambiente.
- Área Metropolitana del Valle de Aburrá. (2012). Aunar esfuerzos para la puesta en marcha de procesos educativos y de gestión ambiental en el territorio metropolitano con énfasis en los municipios de La Estrella, Bello y Girardota del Valle de Aburrá.
- Arias, O., Carreño, M. C., Catumba, C., Duque, O. L., Manrique, C., Mateus, S., Torres, S. (2016). Construcción de espacios comunes y colectivos: aportes conceptuales al territorio urbano. *Revista Bitácora Urbano Territorial*, 26(1), 9–22. <https://doi.org/10.15446/bitacora.v26n1.58028>
- Appadurai, A. (2001). Aquí y ahora. En *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización* (Primera ed, pp. 5–44). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Aquino, A. (2013). La comunalidad como epistemología del Sur. Aportes y retos. *Cuadernos Del Sur. Revista de Ciencias Sociales*, 18(34), 7–20.
- Barros, C. (2000). Reflexiones sobre la relación entre lugar y comunidad. *Documents d'analisi Geografica*, (37), 81–94. <https://doi.org/10.2307/3466232>
- Blanco, J. J. (2012). La historia de los conceptos de Reinhart Koselleck: conceptos fundamentales, Sattelzeit, temporalidad e histórica. *Revista Politeia*, 49(35), 1–33.
- Brenner, N. (2018). Debating planetary urbanization: For an engaged pluralism. *Environment and Planning D: Society and Space*, 1–21. <https://doi.org/10.1177/0263775818757510>
- Canclini, N. G. (1995). *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México D.F.: Editorial Grijalbo.

- Cantor, K. (2010). Agricultura urbana: elementos valorativos sobre su sostenibilidad. *Cuadernos de Desarrollo Rural* 7 (65), 59-84.
- Correa, M. I. (2017). *Prácticas comunicativas: construcción de subjetividades, saberes y técnicas en la Red de Huerteros de Medellín. (Tesis de pregrado)*. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.
- Correa, M. I. & Restrepo, P. (2018). *Agricultura urbana, movimientos sociales y comunidad: un estado el arte*. Manuscrito inédito.
- Delgado, M. (1999). *El animal público. Hacia una antropología de los espacios urbanos*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Delgado, O. (2004). Espacios de esperanza. *Palimpsesto* (4), 191–193.
- della Porta, D. & Diani, M. (2006). *Social Movements: an introduction* (2nd ed.). Oxford: Blackwell Publishing.
- del Viso, N., Fernández, J. L., & Morán, N. (2017). Cultivando relaciones sociales. Lo común y lo “comunitario” a través de la experiencia de dos huertos urbanos de Madrid. *Revista de Antropología Social*, 26(2), 449–472. <https://doi.org/10.5209/RASO.57614>
- Descola, P. (2002). La antropología y la cuestión de la naturaleza. En G. Palacio & A. Ulloa (Eds.), *Repensando la naturaleza. Encuentros y desencuentros disciplinarios en torno a lo ambiental* (pp. 155–174). Leticia: Universidad Nacional de Colombia.
- De Sousa Santos, B. (2011). Epistemologías del Sur. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, (54), 17–39.
- Díaz, F. (2004). Comunidad y comunalidad. *Antología Sobre Cultura Popular e Indígena. Lecturas Del Seminario Diálogos En La Acción, Segunda Etapa*, 365–373.

- Eizenberg, E., & Fenster, T. (2015). Reframing urban controlled spaces: community gardens in Jerusalem and Tel Aviv-Jaffa. *Acme*, 14(4), 1132–1160.
- Escobar, A. (2001). Culture sits in places: reflections on globalism and subaltern strategies of localization. *Political Geography*, 20, 139–174. [https://doi.org/10.1016/S0962-6298\(00\)00064-0](https://doi.org/10.1016/S0962-6298(00)00064-0)
- Escobar, A. (2002). Globalización, desarrollo y modernidad. En *Planeación, participación y desarrollo* (pp. 9–32). Medellín: Corporación Región.
- Escobar, A. (2010). *Territorios de diferencia: lugar, movimientos, vida, redes*. Popayán: Envió.
- Escobar, A. (2012). Cultura y diferencia: la ontología política del campo de Cultura y Desarrollo. *Revista Wale'keru*, (2), 1–10.
- Escobar, A. (2014). *Sentipensar con la tierra. Nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*. Medellín: Ediciones UNAULA.
- Estatutos de la Fundación Cultivos de Amor, artículo 5°. Notas balance (2017).
- Estermann, J. (2012). Crisis civilizatoria y vivir bien. *Polis Revista Latinoamericana* [En línea], 11(33). Extraído de <http://journals.openedition.org/polis/8476>
- Esteva, G. (2012 a). Los quehaceres del día. En *renunciar al bien común: extractivismo y (pos)desarrollo en América Latina* (pp. 237–82). Buenos Aires: Mardulce.
- Esteva, G. (2012 b). Regenerar el tejido social de la esperanza. *Polis Revista Latinoamericana* [En línea], 11(33). Extraído de <https://journals.openedition.org/polis/8487?lang=en>
- Esteva, G. (2015). Para sentipensar la comunalidad. *Bajo El Volcán*, 15(23), 171–186.

- Esteva, G. (2016). La convivialidad y los ámbitos de comunidad: claves del nuevo mundo. *Crítica*, 1(2), 1–25.
- Ferguson, J., & Gupta, A. (2008). Más allá de la ‘cultura’: espacio, identidad y las políticas de la diferencia. *AntiPoda*, 7, 233–256.
- Fernández, S. (2017). De la experiencia a la expectativa. La historia de los conceptos de Reinhart Koselleck. *Ius Inkarrri*, 6, 385–398.
- Follmann, A., & Viehoff, V. (2015). A green garden on red clay: creating a new urban common as a form of political gardening in Cologne, Germany. *Local Environment*, 20(10), 1148–1174. <https://doi.org/10.1080/13549839.2014.894966>
- Fraser, N. (2016). Las contradicciones del capital y los cuidados. *New Left Review*, (100), 111–132.
- Gallego, M. A. (2017). *Reivindicando el derecho a la ciudad y la ciudadanía a partir de estrategias de apropiación territorial desde Ramírez, un barrio autogestionado en Bogotá. (Tesis de pregrado)*. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.
- Giraldo, O. F. (2018). *Ecología política de la agricultura. Agroecología y posdesarrollo*. San Cristóbal de Las Casas: El Colegio de la Frontera Sur.
- Gómez, J. N. (2014). *Agricultura Urbana en América Latina y Colombia: perspectivas y elementos agronómicos diferenciadores (Tesis de pregrado)*. Universidad Nacional Abierta y a Distancia, Medellín, Colombia.
- Guba, E., & Lincoln, Y. (2002). Paradigmas en competencia en la investigación cualitativa. En C. Denman & J. A. Haro (Eds.), *Por los rincones. Antología de métodos cualitativos en la investigación social* (pp. 113–145). Sonora: Colegio de Sonora.
- Gudynas, E. (2011). Buen vivir: germinando alternativas al desarrollo. *América Latina En Movimiento*, (462), 1–20.

- Guerrero, A. (2013). La comunalidad como herramienta: una metáfora espiral. *Cuadernos Del Sur. Revista de Ciencias Sociales*, 18(34), 39–56.
- Harvey, D. (2003). *Espacios de esperanza*. Madrid: Ediciones Akal.
- Harvey, D. (2008). El derecho a la ciudad. *New Left Review*, 53, 23–39.
- Harvey, D. (2013). *Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Madrid: Ediciones Akal.
- Haesbaert, R. (2013). Del mito de la desterritorialización a la multiterritorialidad. *Cultura y representaciones sociales* 8 (15), 9-42.
- Illich, I. (1978). *La convivencialidad*. Recuperado de: <http://habitat.aq.upm.es/boletin/n26/aiill.html>
- Kavada, A. (2016). Social movements and political agency in the digital age: a communication approach. *Cogitatio*, 4(4), 8–12. <https://doi.org/10.17645/mac.v4i4.691>
- Koselleck, R. (1993). *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Lagarde, M. (2003). Mujeres cuidadoras: entre la obligación y la satisfacción. *SARE*, 1–5.
- Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social: una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Editorial Manantial.
- Lefebvre, H. (1978). *Derecho a la ciudad* (4 ed.). Barcelona: Ediciones Península.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing.
- Lindón, A., Aguilar, M.A. y Hiernaux, D. (2006). De la espacialidad, el lugar y los imaginarios urbanos: a modo de introducción. En: *Lugares e imaginarios en la metrópolis* (pp. 9-25). España: Anthropos.

- Lindón, A. (2012). La concurrencia de lo espacial y los social. En: *Tratado de metodología de las ciencias sociales* (pp. 585–622). México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Low, S. M. (2009). Towards an anthropological theory of space and place. *Semiotica*, (175), 21–37. <https://doi.org/10.1515/semi.2009.041>
- Low, S. (2014). Spatializing Culture. An engaged anthropological approach to space and place. *People, Place, Space*, 34–38.
- Maldonado, B. (2013). Comunalidad y responsabilidad autogestiva. *Cuadernos Del Sur. Revista de Ciencias Sociales*, 18(34), 21–28.
- Martínez, J. (2004). Comunalidad y desarrollo. *Diálogos en la acción. Culturas populares e indígenas*, 335 – 354.
- Martínez, J. A. (2015). *Bello Oriente y la permacultura: desde la soberanía alimentaria como estrategia alternativa de resistencia al modelo agroalimentario hegemónico (tesis de pregrado)*. Universidad de Antioquia, Colombia.
- Massey, D. (2004). Lugar, identidad y geografías de la responsabilidad en un mundo en proceso de globalización. *Treballs de La Societat Catalana de Geografia*, (57), 77–84.
- Massey, D. (2008). Hay que traer el espacio a la vida. (A. G. Vargas, Entrevistador).
- Massey, D. (2012). Un sentido global del lugar. En A. Albet & N. Benach (Eds.), *Doreen Massey. Un sentido global del lugar* (pp. 112–129). Barcelona: Icaria.
- Milton, K. (1998). *Ecologías: antropología, cultura y entorno*. Recuperado de http://udelar.edu.uy/retema/wp-content/uploads/sites/30/2013/10/Antropologia_Cultura_Entorno_Milton_K.pdf
- Molinier, P. (2012). El trabajo de cuidado y la subalternidad. *Cátedra Inaugural - Posgrados En Estudios de Género*, 1–25.

- Moreno, O. (2007). Agricultura Urbana: Nuevas Estrategias de Integración Social y Recuperación Ambiental en la Ciudad. *Revista Electrónica DU&P. Diseño Urbano y Paisaje IV* (11).
- Muñetón, G. (2016). *Una revisión sobre los conceptos lugar y escala. Aporte a la discusión socioespacial*. Documentos de trabajo INER, Universidad de Antioquia.
- Navarro, M. L. (2015). Hacer común contra la fragmentación en la ciudad: experiencias de autonomía para la reproducción de la vida. *El Apantle. Revista de Estudios Comunitarios*, (1), 99–124.
- Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO). (s.f.). Agricultura urbana. Recuperado de <http://www.fao.org/urban-agriculture/es/>
- Red de Huerteros Medellín. (2017). *Sembrando mundos soberanos y solidarios*. Recuperado de <https://redhuerteros.org/e50?home>
- Redfield, R., & Herrera, G. R. (1942). La Sociedad Folk. *Revista Mexicana de Sociología*, 4(4), 13–41.
- Romero, A. T. (1999). Robert Redfield y su influencia en la formación de científicos mexicanos. *Ciencia Ergo Sum*, 6(2), 211–216. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10401517>
- Rosset, P. M., Machín, B., Roque, A. M., & Ávila, D. R. (2011). The Campesino-to-Campesino agroecology movement of ANAP in Cuba: social process methodology in the construction of sustainable peasant agriculture and food sovereignty. *Journal of Peasant Studies*, 38(1), 161–191.
- Ruiz, F. (5 de abril de 2016). Huertas públicas en las comunas de Medellín. *Bacánika*. Recuperado de <https://www.bacanika.com/cultura/tendencias/item/huertas-publicas-en-las-comunas-de-medellin.html>

- Schenerock, A., & Aguilar, K. (2017). *Defensa del territorio cuerpo-tierra. Apuntes Ecofeministas*. San Cristóbal de Las Casas.
- Sennett, R. (2009). *El artesano*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Shiva, V. (2010). Diálogo sobre Ecofeminismo con Vandana Shiva. Quito. Instituto de Estudios Ecologistas del Tercer Mundo. pp. 1-9.
- Silva, G. (2012). *Manejo limpio y sano de residuos biodegradables en Pacas Digestoras Silva*. Recuperado de https://www.academia.edu/34067428/Paca_Digestora_Silva
- Simmel, G. (1986). Las grandes ciudades y la vida del espíritu. *Cuadernos Políticos*, (45), 5–10
- Soja, E. (2008). *Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Soja, E. (2010). Tercer espacio: extendiendo el alcance de la imaginación geográfica. En N. Benach & A. Albet (Eds.), *La perspectiva postmoderna de un geógrafo radical* (pp. 181–209). Barcelona: Icaria.
- Soja, E. (2014). *En busca de la justicia espacial*. Valencia: Tirant Humanidades. [2010].
- Tuan, Yi-Fu. (1979). Space and place: humanistic perspective. En: *Philosophy in Geography* (pp. 387–427). Springer, Dordrecht.
- van Holstein, E. (2016). Transplanting, plotting, fencing: relational property practices in community gardens. *Environment and Planning A*, 48(11), 2239–2255. <https://doi.org/10.1177/0308518X16653405>
- Vargas, G. (2012). Espacio y territorio en el análisis geográfico. *Revista Reflexiones*, 91(1), 313–326.

Wirth, L. (2005). El urbanismo como modo de vida. *Bifurcaciones*, 2, 2005. Recuperado de http://www.bifurcaciones.cl/002/bifurcaciones_002_reserva.pdf [1938].

Yory, C. M. (2007). Ciudad, ciudadanía y espacio público. En C. M. Yory (Ed), *Espacio público y formación de ciudadanía* (pp. 25–44). Bogotá D.C.: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

Zibechi, R. (2015). Los trabajos colectivos como bienes comunes material/simbólicos. *El Apantle. Revista de Estudios Comunitarios*, (1), 73–98.